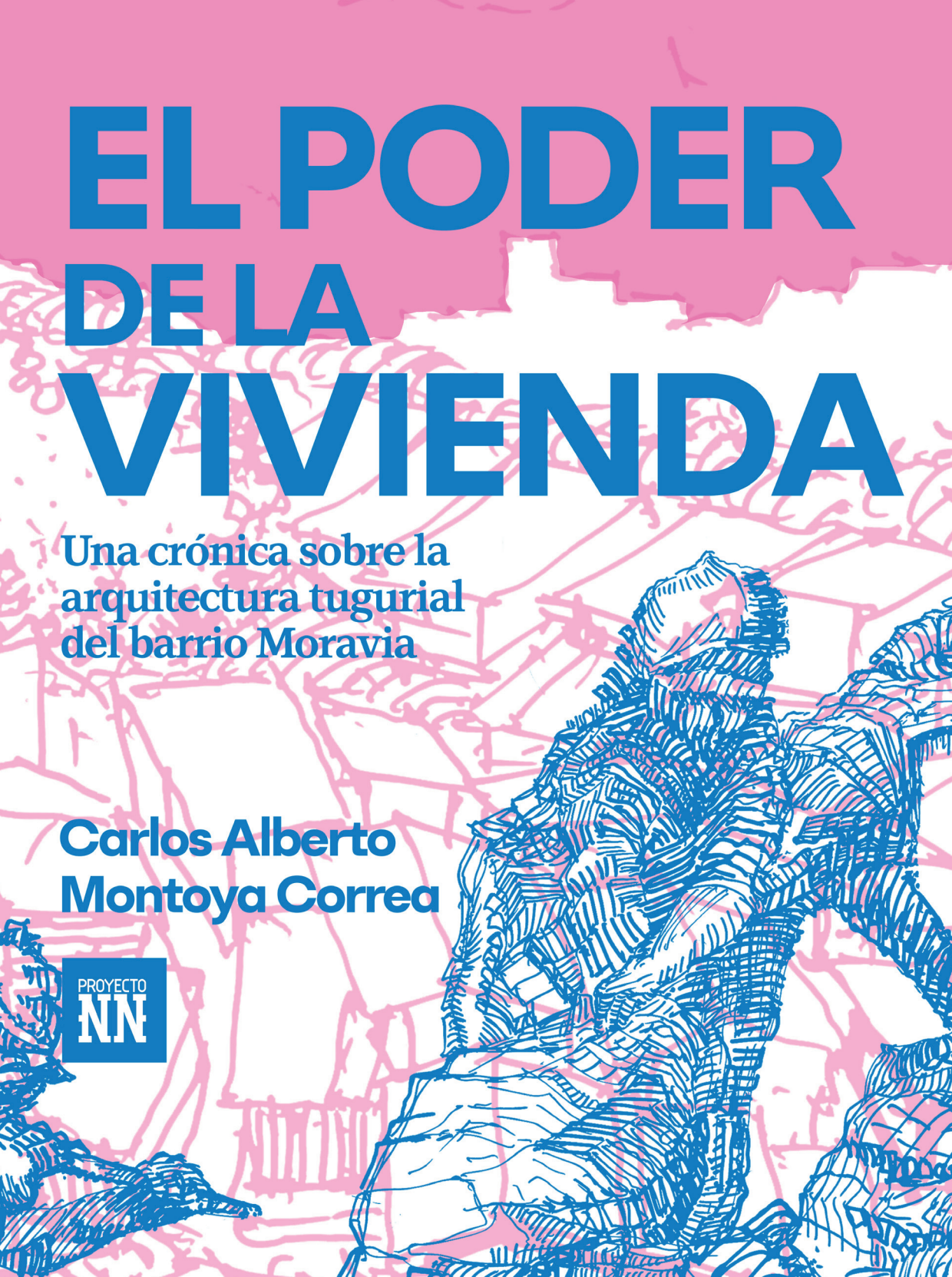
EL PODER DE LA VIVIENDA

Una crónica sobre la arquitectura tugurial del barrio Moravia

Carlos Alberto Montoya Correa

PROYECTO NN



EL PODER DE LA VIVIENDA

Una crónica sobre la arquitectura tugurial del barrio Moravia

Carlos Alberto Montoya Correa

PROYECTO NN

CONSEJO PROFESIONAL
NACIONAL DE ARQUITECTURA
Y SUS PROFESIONES AUXILIARES

Montoya Correa, Carlos Alberto, autor
El poder de la vivienda : una crónica sobre la arquitectura tugurial del barrio Moravia / texto e ilustraciones, Carlos AlbertoMontoya Correa. -- Primera edición. -- Medellín : Proyecto NN ; Bogotá : Consejo Profesional Nacional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares, 2025. páginas. 164 (Urdimbre)

Incluye bibliografía.

ISBN 978-628-97222-0-8

1. Viviendas sociales - Diseño y construcción - Comuna 4(Medellín) 2. Arquitectura y sociedad - Comuna 4(Medellín) 3. Política de vivienda - Medellín

CDD: 363.5850986126 ed. 23 CO-BoBN– a1161373

El poder de la vivienda
Colección Urdimbre

© 2025, Carlos Alberto Montoya Correa
© 2025, Proyecto NN
© 2025, Consejo Profesional Nacional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares

Primera edición: Medellín, octubre de 2025
ISBN 978-628-97222-0-8

Consejo Profesional Nacional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares
www.cpnaa.gov.co
Carrera 6 # 26B-85 Oficina 201
Teléfono 350 2700 ext. 1101 – 1106
Bogotá - Colombia

El Consejo Profesional Nacional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares, como el órgano estatal encargado del fomento, promoción, control y vigilancia de la profesión de la arquitectura y sus profesiones auxiliares, está integrado por los siguientes miembros:

El ministro de Vivienda, Ciudad y Territorio o su delegado - arquitecto presidente

El presidente nacional de la Sociedad Colombiana de Arquitectos - secretario permanente

El representante de las universidades con facultades de arquitectura a nivel nacional

El representante de las profesiones auxiliares de la arquitectura

El rector de la Universidad Nacional o su delegado, el decano de una de sus facultades de arquitectura

Impreso y hecho en Colombia.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso de los editores.

Corporación Proyecto NN
www.proyectonn.com
contacto@proyectonn.com
Medellín · Colombia

Laura Sofía Montoya Gómez
Coordinación editorial

Alejandra Montes Escobar
Edición y revisión

Camilo De fex Laserna
Asistencia de redacción

Edy Alexander Giraldo Jaramillo
Trabajo de campo

María Lourdes Cohen Cárdenas
David Vélez Santamaría
Asistentes de investigación

Gabriel Esteban Duque Quintero
Diseño y diagramación

Carlos Alberto Montoya Correa
Ilustraciones

Biblioteca Pública Piloto
Centro de Desarrollo Cultural Moravia
Luz Elena Correa Montoya
Fernando Navarro Bonilla
Laura Sofía Montoya Gómez
Fotografías

Centro Administrativo de Planeación
Escuela del Hábitat CEHAP
Planos

Taller Colmillo
Impresión en riso

Bogotá Print
Serigrafía de cubierta

Krodernos
Encuadernación

Contenido

11 «La vivienda es la patria primera»
Prólogo de Alonso Salazar

16 La ruptura de la idea de *casa*

30 Los cimientos de una rehabilitación urbana

68 Los entresijos del trabajo comunitario

80 Nuestra oficina de arquitectura tugurial

100 Retos alrededor del organismo comunitario

120 Las viviendas son las células madre del territorio

134 A don Emilio y a los que ya no están

Urdimbre es una serie de tres libros que cuentan las experiencias profesionales del autor en relación con la gestión pública de proyectos de desarrollo urbano, con énfasis en viviendas económicas de Medellín.

Este primer libro se concentra en la estrategia participativa experimentada dentro del programa de rehabilitación del sector denominado como Moravia, mostrando las tensiones y los alcances del trabajo mancomunado con los comités populares y donde se sembraron los cimientos de la intervención en barrios de periferia.

El segundo libro se enfoca en la experiencia de planificación y gestión alcanzada en la Consejería Presidencial y el municipio de Medellín durante la ejecución del Programa Integral de Mejoramiento de Barrios Subnormales (Primed), en el cual se esbozó una metodología técnica de intervención ordenada y sistemática, considerando una visión de conjunto hacia problemas y soluciones.

El tercer libro analiza, desde los componentes técnicos y financieros, la gestión y la ejecución de proyectos habitacionales en diferentes tratamientos urbanos, de expansión, mejoramiento y renovación, proponiendo alternativas que ayuden a pensar y planificar la intervención urbana de Medellín y su operación desde la Empresa de Desarrollo Urbano.

Las experiencias aquí descritas son solamente una visión del autor mientras en la ciudad se avanzaba, desde varias ópticas, en la gestión de viviendas económicas.

A mis padres Mariela y Carlos Alberto, ya fallecidos. Siempre están en mi mente, en cada actividad que realizo, constituyen el soporte moral y la guía espiritual de servicio que me ha acompañado en mi vida profesional como funcionario público.

A Yamile Patricia, mi esposa y compañera de la vida, quien soportó estoicamente las largas jornadas de ausencias, especialmente en fines de semana que se dedicaban al trabajo en los barrios populares y a las responsabilidades administrativas asumidas posteriormente. Muchas gracias, mi gordita, por tu buen humor y tu amorosa presencia que alivió las cargas y tensiones que los proyectos públicos conllevan. Siempre llenas mi corazón. Te amo.

«La vivienda es la patria primera»

Carlos Montoya es un hombre representativo en materia de vivienda, hábitat popular y reorganización urbana en Medellín. Este texto autobiográfico comparte anécdotas personales y profesionales en las que Montoya narra su rica experiencia en torno a lo que denomina *arquitectura tugurial,* que desarrolla entre mediados y finales de los ochenta en el barrio Moravia del norte de la ciudad. En contravía de quienes no querían ver en los llamados *tugurios* y *zonas de invasión* la humanidad y la dignidad de sus habitantes, Montoya decidió que ahí, en estos territorios, con estas gentes, estaba la vocación definitiva de su vida.

Moravia solía ser un conglomerado constituido alrededor del lugar donde la ciudad depositaba a campo abierto sus basuras. Las fotografías que aquí se comparten muestran las condiciones de precariedad en las que vivían miles de personas, en general migrantes de violencias, alrededor de las basuras, en condiciones preocupantes de insalubridad y con los gallinazos compitiéndoles por los desperdicios de la urbe. Allí se habían multiplicado los ranchos, llamados tugurios, los cuales se convirtieron en una característica de la ciudad que se extendió en algunas zonas planas y luego colonizó las laderas.

Somos testigos del escozor y las náuseas que le producían a Montoya recorrer aquellos callejones contaminados, pero también, contra todo pronóstico, la manera como terminó comprometido hasta el tuétano con la idea de transformar ese entorno, trazar las calles, instalar el acueducto, escriturar las casas, en últimas, construir viviendas dignas. Ciertamente, no se trató de una iniciativa personal, fue durante la corta administración de Juan Felipe Gaviria que se decidió intervenir esa realidad humana compleja frente a la cual, con la ayuda de todo un equipo de sociólogos y arquitectos, Montoya, en calidad de recién egresado, terminó participando. Aquí se narran las dificultades propias de trabajar con comunidades escépticas del Estado, temerosas de perder incluso las precariedades de vida logradas y cómo el equipo tuvo que conquistar con paciencia a los líderes comunitarios con los que se lograron articular.

Montoya destaca los méritos del equipo, empezando por Gilberto Arango, arquitecto director del programa, los sociólogos Diego Villegas y Juan Camilo Ruiz que iniciaron la articulación entre la administración municipal y las comunidades. Y otros tantos nombrados al final del texto al igual que los líderes de la comunidad, que fueron decisivos para los logros físicos y las reubicaciones en el mismo territorio, pero sobre todo para lo social, pues uno de los méritos de esta historia es que tuvo una orgánica participación comunitaria.

Este proceso le permitió a Montoya empezar a consolidar su conocimiento y experiencia en torno a diferentes proyectos de reubicación de habitantes de las laderas, para evitar el desarraigo y la pérdida de tejido social que tan costoso resulta cuando se desplaza la población. Trabajó en la Consejería Presidencial, con el aporte de la cooperación alemana, y bajo la guía de María Emma Mejía, cuyo propósito consistió en crear espacios de encuentro para las juventudes de los barrios populares de la ciudad. Hizo parte del Programa Integral de Mejoramiento de Barrios Subnormales en Medellín, más conocido como Primed, que intervino en la Comuna 13, y participó en la construcción de los Núcleos de Vida Ciudadana en Castilla, zona noroccidental, y en Villa del Socorro, en la nororiental. Estos procesos fueron precedentes importantes de lo que posteriormente se denominó urbanismo social.

La intervención en la quebrada Juan Bobo y la construcción de edificios en La Cruz y La Honda, en la ladera nororiental, constituyen pruebas de que esas zonas, que incluso algunos de sus profesores consideraban invivibles, se pueden mejorar para reubicar en el mismo lugar a sus pobladores sin que se pierda la riqueza intangible que en comunidad han construido. Con el extenso e imparable poblamiento que ha tenido Medellín en las laderas esta experiencia está por ser dimensionada y amplificada.

Para Montoya la vivienda es la patria primera y sus habitantes, en condición de ciudadanos, participando en su consolidación, son una simbiosis de lo esencial que debe resolver el tema urbano. Esta postura, no obstante, le ha acarreado controversias. Al mirar a la ciudad desde los territorios abruptos de la informalidad y privilegiar la vivienda –que llama las *células madres de la ciudad*– es esquivo –diría sectario– para reconocer lo que otros proyectos han aportado a la ciudad. En una opinión generalizante, que estoy lejos de compartir, es categórico al afirmar que las redes de bibliotecas, los parques lineales, las líneas de metro o de tranvía y las estructuras de contención no logran por sí solas traer bienestar a ninguno de los barrios. Es despectivo con lo que llama intervenciones de concreto. Por ejemplo, en su postura crítica hacia el tranvía de Ayacucho, importante para mejorar la movilidad y tejer la ciudad con los metrocables que se extienden hasta los barrios Isaac Gaviria y La Sierra, afirma que todavía tiene inconformes a algunos habitantes del barrio San Luis afectados por las obras y el sistema de compensaciones. Desdeña la construcción del Museo Casa de la Memoria en el barrio La Toma porque siendo una obra para reivindicar a las víctimas del extenso conflicto armado colombiano generó nuevas víctimas al desplazar sus viviendas. Ni en el caso del tranvía ni del museo Montoya presenta cifras. Y además afirma que «hay decenas de ejemplos más, en una ciudad que está todo el tiempo armándose y desarmándose, ya que esa es parte de nuestra identidad», pero tampoco plantea los marcos legales en los que las compensaciones deberían darse y el proceso de aprendizaje que todo ello ha implicado.

Más allá de esta controversia, la experiencia de Carlos Montoya en la construcción de una ciudad incluyente, pensada para y con los pobres, tiene profundas razones y elementos de los que aprender.

¿Cómo construir infraestructuras en una ciudad donde el espacio es tan escaso y lograr el ideal de que los reasentamientos sean en el propio entorno? Esta es una de las cuestiones más trascendentes para el futuro que Montoya nos invita a pensar. Pero también en la inclusión de proyectos habitacionales y hasta centros comerciales que sean soportes financieros para este tipo de soluciones.

Vale la pena que expertos en vivienda, urbanistas, arquitectos en formación y, sobre todo, políticos que tienen capacidad para orientar el futuro lean esta experiencia que tiene mucho de logros, metodologías probadas, críticas y sugerencias. Así quizá se pueda mejorar la ciudad a la que todos tenemos derecho, para enfrentar la gentrificación y los desarraigos.

Medellín, 2 de agosto de 2025
Alonso Salazar

LA RUPTURA DE LA IDEA DE *CASA*

Hay lugares que habitamos que logran infiltrarse en nuestros cuerpos y, trocando las lógicas del sentido, terminan por habitarnos a nosotros. La casa de mis abuelos maternos es uno de estos espacios que me han construido y hecho lo que soy. Se trataba de una vieja casona campesina ubicada en el municipio de Copacabana, conformada, a un costado, por una larga galería de seis alcobas y, al otro, por una serie de estancias conectadas por un corredor alargado que unía el vestíbulo, el zaguán y la sala para las visitas en la parte anterior, con el comedor y la cocina en la posterior. Ambas secciones de la casa estaban integradas por un patio central que, al estar comunicado por tres costados con el corredor, era utilizado para la celebración de eventos familiares como matrimonios, cumpleaños y graduaciones. Contaba con un patio trasero contiguo a la cocina que servía para las actividades domésticas y donde se ubicaba la letrina. Desde dicho patio se ingresaba a un amplio solar que era de más del doble del tamaño de la casa, el cual además de huerta y árboles frutales tenía establos para vacas, caballos, cerdos y gallinas. El solar estaba bordeado por una quebrada canalizada que aún hoy atraviesa el centro del casco urbano y que se abría justo

al llegar allí. Mantengamos en mente este cuerpo de agua porque es en esencia un cuadro de catástrofe aplazada no solo para la casa de mis abuelos maternos, sino también para todo lo que implica la vivienda en estas geografías acuosas.

Este organismo, la casa de mis abuelos maternos, es la suma de unas prácticas y formas de habitar el campo en Colombia. Las múltiples alcobas hablan de una familia extensa; las zonas comunes nos relatan sobre la vida al interior –como las reuniones familiares que relaté–; los patios y el solar nos hablan de los alimentos, de un contacto aún no extinto con la tierra y sus frutos; las paredes gruesas de tapia y los dos portones de acceso documentan el distanciamiento con el exterior y las ventanas arrodilladas se nos presentan como el principal canal de comunicación con el resto de la vereda o el pueblo. No sobra decir que esta casa ya no existe y que los procesos de urbanización terminaron por fragmentarla y reducirla a otras formas de habitar los territorios, a nuevas prácticas y nuevos tipos de familia.

Patio de la casa de los abuelos maternos. Fotografía de Luz Elena Correa. ca. 1990.

Yo iba a la casa de mis abuelos maternos cada fin de semana a comprar víveres en el almacén de mis padrinos o simplemente a visitar a la familia extensa, pero en realidad crecí en Bello, municipio vecino, en el barrio San José Obrero. Este lugar producía nuevas subjetividades y formas de habitar el territorio, pues estaba poblado por familias de trabajadores de Fabricato, una reconocida fábrica textil, que a diferencia de la casa de los abuelos maternos obedecía a una realidad más cercana a la ciudad y sus labores. El barrio fue construido en torno a la fábrica y en ese sentido era una extensión de esta. San José Obrero fue en ese entonces muy autónomo en sus servicios sociales: estaba dotado de escuela, colegio, cancha de fútbol, iglesia, teatro, y se encontraba totalmente aislado del casco urbano de Bello al estar rodeado por las plantas industriales. Hablamos de un pequeño ecosistema conformado por viviendas unifamiliares de un piso, con lotes de buen tamaño, terraza exterior conectada a amplios andenes y antejardines. Las calles del barrio estaban debidamente pavimentadas y arborizadas.

Corredor de la casa de los abuelos maternos, (izq.) Marta Lía Correa, (der.) Gonzalo Correa. Fotografía de Luz Elena Correa. ca. 1990.

La casa de mi familia constaba de cuatro alcobas, sala y comedor independientes alrededor de un patio central. Tenía un patio posterior donde se ubicaba la unidad sanitaria que evocaba en algo a la casa de los abuelos. Las dimensiones, sin embargo, eran menores. En vez de tapia, estas casas se sostenían sobre los clásicos ladrillos y, en vez de los dobles portones, se protegían del exterior con rejas metálicas. La casa la adquirimos gracias a la Cooperativa de Habitaciones, parte de lo que fue Fabricato, una de las últimas industrias típicamente antioqueñas. No fue solo esta casa la que logró colarse en mi interior para habitarme, sino también el barrio y el tejido que se generaba en torno a la fábrica. Es de esta experiencia vital de donde recojo la convicción de que cualquier tipo de proyecto, sea industrial, comercial, hospitalario o de movilidad, debe estar rodeado por la vivienda. El barrio es la base de cualquier proyecto social.

La casa de mis abuelos maternos y el barrio obrero donde crecí tuvieron un papel central en la decisión que tomé años después frente a la profesión que marcaría mi vida: la arquitectura. Mi papá era un carpintero modelador y elaboraba piezas de madera que servían como patrones para la fundición en serie de repuestos para maquinaria pesada. Por esta razón a mi casa acudían muchos ingenieros y desde muy temprana edad los planos y la jerga de esta profesión se hicieron comunes en mi vida. Por un tiempo incluso creí que la ingeniería sería el camino a seguir. Al buscar consejo con un profesor del colegio, Gustavo Giraldo Restrepo, este me invitó a que subiéramos a la terraza de su casa. Desde allí me señaló las *mangas*, como nos referimos los antioqueños a los pastizales, y predijo algo que se hizo realidad: «Todas estas mangas se van a llenar de casas. Una de tantas cosas que hacen los arquitectos es hacer casas —a lo que agregó—, así que es una profesión con mucho futuro». Ese día, sin saber muy bien que estaba sellando un pacto con la lucha social por el derecho a la vivienda, decidí que iba a ser un arquitecto.

En la academia, sin embargo, me choqué con una serie de contradicciones que luego se hicieron comunes en mi ejercicio profesional. Una cosa son las ideas, o lo que se pueda pensar desde un escritorio, y otra muy distinta es la experiencia que da la acción, el hacer. Recuerdo que durante una clase de planeación urbanística en la universidad el profesor afirmó que las laderas de Medellín no eran

Casas del barrio San José Obrero, en Bello. Fotografía de Diego García Digar. Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Archivo Fotográfico. 1952.

urbanizables. Yo me sentí muy contrariado, me levanté del puesto y señalé las innumerables casitas que brotaban de las montañas del valle. «¿Cómo así que no son urbanizables?», pregunté. A lo que el profesor respondió que esas construcciones eran «ilegales». Esta no sería la primera vez que me daría cuenta de que para un arquitecto o un gobernante las construcciones ilegales resultaban invisibles o no posibles o inexistentes. Aquello a lo que llamaban *tugurios* parecía no existir para la administración, y mis colegas, al parecer, tampoco eran capaces de verlos. Todavía no lo sabía ese día en la clase, pero la *arquitectura tugurial* sería a lo que dedicaría el resto de mi vida profesional. Esta etiqueta la usaron en muchos casos para pordebajear mi labor. Hoy día retomo la arquitectura tugurial y la reivindico como una arquitectura de emergencia, una arquitectura

Cuadrilla de trabajadores durante la construcción del ferrocarril de Antioquia. Fotografía de Melitón Rodríguez. Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Archivo Fotográfico. 1910.

de guerra, una arquitectura de acción; equivalente en el mundo de la medicina a la cirugía de corazón abierto, técnica que también se perfeccionó durante los años en los que Medellín sostuvo una guerra intestina contra el narcotráfico.

Me crucé con los tugurios una ocasión en la que el bus de Bello me llevó por la ruta de Moravia. Este barrio, que inició su vida como una invasión, y cuyo principal motor económico era entonces el reciclaje, me impactó bastante. Por un lado, la forma en la que vivían estas personas, apeñuscadas en habitáculos ínfimos y en condiciones deplorables de salubridad, se me presentó como un gran contraste frente a mis referentes clásicos de vivienda que eran la casa de mis abuelos y la casa de mi familia en el barrio obrero. Estas pequeñas construcciones improvisadas, emergentes de la inmensa montaña de basura de donde salían también los materiales para construirlas, tan solo tenían una habitación o dos como mucho. Años más tarde una habitante del barrio me dijo que lo único importante era tener donde meter la cabeza. Por eso tampoco es ninguna sorpresa que la raíz etimológica de *tugurio* sea 'techo'. «Un techo sobre la cabeza, eso es todo lo que necesitamos, doctor», recuerdo que me dijo ella y muchas personas más.

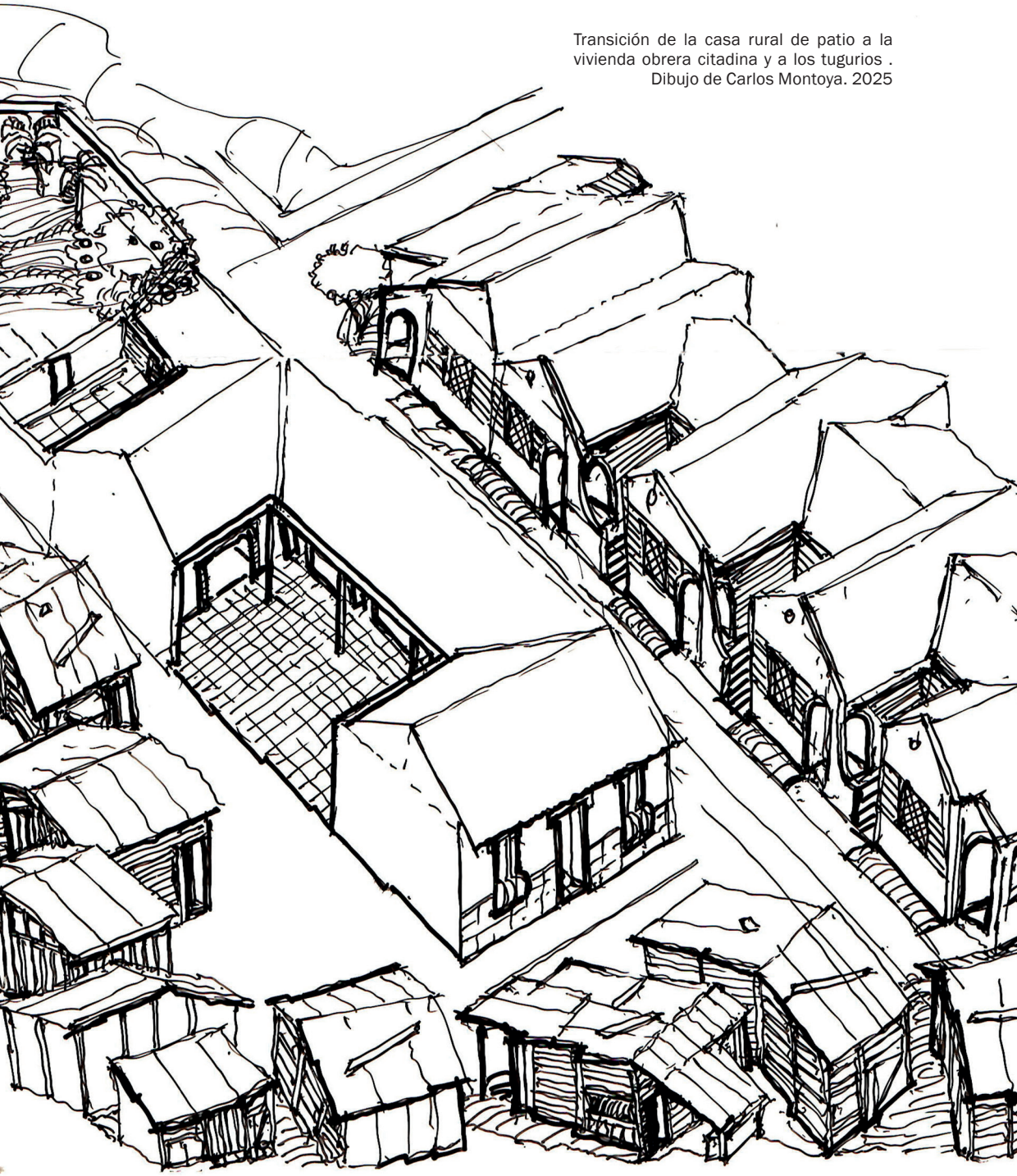
Por otro lado, me sorprendió aquella vez la inmensa recursividad que tenían estas personas para construir. Eran campesinos después de todo y en ellos pervivía la capacidad de hacer refugios, como si estuviera en su ADN. En muchas de esas construcciones en el barrio Moravia vi lo mismo que en aquella famosa foto de Melitón Rodríguez que fue tomada en la construcción del ferrocarril: recursividad, tenacidad y fiereza ante un territorio agreste como lo es el antioqueño. Esa tarde en el bus que atravesaba Moravia entendí que los tugurios guardaban un conocimiento muy importante respecto a lo que sucedía en Colombia política y socialmente, pero también con relación a cómo es construir en medio de los Andes y en territorios altamente húmedos. Estábamos en guerra y todas estas personas afectadas, especialmente los campesinos, llegaban a las laderas de la ciudad a intentar reconstruir sus vidas, sus casas que ahora estaban fragmentadas y diseminadas, como si una emergencia hubiera ocurrido y apenas se estuviera reconstruyendo ese pueblo imaginario con el que el migrante del campo siempre viaja cuando está huyendo del conflicto.

El tugurio no es uno solo, el tugurio es múltiple, es una urdimbre, puro tejido. El tugurio es la reconstrucción de aquella casa grande de la que nuestros campesinos escaparon. Cada uno de los ranchos es una habitación en donde, por falta de espacio, pueden vivir familias enteras. Las calles apretadas del tugurio son los corredores y las galerías. El parque es el patio central. La cocina está en cualquier parte en la que se instale una olla comunitaria para hacer sancocho. Si bien la casa rural miraba más que nada para adentro, el tugurio se parece más al barrio obrero en ese sentido, pues está conectado con las calles y los espacios públicos.

Volviendo a la historia de la casa de mis abuelos maternos en Copacabana, ese primer espacio que me infiltró, como conté, terminó finalmente por ser demolido. Dentro del Plan de Ordenamiento Territorial la administración había decidido que una vía importante pasaría por allí. Según me contaron recientemente, mientras refrescaba mis memorias con la familia para escribir el primer capítulo de este libro, unos años antes de su demolición, la casa se había inundado durante una época de lluvias debido a la crecida de la quebrada que pasaba a su lado. No fue una inundación cualquiera, pues la quebrada, literalmente, se rencauzó a través de la casa y la dejó llena de barro y con la mayoría de sus enseres inservibles, además de arrasar con el resto de la manzana. Fue tanto el pantano que entró, que los abuelos se demoraron más de tres meses, con la ayuda de toda la familia y el cuerpo de bomberos, en volver a dejarla habitable. Esta realidad del agua y la memoria que tiene de sus cauces sería uno de los asuntos centrales que marcarían mi carrera como arquitecto tugurial.

Yo en esa época todavía seguía en la universidad y recuerdo que alguien me dijo «Intenta tratar la vivienda de otros, por más humilde que sea, como te gustaría que trataran a la casa de tus abuelos». Desde entonces lo he intentado, y no digo que no me haya equivocado, pero siento que, hasta ahora, he tratado cada uno de los tugurios en donde me he desarrollado profesionalmente como esa casa fundacional en donde todo lo que soy se fraguó. Por eso, este libro es sobre mis aprendizajes en el barrio Moravia, un barrio de invasión donde tuve la fortuna de resistir, junto con sus habitantes, a las cegueras momentáneas de la administración, pero en donde también fui testigo de sus increíbles aciertos.

Quisiera que esta crónica fuera una guía para las futuras generaciones de arquitectos tuguriales, para que vean que sí es posible pactar con la comunidad y trabajar en conjunto para restablecer el tejido social de los migrantes del campo, quienes, sea por el conflicto o por buscar nuevas oportunidades, terminan en la ciudad. Como bien sabemos los que la habitamos, la ciudad es una criatura que da muchos frutos y que es a su vez violenta y peligrosa.



Transición de la casa rural de patio a la vivienda obrera citadina y a los tugurios .
Dibujo de Carlos Montoya. 2025

LOS CIMIENTOS DE UNA REHABILITACIÓN URBANA

En la basura se configura de forma concreta el paradigma entre lo público y lo privado, esa batalla que se dramatiza en cada una de las instancias de nuestras vidas. El paradigma es muy fácil de ejemplificar. Para comenzar, antes de adquirir un producto en el supermercado ese bien no es nuestro, le pertenece a la cadena distribuidora; es la suma de todas las privaciones y también es, en sí mismo, la razón de toda escasez. Después de que salimos del supermercado con las compras y un recibo que nos acredita como dueños del producto, por un lapso de tiempo que puede ser muy corto o muy largo, esa libra de arroz, ese kilo de tomates, esa botella de detergente para la ropa nos pertenecen, hacen parte de lo que podríamos llamar un *hogar* o un *estilo de vida* o una *posesión*. Pero luego, cuando del tomate solo quedan las cáscaras, cuando del jabón solo queda el envase, cuando del electrodoméstico solo queda la caja, ese sobrante ya no pertenece a nadie y al mismo tiempo nos pertenece a todos como ciudadanos, como integrantes de una sociedad: se ha vuelto un problema público. La basura, la parte que no se consume del producto, se acumula en bolsas negras en las esquinas de la ciudad donde es recogida por los carros de

la empresa de saneamiento, los cuales la llevan a algún relleno sanitario en donde olvidamos su existencia y así la exorcizamos de la línea de producción y consumo: sacándola de nuestra vista.

Pues bien, Moravia, ese barrio en el que me eduqué como arquitecto tugurial, estaba construido alrededor de un morro de basura, un morro hecho de todos esos residuos que producen las vidas, los hogares, los sueños. Era, en pocas palabras, un relleno sanitario. Durante mucho tiempo existió sin ser reconocido como tal por las fuerzas burocráticas de la ciudad, pero la realidad, su naturaleza, decía a todas voces que era eso: un basurero. Un basurero que se convirtió en un barrio, un barrio que se transformó en mi universidad, universidad que me entregó los fundamentos de todo lo que soy hoy.

Fui partícipe de este proceso de transformación entre 1984 y 1989 gracias a un programa de rehabilitación que la administración pactó con sus habitantes y del que yo fui, por cosas de la vida, una parte central. Pero antes de contar cómo llegué a Moravia, quisiera hablar un poco de la historia de un barrio que creció en medio de desechos, enfermedades, exclusión y abandono. Un barrio que, ajeno a todo lo que yo conocía como barrio, como caserío siquiera, se transformó en el referente y en el norte de mi lucha por una sociedad donde la vivienda, como fenómeno social complejo, fuera central.

Los primeros habitantes del morro de basura y sus alrededores llegaron durante las décadas de los sesenta y setenta. Eran, en su mayoría, campesinos desplazados de las zonas rurales debido a la guerra interna colombiana que en cada época tiene un nuevo rostro pero siempre es, en esencia, la misma. Estas personas que llegaban a Medellín huyendo del horror encontraron en esta zona de la ciudad un lugar estratégico para rehacer sus vidas. Por una parte, se trata de un lugar bastante central, cerca del Jardín Botánico, de las universidades públicas, de la principal plaza de mercado y del centro. Por otra, en una ciudad encunetada en un valle como lo es Medellín, el basurero quedaba en una zona plana cerca del río, lo cual era muy conveniente pues este proveía de materias primas y era fuente de trabajo. Hoy día muchas personas todavía se dedican a sacar arena del lecho del río para venderla en el sector de la construcción. Con el basural sucedía lo mismo: a ojos

del rebuscador aparecía como una posible fuente de trabajo en el precario campo del reciclaje informal.

Muchos de los primeros ranchos que aparecieron en Moravia usaron como materia prima la misma basura que se acumulaba en aquel icónico morro de desechos. El residuo que quedaba de esa otra vida de consumo en la que estaba inmersa el resto de la ciudad se convertía, de repente, en la posibilidad de un nido, en el resguardo momentáneo de un techo. A los habitantes de Moravia que se dedicaban al reciclaje les decían *basuriegos*, y aunque eran estigmatizados, no lo eran tanto como aquellos a quienes les decían *chuteros*. Estos últimos comían de la basura y por esta razón tenían verrugas en el rostro y las manos. Como dicen, la basura de algunos es el tesoro de otros o, en este caso, la nutrición de otros. Así es como uno de los primeros movimientos en la dinámica oscilatoria entre lo público y lo privado que hicieron los moradores fundacionales de Moravia fue volver a privatizar eso que es asunto público: los desechos.

En ese entonces, Moravia era un amplio sector compuesto de diversos barrios con historias y personalidades propias. Al interior de este se desarrolló una especie de sistema de castas conforme se fue expandiendo y recibiendo a pobladores de otras diásporas, incluso de movimientos de desplazamiento intraurbanos. A medida que se fueron anexando nuevos barrios, estos fueron tomando sustancia y densidad hasta un punto en el que nadie podía negar su existencia como una nueva territorialidad. En su interior, como una colcha de retazos, se componía de estas otras semillas de barrios nacientes, que fueron urbanizados de formas diversas y en distintos momentos.

El barrio Moravia se localiza hacia Cuatro Bocas al lado norte de la quebrada La Bermejala, es el acceso hacia Aranjuez desde el centro de la ciudad y es el barrio más viejo y de mejor trazado y consolidación del sector. Fidel Castro, ubicado hacia el costado noroccidental, tenía como frontera el río Medellín, mantenía el trazado regular y contenía la centralidad del sector. El barrio El Bosque era el que tenía más extensión de fachadas hacia Carabobo –una vía principal que conecta la ciudad desde el norte hasta el centro–, con un trazado irregular, las vías más estrechas y laberínticas y viviendas totalmente tuguriales o de materiales

Familias de recicladores recolectando desechos en el morro de basura. Fotografía de Gabriel Carvajal Pérez. Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Archivo Fotográfico. ca. 1982.

Conjunto de viviendas aledañas al morro de basura. Fondo fotográfico Los Días Bonitos de la Basura, tomadas y donadas por Edgar Jiménez el Chino al Centro de Memoria Barrial del Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. 1984.

Actividad de recolección en el morro de basura. Fondo fotográfico Los Días Bonitos de la Basura, tomadas y donadas por Edgar Jiménez el Chino al Centro de Memoria Barrial del Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. 1984.

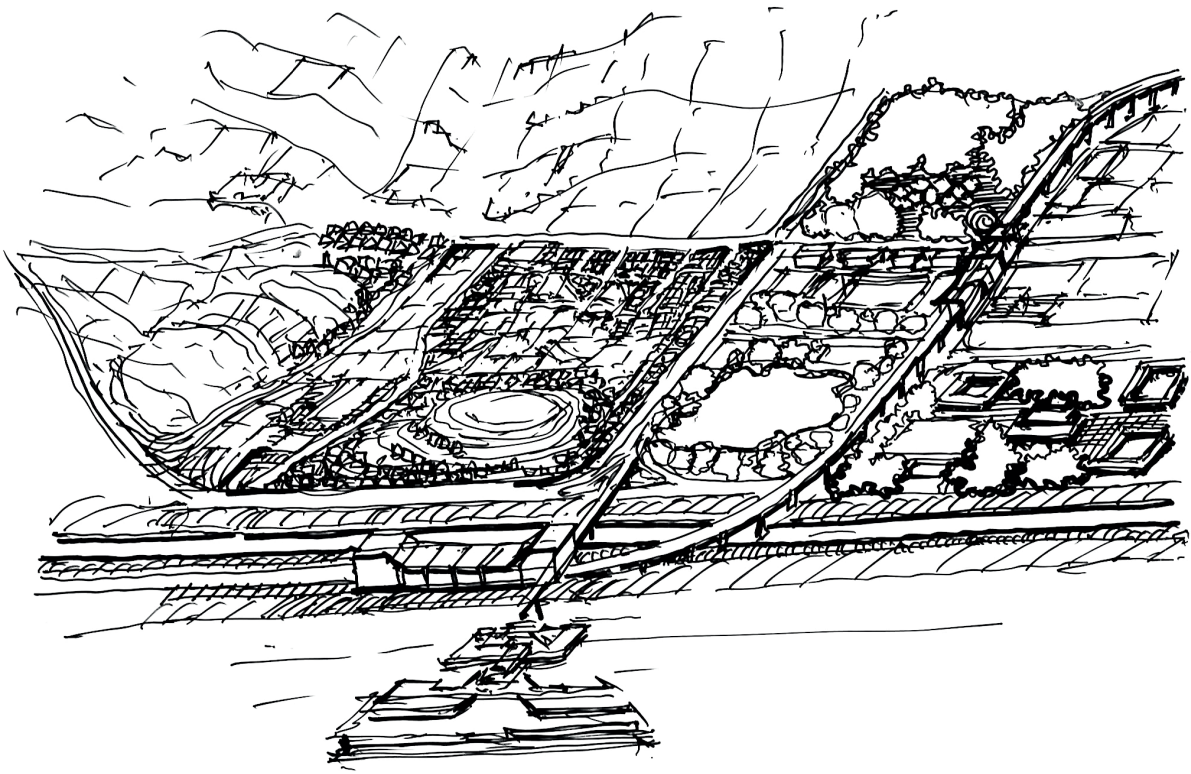
Viviendas al interior del morro de basura. Fondo fotográfico Los Días Bonitos de la Basura, tomadas y donadas por Edgar Jiménez el Chino al Centro de Memoria Barrial del Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. 1984.

EXI
SIN
CON

provisionales. Estaba delimitado por la quebrada La Bermejala al norte y la quebrada El Molino al sur y se caracterizaba por tener varios caños de alcantarillado a cielo abierto con una estructura abigarrada que funcionaba como una barricada densa e inaccesible. Los barrios La Playa y El Llano se ubicaban en el interior, entre el barrio El Bosque y el morro de basura. Curiosamente, estos barrios recuperaban el trazado regular y sus viviendas estaban más consolidadas. El barrio Milán se ubicaba en el costado sur, limitando con el Parque Norte, la quebrada El Molino y el morro de basura, era de poca extensión y muy particular, ya que sus lotes eran grandes y tenían un trazado regular. El barrio del morro de basura se ubicaba sobre el antiguo basurero y en su interior presentaba microsectores como La Divisa –en la cima del morro– y Casco de Mula –con acceso desde Fidel Castro–, sus viviendas eran totalmente precarias, con callejones laberínticos y estrechos, presentaba frecuentes incendios y problemas de estabilidad en las viviendas. El último barrio en emerger fue Oasis Tropical, se construyó en 1988 para atender una emergencia invernal sobre una escombrera ubicada al norte de Moravia. Este barrio lo tracé yo. El sector privado de la ciudad donó la madera estructural para conformar las viviendas, que eran bifamiliares y de dos niveles.

En este libro hablo sobre todo del barrio Fidel Castro y del barrio El Bosque, pues fue allí en donde aporté mi granito de arena durante los años en los que fui parte del programa de rehabilitación. El barrio Fidel Castro, a diferencia de El Bosque, fue planeado y trazado desde un comienzo y fueron las fuerzas populares y comunitarias las que guiadas por el liderazgo del sacerdote Vicente Mejía lograron levantarlo ladrillo a ladrillo. En su planificación también fueron centrales mujeres como Heroína Córdoba, Marina Aguilar, las Guzmanes y las Rojas. De Vicente Mejía se cuentan muchas historias y en la ciudad es recordado como el curita reciclador, el curita harapiento y el defensor de los tugurianos de los basurales. El barrio Fidel Castro sirve para ejemplificar la importancia de la organización de base y de la cooperación y la construcción colectiva de lo público.

La historia del barrio El Bosque, en cambio, es otra. En ese entonces los ranchos en El Bosque se apeñuscaban y tomaban formas extrañas, tratando de colonizar la mayor cantidad de terreno



Esquema de delimitación de los barrios que componian el sector Moravia en el momento de ejecución del programa de rehabilitación (1984-1989). Esta división ha cambiado con el tiempo y actualmente muchos de estos barrios no se nombran igual. Dibujo de Carlos Montoya. 2025.

posible. Sin pensar en las vías comunes y en la futura posibilidad de un alcantarillado comunitario, cada invasor hacía lo que podía. El barrio crecía siguiendo unas lógicas asimétricas, competitivas e individualistas. Dada su naturaleza caótica y apelmazada, El Bosque, que linda con la avenida Carabobo, también funcionaba como una barricada que protegía al barrio de la posible invasión de la ciudad. Esta forma abigarrada funcionaba como protección

Padre Vicente Mejía caminando por las calles de Moravia. Fotografía de Giovanna Pezzotti. Archivo Centro de Memoria Barrial del Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. 1968.

y al tiempo aislaba al barrio de toda posibilidad de integrarse a la ciudad, de que los servicios públicos lograran entrar al barrio. Crear esas porosidades necesarias entre El Bosque y la ciudad de Medellín fue una de las principales misiones del programa.

La decisión clave que interconecta mi vida con el barrio Moravia fue una de la que no participé. Durante una reunión entre el entonces alcalde Juan Felipe Gaviria y la comunidad de Moravia se pactó lo que para mí es uno de los acuerdos más revolucionarios en materia de rehabilitación urbana de la mano de la comunidad. Del lado de la administración, los artífices principales fueron el grupo de sociólogos liderados por Juan Camilo Ruiz Pérez, quienes crearon el marco de intervención y las bases metodológicas del programa de rehabilitación. Del lado de la comunidad, la voz principal fue la del líder comunitario Rafael Moná Aragón. Durante esta reunión, cuentan, el alcalde Gaviria había llegado a nuevos límites de frustración, cuando la comunidad le dijo que no pensaba pagar ni un solo peso por el metro cuadrado de un barrio que ellos habían levantado con sus propias manos. A punto de marcharse, derrotado, el alcalde fue detenido por la intervención de Rafael Moná, quien tenía una propuesta novedosa para hacerle. Lo que dijo el líder se transformó en el centro de lo que luego el grupo de sociólogos y el equipo legal del programa de rehabilitación condensaría en un acuerdo revolucionario, a mi modo de ver, ejemplar por la manera en la que armonizó las necesidades públicas y privadas de un barrio en ciernes.

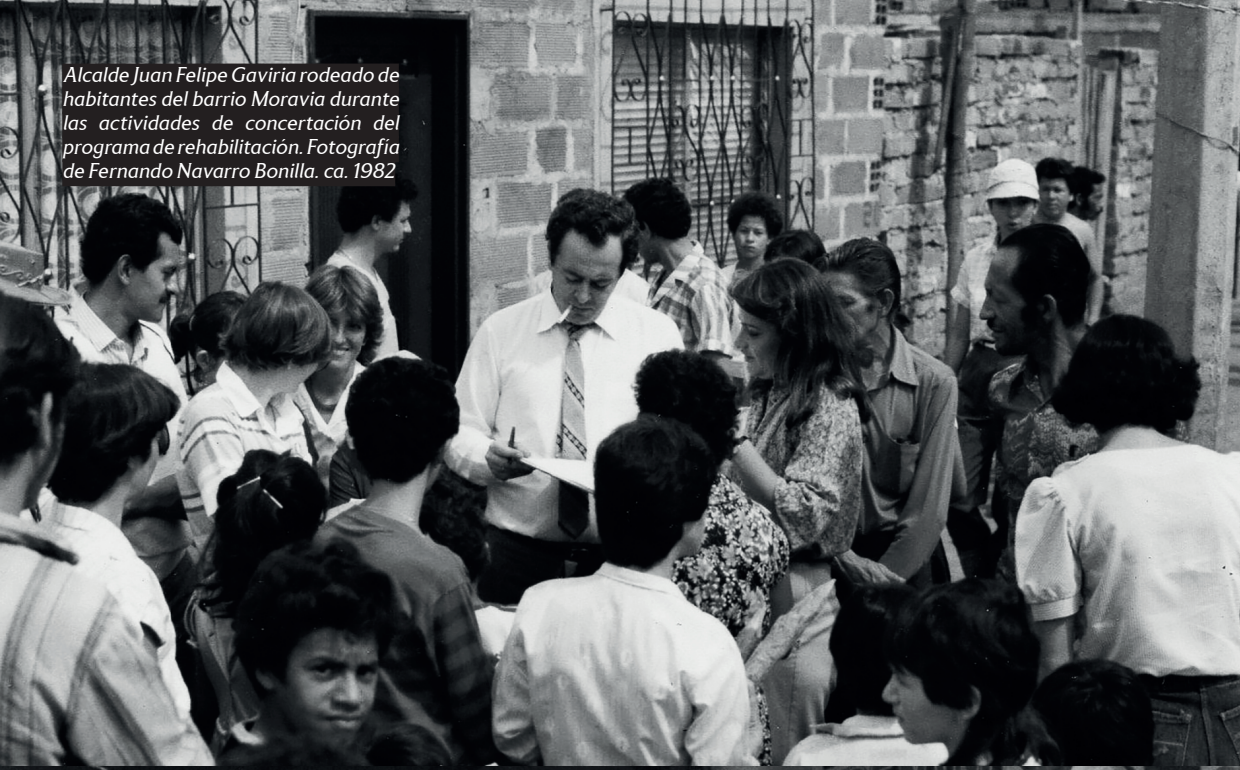
La primera vez que me mostraron el acuerdo quedé sorprendido. Lo que se proponía allí era la posibilidad de intervenir libremente el tejido privado de los hogares de miles de personas, con el fin de conseguir un bienestar público y pagando, de forma circular, con la escrituración de predios. Es decir que, según estas disposiciones pactadas entre la Alcaldía y la comunidad, las familias pagarían con eso que privatizaron a la fuerza, mediante el uso de la invasión, y serían retribuidas con la legalización de un pedacito de tierra, lo que toda persona desea para sí misma y para los suyos. En ese momento consideré que el acuerdo era altamente intervencionista, pero no lo decía con las connotaciones negativas con las que la palabra se ha cargado en la actualidad, sino porque

en sus puntos se mostraba el interés del Estado, encarnado por la Alcaldía, en restituir a un grupo de personas su derecho a la vivienda digna y al disfrute de un espacio público en donde se pueda esparcir, trabajar y desarrollarse como persona.

El acuerdo hace parte de este libro, en donde se puede encontrar íntegro, punto por punto, y puede servir como modelo a otros arquitectos tuguriales que deseen pactar la rehabilitación urbana con las comunidades que habitan los sectores a intervenir. Lo que dijo Rafael Moná en esa reunión fue que los habitantes del barrio podían intercambiar su trabajo, su mano de obra, para ampliar vías, reubicar ranchos y hacer entrar el alcantarillado y los servicios públicos a cambio de la escrituración de sus casas. La Alcaldía, a su vez, se encargaría de proporcionar los materiales necesarios y de gestionar la logística burocrática. El alcalde Gaviria aceptó, pero con la condición de que no podía entregarle a una familia más de un lote.

Otro de los hitos de este acuerdo fue la creación de una divisa comunitaria. Insisto en que yo todavía no había llegado a Moravia cuando el grupo de sociólogos liderado por Juan Camilo Ruiz diseñó este mecanismo con el que se pactaron las dinámicas de trabajo y de titulación del programa de rehabilitación. Los bautizaron «bonos de ayuda mutua» y son centrales en esta historia, pues mediante el ejercicio de la economía comunitaria no solo comprendí la tensión dinámica entre lo público y lo privado, sino que, con la reformulación del funcionamiento de estas divisas y su correlación con la intensidad y la cantidad del trabajo que representaban, logré mostrar mi capacidad de crítica, que fue vital para la transformación del *ideal* en *materialidad*.

Ya que logré dibujar el contexto del barrio Moravia y que planteé las generalidades del acuerdo que llevó a consolidar el programa de rehabilitación, regresaré a quien era yo en ese entonces, a ese Carlos Montoya recién graduado de la universidad, que soñaba con ser un arquitecto de oficina, eso que podríamos llamar un *arquitecto normal*. Corría el año 1984 y recién me había graduado de la carrera. En Colombia la guerra contra el narcotráfico estaba en un momento álgido, la administración de Belisario Betancur estaba acorralada por el cartel de Medellín y



Alcalde Juan Felipe Gaviria rodeado de habitantes del barrio Moravia durante las actividades de concertación del programa de rehabilitación. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1982

Habitantes de Moravia asisten a una reunión de concertación en el coliseo Iván de Bedout. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1982

negociaba con algunos cabecillas la posibilidad de no extraditarlos a Estados Unidos, meses después de que fuera asesinado por este cartel Rodrigo Lara Bonilla, entonces ministro de Justicia. Este parte histórico es importante para que se entienda que ese Carlos Montoya, recién graduado de arquitectura, vivía en un contexto generalizado de zozobra y de falta de institucionalidad.

Me dedicaba a labores académicas al interior de la facultad. Conocía poco esa Medellín profunda que desde ese año se convertiría en mi segunda universidad. Un día, en medio de los ires y venires de la labor académica, me topé con Gilberto Arango Escobar en un pasillo de la Universidad Nacional. Normalmente Gilberto, a quien considero uno de mis grandes mentores, me invitaba a seminarios, cursos y cualquier actividad académica. Él ponía demasiadas esperanzas en mí y creo que siempre me vio como alguien con potencial. Ese día, sin embargo, la invitación fue otra. Gilberto era el director del programa de rehabilitación de Moravia y me invitó a ser una pieza central de este. Al principio lo dudé mucho, no voy a mentir, pero ante la insistencia de Gilberto, decidí intentarlo.

Durante los primeros días como parte del programa me dediqué a asuntos en la oficina –en el capítulo siguiente hablo un poco sobre cómo, en campo, construí junto con mis compañeros la verdadera oficina desde la que operé–, como un novato, evité a toda costa ir a Moravia. No es algo que me enorgullezca decirlo, pero me daba miedo. Desde afuera, las asociaciones sobre el barrio que hacía la gente es que era sucio, insalubre y peligroso. El grupo de sociólogos, en cambio, se la pasaba allá en campo, mediando con la comunidad y tratando de materializar los puntos del acuerdo firmado. Uno de ellos, Diego Villegas Navarro, quien recién regresaba de Rusia de sus estudios de posgrado, se convirtió en otro mentor importante, en guía para una vocación que palpitaba dentro mío, que cohabitaba con los recuerdos de la casa de mis abuelos y con los de mis padres en el barrio obrero, pero que todavía no discernía ni lograba delinear. Luis Fernando Londoño Nichols, pupilo de Juan Camilo, el líder del grupo de los sociólogos, fue otra de las personas que impactó en mi vida desde las ciencias sociales y humanas. En suma, fueron los sociólogos

quienes empezaron a pullarme. Me preguntaban «Bueno y ¿cuándo va a ir?». Hasta que un día, cansado de la insistencia de mis compañeros, decidí visitar ese barrio que también se asentaría dentro mío.

Durante el primer recorrido me acompañaron Luis Fernando y Blanca Nohelia, una mujer reservada y muy combativa, trabajadora social del barrio El Bosque, a quien, durante los años que siguieron, siempre la vería acompañada de mujeres de la comunidad o a mi lado, caminando sus calles. Ella fue una compañera incondicional y encontrarán su nombre repetidas veces en esta historia. Esa primera vez realizamos un ritual que se repetiría siempre que llegábamos: nos detuvimos en la tienda de Rafael Moná, aquel líder que encaró al alcalde Gaviria, para cambiarnos los zapatos por botas de hule y tomarnos un tinto mientras nos preparábamos para la expedición.

Luis Fernando y Blanca Nohelia me llevaron por los callejones más apeñuscados, por las calles más empantanadas, y creo que lo hicieron de gusto para que viera la parte más crítica. Recuerdo con nitidez que mis botas de hule se hundían en el pantano de las calles y que ese pantano no era del todo tierra y agua, sino que también estaba compuesto por excrementos de animales, basura, aguas residuales y otras inmundicias. En ese momento, el barrio El Bosque no tenía alcantarillado y ese era uno de los problemas principales a resolver. Luis Fernando y Blanca hablaban tranquilamente entre ellos y cada tanto me contaban algo que debía saber del barrio, o alguna curiosidad, como si fueran guías turísticos. Yo, en cambio, estaba callado. Me atemorizada abrir la boca y que ese vaho espeso e inmundo se me metiera en el cuerpo. Además del asco, empecé a sentirme desorientado. Los callejones que desembocaban en otros callejones, las construcciones de materiales mestizos, muchas veces recogidos de la basura, hacían que ese lugar pareciera un laberinto. Recuerdo muy bien que trataba de ubicar, con desespero, dónde estaba Carabobo, esa avenida que me prometía el regreso al mundo habitual, a esa ciudad de Medellín en la que sabía moverme. Allí, al interior de Moravia, me sentía perdido.

Senderos al interior del barrio El Bosque. Fotografías de Fernando Navarro Bonilla. 1985.

Cotidianidad al interior del barrio La Playa, cerca del morro de basura. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1983.

Ahora que vuelvo a recordar estos primeros días en los que habité Moravia comprendo que el *shock,* más allá del olor penetrante de la basura y las excretas o del enrevesamiento de sus callejones, tenía que ver con otra cosa. Esos tugurios eran el opuesto de la casa de mis abuelos y la del barrio obrero. Me costaba mucho pensar que alguien pudiera llamar a esos ranchos una casa, pues mi referente, claramente privilegiado, era otro. Ese día una pregunta me rondaba insistentemente y no podía sacármela: «¿Qué hago aquí?».

Durante el recorrido, Luis Fernando me miraba cada tanto de reojo, atento a los gestos de fastidio que se me escapaban sin querer. Cuando estábamos por llegar al final del recorrido, el sociólogo se detuvo de golpe y me miró de frente, sin esconder el matiz burlón en su mirada. «A ver, arquitecto, ¿usted qué es lo que va a hacer aquí?», me preguntó. Abrí la boca para responderle y sentí cómo el aire infecto, al que no estaba acostumbrado pero que luego se me haría paisaje, me entró por la boca. Pude saborear el aire de lo potente que era su aroma. Me agarró un acceso de tos que terminó en lágrimas. La mirada burlona de Luis Fernando se agudizó, aunque no había malicia en ella, realmente. Le dije que me diera tiempo para procesarlo todo, que en una semana tendría algunas ideas para comenzar. Cuando por fin estuve por fuera del laberinto, los pensamientos intrusivos se hicieron más fuertes. Esa vocecita por dentro me decía que eso no era verdadera arquitectura, que mejor me dedicara a hacer casas campestres o edificios de apartamentos, que lo mejor era ir por lo seguro. Ahora agradezco profundamente que no le hice caso a esa voz, que no era más que la voz del miedo.

Los días que siguieron a la primera incursión en Moravia me obligué a ir varias veces por cuenta propia. Quería recorrer las calles laberínticas y apestosas sin la mirada burlona de los sociólogos. Quería, además, enfrentarme al miedo y al estupor que me producía el lugar. Llegaba a la tienda de Rafael Moná, me calzaba las botas, me tomaba el tinto, trataba de entablar mis primeras conversaciones con los habitantes, intentando comprender a fondo la naturaleza de este lugar tan distinto a todo lo que conocía. Recorrí aquel laberinto tantas veces que empecé a descifrarlo. Durante esos días conocí a personajes del barrio que me acompañarían en la labor, personas de la comunidad que fueron igual o más definitivos que algunos de los funcionarios del programa. Emilio Montoya fue una de estas

personas, a quien de inmediato reconocí como un líder comunitario y quien me enseñó muchísimo sobre la labor social, así como yo le enseñé algunas bases de arquitectura de campo. Pero de Emilio hablo a fondo en los capítulos siguientes, pues es un personaje principal en esta narración.

Uno de esos días de visita solitaria tuve una especie de epifanía. Había descubierto cuál sería la primera intervención que el barrio necesitaba. Llegué a la oficina de Gilberto, apurado ante la urgencia de esta revelación. «Mire, Gilberto, todos estos tugurios del barrio El Bosque, que limitan con la avenida Carabobo, no dejan entrar a la ciudad», le dije. Gilberto estuvo de acuerdo en que lo primero a intervenir serían los sectores limítrofes con Carabobo. Había que ensanchar esas vías. Cuando me acerqué a

Acometida informal de mangueras de acueducto por la quebrada El Molino en el barrio El Bosque. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1983.

Luis Fernando a contarle el descubrimiento, él respondió que era obvio, pues estos barrios de invasión o piratas suelen enfrentarse a la policía, así que se configuran, también, como barricada. «Estos tugurios son la línea defensiva del resto del barrio», me dijo el sociólogo.

Gilberto me explicó, cuando empezamos a planificar, que el hacinamiento de viviendas en el barrio El Bosque era porque desde allí era más fácil chuzar el acueducto público, que pasaba por debajo de Carabobo. Así que los tugurios limítrofes servían no solo como muralla para evitar la entrada de las fuerzas del orden público, sino también como enclave de abastecimiento de agua. En ese momento entendí realmente la complejidad de lo que me esperaba y empecé a entusiasmarme. Del programa dependían las vidas de cientos de familias que, así no tuvieran una casa como la de mis abuelos o como la de mis padres, eran personas igualmente aguerridas, trabajadoras y con sueños. Durante esos primeros días en el barrio, me recuerdo mirando la quebrada El Molino, llena de mangueras que hacían de conducto primitivo para el agua, y me sentí fascinado por la recursividad de esas personas que, así como mi familia y como yo mismo, portaban esa sangre fraguada entre montañas y geografías difíciles. Me prometí que sería una herramienta para sus deseos.

Recuerdo que en ese momento una imagen me acompañaba. Los sociólogos me habían contado, recientemente, la historia de otro sociólogo, uno de los compañeros al que habían retirado hacía poco del programa de rehabilitación. Según me dijeron, el sociólogo, frustrado porque al morro de basura seguían llegando nuevas familias y cada semana aparecían nuevos ranchos, un día tomó un cuchillo y se fue a apuñalar las mangueras, ese acueducto primitivo que alimentaba las casas con las aguas de la quebrada El Molino, con la idea de que así se irían. El cuento le salió al revés, porque fue a él a quien echaron del programa. Puedo entender la frustración del sociólogo, pues este es un trabajo que tiende a la contradicción y la frustración, pero nunca compartiré sus métodos.

Gilberto aceptó mi ruta de acción y me dijo que tenía luz verde de parte del programa. La principal pregunta a responder, me dijo esa vez, era «¿Cuántos ranchos necesitamos reubicar?». Después de tener esta respuesta abriríamos las vías para comunicar los

tugurios con el resto de la ciudad, con el alcantarillado y los otros servicios públicos. Para comenzar lo más rápido posible usaríamos los baldíos que ya poseía la Alcaldía. Allí reasentaríamos a las primeras familias.

–Arriésguese, vaya, recorra, hable con la gente –me dijo Gilberto. Yo apenas llevaba veinte días en el programa y no sabía si Gilberto tenía demasiada fe en mí o si la misión era tan desesperada que ya se habían quedado sin ideas.

–Gilberto, el levantamiento topográfico que me dieron es bueno, pero no es cien por ciento confiable –le dije yo. Con sus gestos, de alguna manera, me sugirió que sería capaz de resolverlo.

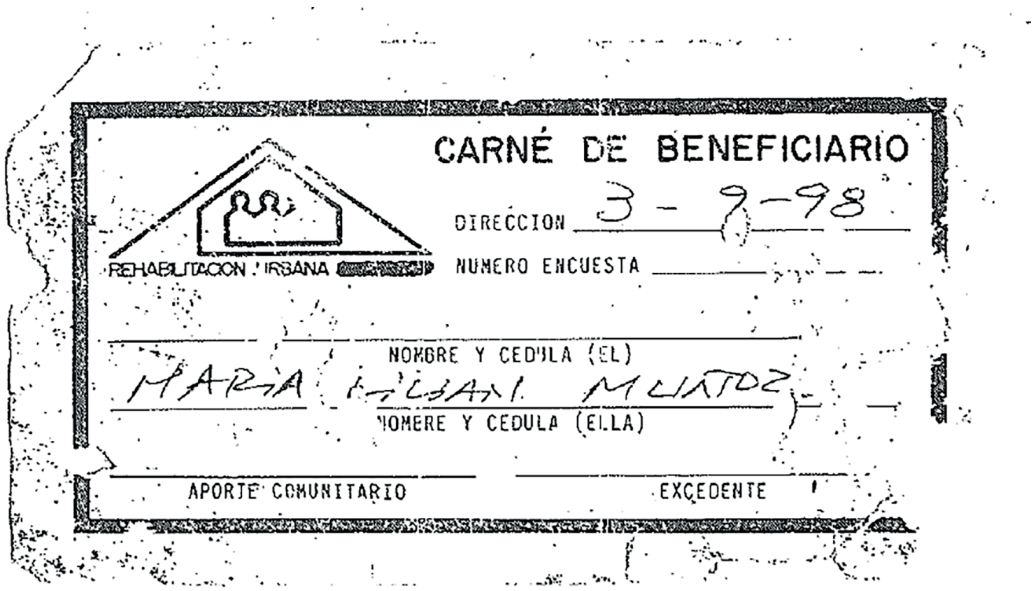
Después de estudiar en detalle el levantamiento topográfico de El Bosque comprendí por qué las cuentas no daban. El área que faltaba estaba distribuida en todos esos espacios minúsculos entre rancho y rancho, producto de las prácticas individualistas de la invasión como mecanismo urgente para restituir el derecho a la vivienda. Cada vez que iban llegando nuevas familias a El Bosque, construían donde podían y quedaban entre casa y casa, entonces, esos pequeños espacios intersticiales, sumados, escondían las verdaderas dimensiones del barrio.

Recorrí tantas veces esas calles que mis botas empezaron a gastarse. Me acostumbré a los olores y mi rostro atraía ya los saludos. Las personas del barrio empezaron a reconocerme. Durante esos largos recorridos reafirmé lo que ya sospechaba: la apertura de las vías dependería totalmente de la oferta habitacional. El programa de rehabilitación tendría que proponer a las familias, cuyos ranchos serían intervenidos, que por medio del mejoramiento de lo público no solo aumentaría su calidad de vida, sino que también obtendrían vivienda. Con el tecnólogo Jaime López Rojas empezamos a inventariar lotes vacíos de mínimo cuarenta metros cuadrados, es decir, a rehacer el levantamiento topográfico, para comenzar con esta primera tarea que me había asignado Gilberto.

Los días en el laberinto de Moravia se convirtieron en semanas, las semanas en meses y, sin darme cuenta, conocía cada vericueto, cada callejón, cada palmo de ese barrio que palpitaba, vivo, bajo mis pies. Al cuarto mes de haber llegado, logré llevarle a Gilberto la respuesta a su pregunta. Le dije que necesitábamos hacer ciento setenta y nueve traslados para abrir las vías y dejar que la ciudad

Intersticios entre viviendas que ocasionan una pérdida de área por la ocupación individual de la tierra. Dibujos de Carlos Montoya. 2025.

entrara a Moravia. Esto significaba, dicho de otra manera, que ciento setenta y nueve familias verían comprometido su patrimonio privado por un bien colectivo y comunitario. El número de traslados que calculé era quince por ciento mayor de los que sugería el levantamiento topográfico inicial. Desde entonces, siempre que trabajo en proyectos habitacionales, calculo un quince por ciento más de traslados necesarios. Este margen de ajuste siempre me ha funcionado a la perfección y podría serle útil a usted también, si se dedica a la arquitectura tugurial.


CARNÉ DE BENEFICIARIO

REHABILITACION URBANA

DIRECCION 3-9-98

NUMERO ENCUESTA

NOMBRE Y CEDULA (EL)

MARIA LILIANA MUÑOZ

NOMBRE Y CEDULA (ELLA)

APORTE COMUNITARIO

EXCEDENTE

Carné de beneficiario del programa de rehabilitación de Moravia. Documento de María Liyi Muñoz. 1985.

PTE. LASSO

PROYECTO DE ACUERDO No. 46 de 1985 (15)

463

Por medio del cual se otorgan unas autorizaciones al Señor Alcalde de Medellín.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE MEDELLIN

En uso de sus atribuciones legales y en especial de las que le confieren las leyes 4a. y 97 de 1913, 72 de 1926 y el artículo 197 de la constitución Nacional.

ACUERDA :

Artículo 1o. Autorizase al Señor Alcalde de Medellín para que enajene, a aquellas personas que sean beneficiarias del Programa de Rehabilitación que adelanta la Administración Municipal en el antiguo Basurero de Moravia, los terrenos ubicados en dicho sector que se encuentran determinados en el artículo 1o. del Acuerdo 3o. de 1977 y los cuales son propiedad del Municipio.

Artículo 2o. Las transferencias se harán previo el cumplimiento de los requisitos establecidos en áreas hasta de 80 Mts.^{2} por la Administración Municipal, entre los cuales estarán :

A. Que el beneficiario haya cumplido con el trabajo comunitario respaldado con Bonos de Ayuda Mutua, establecidos por el Programa de Rehabilitación y de conformidad a las tablas aprobadas en la concertación con la comunidad.

B. Que el beneficiario no sea titular de otra propiedad o posesión.

Artículo 3o. Facúltase al Alcalde de Medellín para que en el término de quince días, contados a partir de la sanción del presente Acuerdo, fije los demás requisitos que deben acreditar las personas beneficiarias de las enajenaciones a que se refiere el presente Acuerdo, y los criterios que deben tenerse en cuenta para transferir, en casos especiales, lotes con un área superior a 80 Mts.^{2} .

Artículo 4o. Este Acuerdo rige a partir dela fecha de su sanción.

Dado en Medellín, a los días del mes de de 1985 .

EXPOSICION DE MOTIVOS

PROYECTO DE ACUERDO por medio del cual se otorgan unas autorizaciones al Alcalde de Medellín.

ANTECEDENTES :

Por acuerdo número 23 del 16 de septiembre de 1976 el Concejo Municipal y con motivo del Tricentenario de la Fundación y erección en Villa, de la ciudad de Medellín, se determinó un plan de obras a realizar.

Luego por el Acuerdo número 3 del 29 de abril de 1977 el Concejo adoptó con carácter prioritario al plan de obras señaladas en el Acuerdo anterior, la adquisición de un lote de terreno ubicado al norte de la ciudad y contiguo al Parque Norte, con miras a construír en él una ampliación de dicho parque recreativo.

Igualmente se determinó, que no obstante el uso recreativo que tendría el lote en mención, una vez adquirido se entregaría a las Empresas Varias de Medellín, para que durante cinco (5) años lo destinara para botadero de las basuras de la ciudad, mediante el sistema de relleno sanitario, hasta conformar la topografía final requerida para el parque.

La disposición de basuras a partir de entonces se realizó masivamente, en forma incontrolada y por mucho más tiempo del previsto originalmente, todo lo cual trae como resultado la generación de la actual montaña de basura, hasta hace poco el principal foco de contaminación ambiental de la ciudad.

Todo este proceso estuvo acompañado de acontecimientos sociales y económicos muy complejos que durante mucho tiempo fueron desconocidos o simplemente aceptados por la ciudad y sus gobernantes. En efecto la montaña se convirtió finalmente en lugar de trabajo de hombres, mujeres y niños que encontraban en el reciclaje de las basuras una fuente de ingresos. La búsqueda de proximidad a este sitio de trabajo llevó a muchas familias a localizarse en viviendas precarias sobre la montaña de basura o en áreas próximas a la misma.

Pero en definitiva, fué el abandono a su propio destino de este sector de la ciudad, lo que permitió que se diera en él un proceso de poblamiento muy intensivo bajo la forma de invasiones, que sucesivamente se tradujeron en loteamientos irregulares, los que se vendían, unas veces siguiendo algun patrón de ordenamiento urbano, pero en muchos casos llegándose a vender terrenos residuales al borde de un caño, en el cerro de la basura o en la parte posterior de viviendas ya existentes.

El asentamiento, por la forma misma como se fue generando, llegó a presentar todos los problemas que le son comunes a las áreas subnormales de la ciudad: carencia de servicios públicos, ilegalidad en la tenencia del suelo, inexistencia de un trazado urbano adecuado, precariedad en la vivienda y en lo social una situación de desempleo generalizada, carencia de oportunidades y todo lo que de esto se deriva. Pero adicionalmente a esto, el

asentamiento se sobredensificó llegando en sectores como el Bosque a presentar el más alto grado de tugurización de la ciudad; además, su proximidad con la montaña de basura, terminó por agregar al asentamiento la problemática de cerca de 1.200 familias que se ubicaron sobre sus laderas con viviendas en extremo precarias y sin ninguna posibilidad de permanencia en el sitio.

Finalmente en respuesta a esta compleja problemática consecutivamente las últimas Administraciones han tomado la decisión de adelantar en la totalidad del sector conocido como Moravia, un programa de Rehabilitación integral que a la vez que mejore sustancialmente las condiciones de sus habitantes, lo articule en forma definitiva al resto de la ciudad. A este programa se le dá inicio formal con la expedición del Decreto No.102 de febrero 23 de 1984 y sus objetivos generales se pueden sintetizar en los siguientes puntos :

1. Reordenamiento urbanístico del sector, el cual comprende la creación de una red vial peatonal y vehícular hoy inexistente y el reordenamiento de predios allí donde es necesario, buscando que todos ellos queden dando vía pública.

2. Rehabilitación física con la cual se busca dotar todo el sector de los servicios de infraestructura así como el saneamiento general del mismo : construcción de canalizaciones y tratamiento del cerro de las basuras.

3. Rehabilitación social mediante la puesta en marcha de programas en frentes sociales como la Educación, la Salud, la recreación, la capacitación y el empleo.

4. Regularización de tenencia a través de la titulación de los predios que habitan las familias beneficiarias del Programa.

5. Mejoramiento de vivienda, proporcionando un apoyo y una asesoría a las familias para que por esfuerzo propio o compartido, consoliden gradualmente sus viviendas en materiales permanentes.

Por lo anterior, la comisión nombrada por la mesa directiva para estudiar el problema de Moravia, conjuntamente con la Dirección de Programas consideró urgente cumplir con los compromisos adquiridos por la Administración y , como garantía para los habitantes del sector es necesario que se agilice el trámite de adjudicación de los terrenos, por lo tanto se preparó el proyecto de Acuerdo que sometemos a consideración del Honorable Concejo.

Seguros que el Honorable Cabildo analizará y comprenderá la trascendencia del Programa de Rehabilitación integral del mencionado sector y por consiguiente la importancia que representa el aprobar esta iniciativa, por contribuir al desarrollo e integración de este sector al resto de la ciudad desde el punto de vista urbanístico y social, es que dejamos a su consideración y sabia decisión este proyecto de Acuerdo.

-3-

Respetuosamente de los Honorables Concejales.

NICOLAS ECHAVARRIA MESA

LUZ REGINA MADRID M.

GUSTAVO ARISTIZABAL A.

MARIA VICTORIA MELO DE C.

BENEFICIARIOS SECTOR MORAVIA

BONO DE AYUDA MUTUA

06073

NOMBRE Maria Lucia Muñoz FECHA Oct. 22/85

DIRECCION SECT 05 MANZ 04 LOTE 004 D 1 8

ENCUESTA Nº 001829 9 14

CEDULA Nº 32.465.475 DE

APORTE TOTAL

RECIBIO HERRAMIENTA SI X NO

TIEMPO TRABAJADO 4H 8H X 15

DEVOLVIO HERRAMIENTA SI X NO

APORTE EN DINERO SI 16

OBRA COMUNITARIA O. Varios

OBSERVACIONES Valido por dia 01 01 bonos 17 19

VºBº RESPONSABLE MANZANA

VºBº RESPONSABLE PROGRAMA

FIRMA BENEFICIARIO

Bonos de ayuda mutua de los beneficiarios del programa de rehabilitación de Moravia. Documento de María Liyi Muñoz. 1985.

Alcaldía de Medellín

6 FEB. 1985

002084

Señores
COMITES UNIFICADOS Y DEMAS
FIRMANTES INTERESADOS EN EL
PROGRAMA DE REHABILITACION
DEL BASURERO
Ciudad

En el año de 1984, se efectuó una concertación entre el Municipio de Medellín y la comunidad de Moravia, dentro del programa de rehabilitación que la administración adelanta en el sector del antiguo basurero de Moravia.

Dentro de las propuestas aceptadas, y como consecuencia lógica de los demás puntos acordados en la aludida concertación consta que: "La Administración Municipal reconocerá como propietario del terreno de cada vivienda establecida en el sector de Moravia y sus divisiones, a las personas que al 15 de abril de 1983, estaban ejerciendo actos reales y directos de posesión de tales tierras".

Conocido de todos es el hecho de que el Municipio de Medellín, ha venido comprando a los propietarios inscritos del inmueble los derechos que tienen sobre el mismo y a la fecha solamente faltan por adquirir los derechos que el señor JAIME RESTREPO M., tiene sobre el inmueble, con quien la administración tiene muy adelantado los trámites para llegar a un acuerdo.

En consecuencia, una vez adquirido por el Municipio la totalidad del terreno, se entrará a otorgar la escritura pública a los ocupantes que hayan cumplido con los requisitos acordados en la concertación suscrita en el año de 1984.

Atentamente,

MUNICIPIO DE MEDELLIN
ALCALDE

PABLO PELAEZ GONZALEZ
Alcalde Metropolitano

blv.

ES FIEL COPIA TOMADA DEL ORIGINAL.

MUNICIPIO DE MEDELLIN
ALCALDIA

GILBERTO ARANGO ESCOBAR
Director General de Programas

- El Municipio está dotando de servicios públicos: Energía, Acueducto y Alcantarillado, a todo el sector y procurará de acuerdo con la orden del Señor Presidente, que el costo de los mismos sean acorde con la situación socio-económica de los habitantes del sector.

- La Administración Municipal se compromete a adelantar las gestiones necesarias para la consecución de esta propuesta: Exonerar definitivamente el impuesto de Valorización a aquellas viviendas que sean casa de habitación de propiedad y constituya su único patrimonio.

- La Administración se compromete a que por lo menos el 80% de la fuerza de trabajo no calificada requerida en las obras a desarrollar sea del sector.

- El Municipio hará entrega de la escritura pública bajo la modalidad de patrimonio familiar.

- El Municipio fomentará la constitución de formas asociativas de trabajo para generar empleo y apoyar la construcción y/o remodelación de las viviendas para conseguir todo tipo de asistencia y asesoría se establecerán contactos con las Entidades estatales relacionadas con la anterior.

- Una vez terminado el proceso de negociación y distribución de la tierra, quedará suspendida la congelación de las construcciones.

- Una vez se complete el reloteo, la Administración Municipal, por intermedio de Planeación otorgará amnistía para las construcciones efectuadas.

- Las familias que sean susceptibles de reubicación, serán ubicadas antes de demolerse sus viviendas.

- El Municipio utilizará como área disponible de vivienda, el Barranco de Moravia, siempre y cuando los conceptos técnicos y los estudios que actualmente se adelantan así lo recomienden.

- La Administración Municipal adelantará conversaciones tendientes a acuerdos justos con las familias que sean objeto de reubicación. Dichas conversaciones se iniciarán inmediatamente se llegue a un acuerdo general y según las bases acordadas en él.

- La Administración Municipal adelantará las gestiones necesarias ante los organismos correspondientes que conlleven a la consecución de auxilios hasta por cincuenta millones para constituir un fondo de mejoramiento de vivienda.

- La Administración Municipal acepta de la comunidad la propuesta del no pago de la tierra.

- La Administración, reconoce como poseedor del terreno a cada vivienda establecida en el lugar, a las personas que al 15 de Abril de 1983, estaban ejerciendo actos de dueño y señor, sobre la tierra.

La anterior propuesta se amplia así :

La Administración Municipal, reconocerá como propietario del terreno de cada vivienda establecida en el sector de Moravia y sus divisiones, a las personas que al 15 de Abril de 1983, estaban ejerciendo actos reales y directos de posesión, de tales tierras.

- La Administración Municipal entrará a legalizar, mediante escritura pública a los habitantes del antiguo basurero de Moravia y sus diferentes sectores; cuando cada vivienda aceptada en el sector haya colaborado con la comunidad en la ejecución de trabajos de carácter comunitario de acuerdo a las siguientes condiciones:

Quienes ocupen áreas construídas hasta 50 metros cuadrados, colaborarán con la comunidad con 68 días de trabajo.

Quienes ocupen áreas construídas de 50 metros cuadrados hasta 60 metros colaborarán con la comunidad con 95 días de trabajo.

Quienes ocupen áreas construídas de 60 metros cuadrados, hasta 72 metros colaborarán con la comunidad con 127 días de trabajo.

Quienes ocupen áreas construídas de 72 metros cuadrados, hasta 80 metros colaborarán con la comunidad con 149 días de trabajo.

- Las personas que el 15 de Abril de 1983, estaban ejerciendo posesión real y directa sobre lotes en el sector, permanecen en el lugar.

- Las obras que realicen en el sector no se cobraran por valorización y deberán ser costeadas directamente por la Administración Municipal.

  Ellas son :

  Canalización de las Quebradas El Molino y la Bermejala
  Ampliación de la 77 y terminación del Puente del Mico
  Apertura de la vía regional paralela al rio Medellín
  Saneamiento del Cerro de Basura y del sector
  Construcción de las obras comunitarias en salud, educación y recreación
  Apertura de vías internas a partir de planos definitivos y conocidos por la comunidad.

  Las obras comunitarias a que se refiere el presente punto son :

  - Centro de salud
  - Centro de Acopio
  - Adecuación de zonas deportivas y comunitarias
  - Ampliación de los planteles educativos

  Sin embargo, quien o quienes se opongan a la realización de las obras mencionadas se someterán a las "Acciones" legales a que dicha conducta dé lugar.

- No habrá familias con más de un lote. (Se entiende por familia al grupo o a los grupos que están habitando bajo un mismo techo).

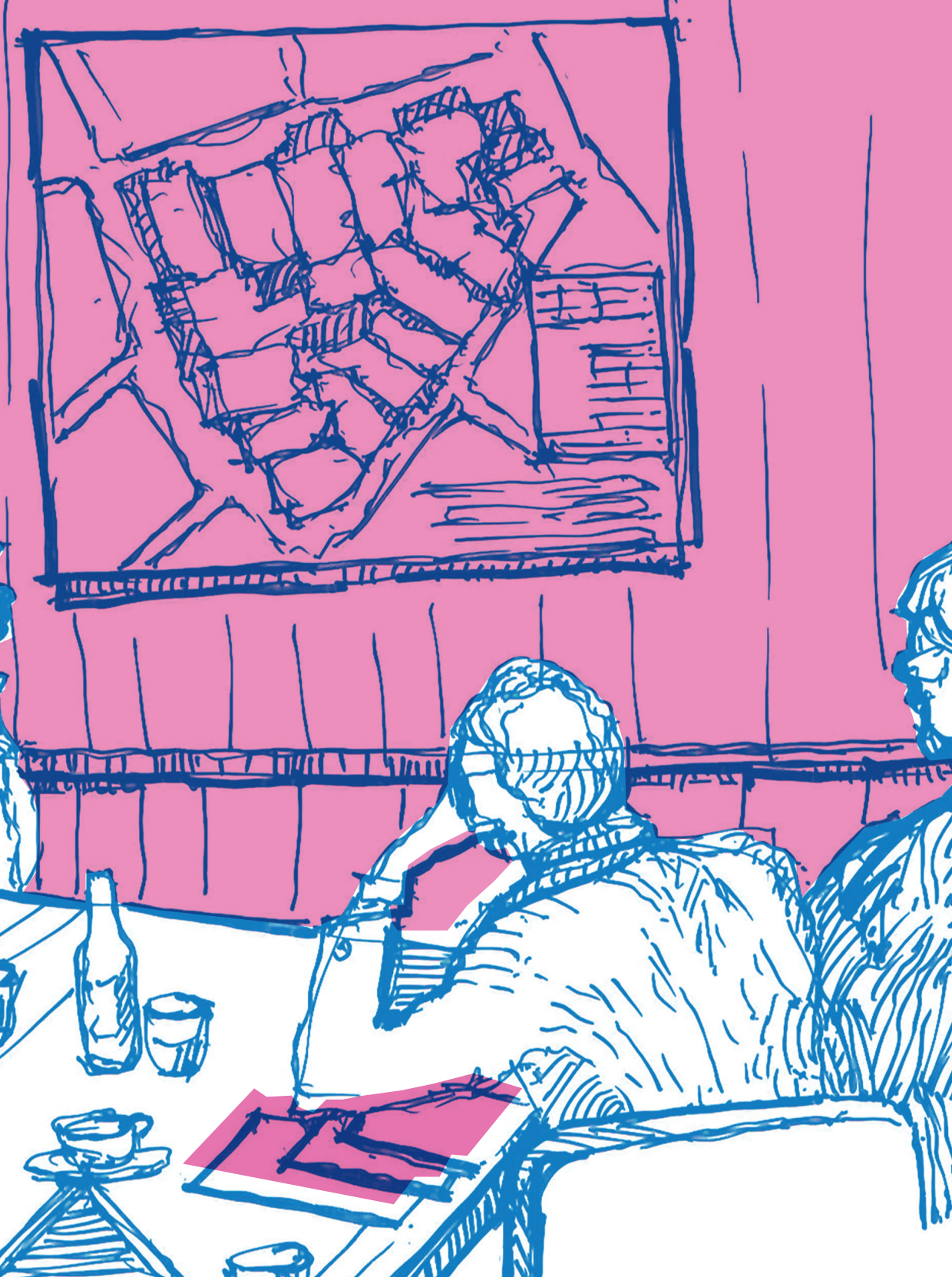
- Entre los beneficiarios del Acuerdo se hará un reparto equitativo del globo total del terreno.

- Quienes tengan propiedades o posesiones en otro lugar deben salir del sector.

- El Estado elaborará e implementará un programa de salud, nutrición y protección a la población infantil del área actual.

- El programa de Rehabilitación, reconoce y acepta las obras comunitarias existentes y velará por su perfecto mantenimiento, con la participación de la comunidad.

LOS ENTRESIJOS DEL TRABAJO COMUNITARIO



Yo me sentía muy feliz y orgulloso por haber logrado resolver la tarea inicial sobre las reubicaciones que serían necesarias para ejecutar el proyecto, pero no sabía que esto apenas era el inicio de una sucesión de tareas que, por momentos, me parecerían interminables. Esta sensación de ser Sísifo subiendo infinitas veces la roca a la cima de la montaña me hacía pensar constantemente en ese sociólogo que, desesperado, decidió apuñalar el acueducto de los habitantes del morro de basura. Sin embargo, la sensación de autocomplacencia no duró mucho. Ahora que teníamos el levantamiento, era hora de empezar con el grueso de la labor.

Una de las primeras negociaciones fue para mí de las más traumáticas, no sé si por pura novatada o por lo violenta que fue, en muchos sentidos. Se trató del reasentamiento de la familia de don Antonio José Granda, un nombre que tengo grabado en mi memoria y que sé que nunca se me olvidará. Don Antonio ya tenía resquemores con la administración por algo que había sucedido hacía muy poco. Resulta que para la construcción de la carrera 65, una vía que conectaría el norte con las zonas más centrales de la ciudad y el metro, la Alcaldía contrató varias Juntas de Acción

Comunal. Después de intervenir al barrio La Iguaná, de demoler las casas y reubicar a varias familias, se necesitaba la fuerza de una mano de obra robusta y capacitada. El hijo de don Antonio fue una de las tantas manos que cargaron materiales, que abrieron y aplanaron el terreno, que sudaron sobre esas obras que hacen de Medellín, en gran medida, lo que hoy es.

Como era común en aquella época, ninguna de estas personas estaba asegurada y no habían firmado contrato de ningún tipo. Todo acuerdo se hacía de manera oral entre la Alcaldía y las juntas. Durante estas obras, en un accidente de trabajo, murió el hijo de don Antonio. La Alcaldía le prometió que tendría prelación en el proceso de reubicación y que tendría una casa, de la cual no especificaron las dimensiones ni las características. Quizá estaban asustados ante la posibilidad de una demanda. Fue a mí, un arquitecto tugurial novato, a quien le tocó lidiar con esta restitución injusta. Una casa a cambio de un hijo. El lote seleccionado para trasladar a la familia Granda estaba ubicado en el barrio El Llano, con fachada hacia la quebrada La Bermejala, en el cual, además, cabían otras viviendas. Este era conocido como el lote del difunto José Luna. Así que ya resuelto el asunto de la tierra, solo quedaba construir. Pero no sería tan sencillo.

Don Antonio José era un señor muy alto, seguramente por encima del metro noventa, supremamente flaco y de piel pálida, usaba sombrero y siempre me imaginé que en una obra de teatro sería un excelente representante para el papel de don Quijote. Su porte tenía algo de triste también. Nuestros primeros encuentros fueron toscos y por momentos lo entendía. Había perdido a un hijo recientemente. Sin embargo, la forma como me trataba, de doctorcito para abajo, me conflictuaba bastante. En una ocasión se levantó las mangas de la camisa, me mostró los tatuajes que le habían hecho en la cárcel y me dijo que por mí le daban cinco años. Después de acordar las dimensiones del lote, en medio de amenazas por el estilo, don Antonio no dio su brazo a torcer. La casa tenía que ser de dos pisos y en losa. «Mire, doctor... en el barrio todas las viviendas son de dos pisos, y usted sabe que este es el pago de un hijo muerto», me dijo.

Luego se repetiría la situación con la definición de algunos materiales para el acabado de su casa. La paciencia del señor

estalló, finalmente, por algo sobre lo que yo no tenía control. La solicitud de vidrios para las ventanas de la casa nunca llegaba al depósito del programa. Harto de esperar, don Antonio se presentó con revólver en mano en la oficina del programa en el centro de la ciudad y amenazó al ingeniero José Medina, quien tan solo llevaba una semana de trabajo. La actuación violenta de don Antonio me indignó bastante y, por eso, cuando me enteré de lo sucedido, salí hacia el barrio a buscarlo.

De forma intuitiva fui al depósito del barrio Fidel Castro, pero no estaba. Había en su lugar una fila compuesta por señoras. A los pocos minutos apareció el señor Granda quien, tratándome de doctorcito, empezó a reclamar en voz alta atención inmediata. Impulsivamente reaccioné. «¡Oiga, viejo güevón! Respete la fila y deje de gritar, ¿qué es eso de ir a la oficina a sacarle un revólver a un compañero? Si es tan bravo arranque pues», le dije, y empecé a arremangarme la camisa.

El señor Granda frenó en seco, volteó y se fue a su casa. Acto seguido, avergonzado por mis palabras, pedí excusas a las mujeres que estaban en el depósito, especialmente a las señoras de avanzada edad. Ellas me pidieron que me fuera del barrio, pues ese señor era peligroso y andaba armado. Decidí ir a buscarlo a su casa, la misma que estábamos terminando, la misma con la que la Alcaldía pretendía pagarle un hijo muerto, la misma a la que todavía le faltaban los vidrios de las ventanas. Toqué la puerta y me abrió su hija, quien me invitó a pasar. Él estaba sentado en una silla mecedora en la sala.

–Oiga, don Antonio, le pido excusas por lo sucedido en el depósito, ¿podemos hablar sin que nadie le grite al otro?

–Sígase, doctor.

Le respondí que me llamara Carlos, como todo el mundo, y que no me volviera a decir doctorcito ni a amenazarme, que me hiciera el favor y no me faltara al respeto. Enseguida le expliqué la causa del retraso en el suministro de vidrios por parte del depósito central de la Alcaldía. Se trataba de algo de lo que yo recién me había enterado. Al parecer, debido a que la mayoría de órdenes de vidrios eran para colegios públicos, y que hacía poco estos habían sido sustituidos por mallas, ya que se rompían demasiado, la Alcaldía ya no suministraba vidrio. Convinimos, en presencia de un comité

popular, que compensaríamos el valor de los vidrios con bultos de cemento. Ese fue uno de mis primeros reasentamientos y así de rápido apareció, por primera vez, un arma en las inmediaciones de mi labor como arquitecto tugurial.

La violencia fue una constante durante mi paso por Moravia. Algunos años después, alguien dejaría una bala en un sobre en el asiento de piloto del carro de la Alcaldía en el que me desplazaba. Yo preferí no creer que se trataba de una amenaza para mí, no sé si por ingenuidad o como un mecanismo de defensa. Lo cierto es que la vida de algunos de mis colaboradores del barrio, así como de líderes comunitarios antes de que yo llegara a trabajar allí, terminarían cegadas por las ráfagas anónimas de un fusil en la noche. Esta oleada de violencia que entorpecía la rehabilitación del barrio tuvo autores diversos. Algunas personas señalaron a las Juntas de Acción Comunal, las cuales, antes de que llegara el programa, se encargaban de gestionar lo público, pero muchas veces obedeciendo a intereses privados, intereses de quienes las conformaban. De esa época pervive una fotografía muy diciente

«Fuera sociólogos», tensiones en Moravia por concertación del programa de rehabilitación. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1984.

en la que se ve sobre una de las casas prefabricadas en las que guardábamos materiales el mensaje «Fuera sociólogos» que alguien escribió en aerosol. Cuando supe que durante las investigaciones previas a la primera negociación el grupo de sociólogos descubrió que la Junta de Acción Comunal cobraba tres veces más el costo de uso del acueducto, pude comprender mejor las dimensiones de esta delgada línea entre lo público y lo privado que atravesaba casi todo lo que ocurría al interior del barrio. Poco después EPM les quitó el permiso de operación del acueducto a las juntas y así empezó la larga disputa entre estas pequeñas mafias enquistadas en el territorio y el programa de rehabilitación.

A pesar de las presiones, las reubicaciones continuaron y nunca se detuvieron. La forma en que se logró cohesionar el trabajo comunitario fue mediante los bonos de ayuda mutua. Un *jornal,* es decir 'una jornada de trabajo diario', estaba representado por un bono. Luis Fernando Londoño fue el artífice de esta divisa comunitaria. Cuando el instrumento estuvo conceptualizado, le entregamos la capacidad para emitir bonos a los comités populares, quienes tendrían también la misión de estar al tanto de quiénes participaban de los frentes de trabajo y cuántas horas dedicaban a ello. Los comités populares, a diferencia de las Juntas de Acción Comunal, tenían unas lógicas autorganizativas y sectoriales, los liderazgos eran siempre momentáneos y su finalidad era la vivienda, única y exclusivamente. Además no estaban politizados y trataban de evitar las estructuras verticales que suelen llevar a la acumulación de poder.

Cada familia tenía que reunir en promedio sesenta y ocho jornales, es decir sesenta y ocho bonos, para escriturar una vivienda de cincuenta y cuatro metros cuadrados. En papel puede sonar barato, pero si un habitante del barrio que solo podía dedicar los fines de semana al trabajo comunitario quería escriturar, tenía que trabajar todos los fines de semana durante un año completo. Un esfuerzo sobrehumano a decir verdad.

Una tarde iba caminando con Fernando Navarro, otro de los sociólogos del equipo técnico. Un tendero nos hizo señas para que nos acercáramos. El hombre nos dijo que él no podía dejar la tienda sola y, por lo tanto, no podía ir a los convites, entonces, ¿cómo iba a poder escriturar su casa si no tenía tiempo para ganar bonos?

Esta fue una de las cuestiones principales a resolver para materializar el experimento de economía solidaria que había imaginado el grupo de sociólogos. ¿Qué es el trabajo comunitario? Tras muchas conversaciones logré convencerlos de que debíamos extender esta definición, aunque ellos estaban un poco asustados de que si lo hacíamos quizá perderíamos fuerza de trabajo en los convites donde las labores eran más arduas. Sin embargo, al final estuvieron de acuerdo conmigo. Así fue como muchos habitantes del barrio adquirieron sus bonos poniendo insumos y víveres para los convites. Incluso, algunos de los más jóvenes, quienes ya habían completado los sesenta y ocho bonos necesarios para adquirir la vivienda de su familia, siguieron trabajando y luego los vendían a otras personas que tenían el capital, pero no la energía o el tiempo para trabajar. Esta divisa comunitaria emergente se transformó en el motor económico necesario para la renovación de Moravia.

Unos días después alguien más se nos acercó durante las rondas cotidianas que hacíamos. En este caso se trataba de una señora que daba clases en la nocturna. La mujer nos increpó, un poco molesta: «¿Cómo así?, ¿el trabajo es solo echar concreto y ya? Y nosotras, las que trabajamos en otros temas, en capacitaciones o cuidados, ¿a nosotras no nos vale el trabajo?», dijo.

De inmediato recordé a mi madre y a mi abuela, quienes siempre se dedicaron a las labores domésticas o de cuidados y nunca se les reconoció nada, ni primas, ni pensiones, nada. Fui una vez más a donde los sociólogos con esta inquietud, pero seguían reticentes a ampliar la definición del trabajo comunitario. Por esos mismos días otra señora se acercó y me dijo: «Todas las otras señoras se van para el convite y me dejan cuidándoles los niños. Y ellas allá ganan bonos y yo no, entonces, ¿cuándo voy a poder escriturar mi casa?».

Me acerqué a los sociólogos, una vez más con la intención de ampliar al máximo la capacidad de endeudamiento de los bonos, por decirlo de alguna manera. Esta vez llevé calculadora, convencido de que las cifras eran contundentes y terminarían por convencerlos: «Multipliquemos dos mil quinientas viviendas por sesenta y ocho bonos en promedio que cada familia necesita para adquirir una de estas casas», les dije.

Esto nos dio ciento setenta mil días de trabajo, es decir, ciento setenta mil bonos que teníamos que emitir para escriturar todas

las viviendas. Dividido por los trescientos sesenta y cinco días del año nos dio cuatrocientos sesenta y cinco años de trabajo, en caso de que lo fuera a hacer una sola persona. Dividido entre las diez personas que solían conformar un convite, nos dio cuarenta y seis años de trabajo. Pero como no se puede trabajar todos los días, de hecho solo los fines de semana, hicimos de nuevo los cálculos y el resultado fue treinta y dos años, con diez convites de diez personas, es decir cien personas, trabajando las dieciséis horas completas del fin de semana sin descansar.

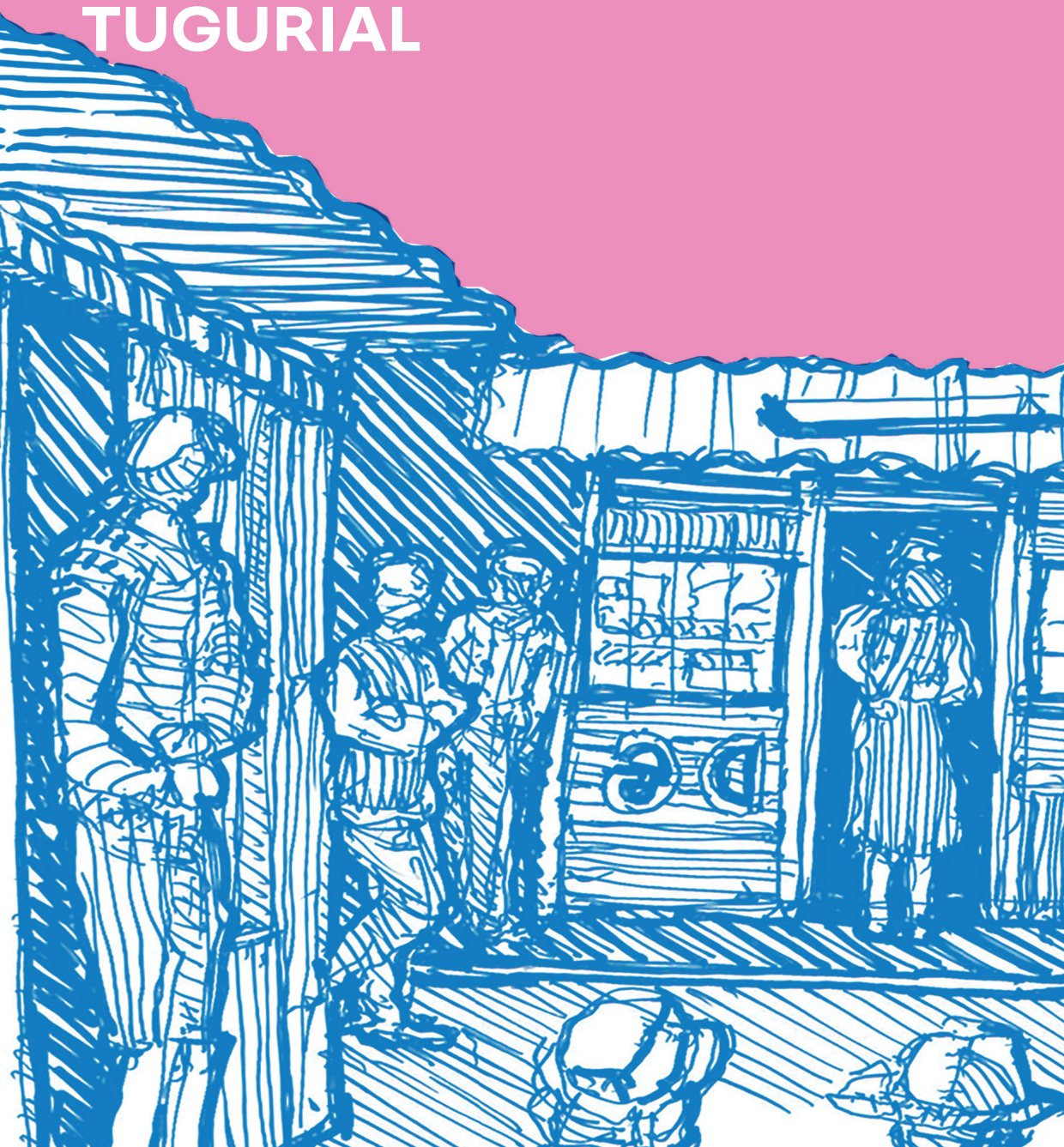
«Bueno, ustedes que negociaron este proyecto con la Alcaldía y la comunidad, ¿cuánto tiempo se quieren demorar?», les pregunté con estas cuentas sobre la mesa. Los sociólogos no tenían respuesta a esta pregunta clave, a esta pregunta obvia. «¿Eso significa que no nos importa cuánto se vaya a demorar la comunidad en tener sus viviendas? ¿Da igual cinco, diez, quince años para ustedes?», insistí.

Mis argumentos fueron irrebatibles en aquella ocasión. Definiendo lo que implicaba en este caso el trabajo comunitario comprendí mucho más las fronteras como también las capilaridades entre la esfera pública y la privada. Lo que siguió de ahí en adelante fue sudor de cientos de frentes trabajadoras.

Así mismo algo tan público, como lo puede ser el barrio Moravia, empezó a transformarse en una parte profunda e íntima de mi historia personal. Sin darme cuenta estaba, una vez más, tratando de reconstruir la casa de mis abuelos, así como la de mis padres. Supongo que el interior de las personas, los valores con los que son criadas, siempre intenta exteriorizarse para transformar el mundo que habitan.

Trabajo comunitario para la reconstrucción de una vivienda entre los barrios El Bosque y Milán. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. 1984.

NUESTRA OFICINA DE ARQUITECTURA TUGURIAL



Quisiera compartir ahora las estrategias que diseñamos para intervenir el barrio Moravia junto con la comunidad, contando anécdotas y detallando las dependencias tanto oficiales como comunitarias que tuvieron un papel crucial en esta ardua labor. Siento que para comprender este tipo de procesos comunitarios es necesario escarbar en sus entrañas. En estos entresijos nos encontramos justamente con los grupos humanos que realizaron las tareas, sus modos de coordinación, la forma de llegar a acuerdos y, más que nada, cómo se materializaron las proyecciones sobre el papel, la acera, las fachadas o desde donde fuera necesario.

Quiero insistir en que el concepto que tengo de *casa* ha cambiado a lo largo de mi vida, inspirado siempre por los hogares que he habitado y que me han habitado: el inmenso caserón de los abuelos, que tenía tan cerca la quebrada que se encabritaba durante las épocas de lluvia; luego la casa en el barrio obrero, en donde comprendí las dinámicas comunitarias del vecindario; mi propio apartamento en el centro de Medellín y, prontamente, los tugurios en los que empecé a trabajar y que percibo como hogares de esquirlas que han sido producidas por la guerra intestina de Colombia y que yo he ayudado

a transformar en mi experiencia como arquitecto. Pues bien, así mismo me ha ocurrido con el concepto que tengo de *oficina*. Al principio, cuando empecé a ejercer la arquitectura y antes de entrar en contacto con Moravia, mi sueño era ser un arquitecto de oficina, justamente. Esos que diseñan casas de campo o apartamentos para personas que tienen dinero para pagar este tipo de inmuebles. Sin embargo, la vida me deparó algo completamente distinto.

Cuando empecé a trabajar en Moravia, mi oficina, o la idea de lo que era una oficina, se transformó en la calle misma en donde ocurrían los convites, en donde se juntaban los habitantes a reparar el lastimado tejido social de ese barrio de emergencia, en donde los sancochos se convertían en charlas animadas, donde finalmente las personas encontraban las energías para continuar con sus vidas después de vivir el desplazamiento forzado.

La primera vez que armé una oficina en Moravia fue en el barrio El Bosque, en la manzana diecinueve, la más grande según nuestro plano de georreferenciación. Una de sus calles enmarcadoras formaba una «Y» y tenía un ensanche en cuyo centro se erigía un árbol grande, que espero que siga allí. Recuerdo de forma vívida que de ese árbol colgaban innumerables jaulas con pájaros adentro, parte del negocio de una familia icónica del barrio a la que le decían los Pajareros, quienes, además, eran bastante reacios a la intervención. Aquella calle de la manzana diecinueve era una más amplia de lo normal, porque en Moravia la mayoría de las vías eran pequeños corredores que conectaban esta inmensa casa fracturada, unos vasos capilares angostos que irrigaban el barrio como podían. Esa noche, algunos habitantes de la manzana trajeron sus sillas y se acomodaron en la calle bajo la luz amarilla del alumbrado público, otros se quedaron de pie, algunas madres con sus niños en brazos, otros niños más grandes se correteaban de aquí para allá, e incluso los perros habían venido a juntarse allí en donde planificaríamos el surgimiento de un barrio nuevo. A estos espacios de encuentro con la comunidad los bautizamos «frentes de trabajo comunitario» y pronto se convirtieron en el centro de nuestra oficina de arquitectura tugurial. Todavía recuerdo los rostros de estas personas trabajadoras, casi todas provenientes del campo. Eran rostros adustos, de mirada fuerte y desconfiada, marcados por el trabajo y el sol. A ese frente de trabajo asistieron al menos unas

treinta personas y en sus conversaciones se podía percibir que, aunque todavía no confiaban en nosotros, tenían esperanza.

La metodología que usamos para comunicarnos con los habitantes de la manzana diecinueve fue la lectura en voz alta de los datos recopilados en nuestro plano de georreferenciación. Yo era quien leía. Decía algo como el rancho de tal persona tiene tantos metros de largo y tantos de ancho, después de la intervención las nuevas dimensiones serán estas y estas. Luego, con ayuda de alguno de los habitantes, tomábamos un metro y medíamos las fachadas para comprobar que efectivamente estos datos eran correctos. Esta metodología es ideal pues permite que la comunidad ayude a validar las decisiones que el equipo técnico toma. Sin embargo, durante ese primer frente de trabajo comunitario, una persona no quiso creernos y se comportó de forma más radical que santo Tomás. Su nombre era don Diógenes Giraldo y no hubo manera en esa ocasión de convencerlo. Intenté explicarle qué era la escala y la proporción en un plano arquitectónico, pero fue imposible. Tampoco lo culpo, pues un estudiante universitario se puede demorar todo un semestre en comprender estos conceptos. Entonces le dije que el fin de semana siguiente le probaría de una forma gráfica que su rancho no solo no se vería disminuido, sino que terminaría mucho más amplio.

Regresamos el fin de semana, cargados con cartulinas, marcadores, chinches para pegar los dibujos en las paredes de los ranchos y varias canecas de pintura verde. Intuimos que necesitaríamos todos los recursos visuales posibles para lograr comunicar la necesidad de ensanchar las vías, pero también para convencerlos de que el reordenamiento les convendría a ellos, especialmente a ellos. Sin saberlo, ese fin de semana materializamos la estructura completa de nuestra oficina de arquitectura tugurial en Moravia, una oficina nómada que aparecía allí donde los habitantes del barrio la necesitaban. Esa noche comenzamos con la casa de don Diógenes, el incrédulo. Abrí una de las canecas de pintura y empecé a marcar sus nuevos linderos, para que pudiera apreciar en una escala 1:1 los límites de su nuevo hogar. Cuando terminamos, y él pudo como quien dice meter el dedo en la llaga, quedó satisfecho por fin. Pero los demás habitantes de la manzana ahora también querían ver para creer, así que nos pasamos todo el fin de semana

marcando con pintura las nuevas dimensiones de los hogares que tanto significaban para estas personas. De la experiencia me quedó una mancha de pintura verde en el pantalón que siempre que la veía me recordaba la importancia de escuchar a los habitantes.

Ese fin de semana comprendí que nuestra oficina de arquitectura tugurial no era solo eso, y que los habitantes de Moravia no solo eran nuestros clientes, sino que eran algo más. Esas personas eran nuestros alumnos y al mismo tiempo nuestros maestros. La oficina nómada era una pequeña aula de clase y descubrimos que para ganarnos el cariño y el respeto de los habitantes del barrio debíamos hacer un poco de pedagogía arquitectónica. A todo prospecto de arquitecto tugurial le recomiendo que repiense la función de su oficina y que comprenda que las preguntas de los habitantes de un barrio intervenido siempre son válidas. Más allá de eso, sus preguntas dan nuevas luces, marcan nuevos caminos. Aportan metodologías que esclarecen, una vez más, esos límites muchas veces difusos entre lo público y lo privado. Los habitantes de un barrio intervenido tienen todo el derecho a comprender y a participar en toda modificación que se vaya a operar en su hábitat. Una de las mejores formas en las que puede participar es desde el conocimiento, desde el aprendizaje en dos vías que implica construir un hogar desde los cimientos.

Quiero hablar ahora del dispositivo logístico más oficial con el que contábamos. Con *oficial* me refiero a cercano a la norma o a lo que en ese entonces era el estándar. Este dispositivo logístico se localizaba en nuestras oficinas en el centro de Medellín, en el edificio La Cascada, en donde realizábamos los trabajos interdisciplinarios entre arquitectos, abogados y sociólogos. Este espacio, ajeno al barrio Moravia, nos servía para planificar y para ver, con cierta distancia, el proceso que ocurría, en carne viva, en el barrio. Además nos permitía tener nuestras discusiones sobre qué sería mejor, sin involucrar a los habitantes. Para mí funcionaba como una especie de satélite de nuestra verdadera oficina, esa que se configuraba en las calles del barrio cada vez que convocábamos a un frente de trabajo comunitario. Si soy honesto, yo casi nunca pasaba por estas oficinas. Solía pensar que era una perdedera de tiempo, pues cuando los planos ya estaban listos, lo único que quedaba era ir a presentarlos a la comunidad. De todas maneras, en retrospectiva,

comprendo la necesidad de espacios como estos, que permitan un pensamiento un poco más lento, un poco más burocrático si se quiere. Pero el corazón de una oficina tugurial, insisto, queda en las calles del barrio, en donde la velocidad de intervención es la de la vida misma, no de las instituciones, que suelen ser tan anquilosadas.

Respecto a la velocidad de operación de nuestra oficina tengo una anécdota para contar. Yo en ese entonces daba permisos de construcción en tiempo real (puede ver un ejemplo de los permisos en la imagen de la página 99). Solo en el barrio El Bosque di unos quinientos. Tenía un talonario con copia con el que iba haciendo reales los permisos, pues la rapidez con la que Moravia mutaba en ese momento era avasalladora. Apenas se abría una calle, los habitantes se quejaban de inmediato por el daño de las fachadas, entonces, para mantenerlos tranquilos y contentos, yo llenaba el talonario y daba luz verde a la construcción. La única condición era conservar el paramento liso de las cuadras, para que no hubiera recovecos que llamaran a la ilegalidad. Como dije, la acción de nuestra oficina latía al ritmo del barrio, y esto es vital para la arquitectura tugurial. Es necesario mantener el ritmo de la vida y la comunidad, y no de las instituciones que suelen ser paquidérmicas, lentas y acartonadas. Sin embargo, cinco o seis años después me llamó planeación municipal y me hicieron una indagatoria por estar dando permisos de esa manera tan acelerada.

Yo, con la ley de mi lado, les recordé que en el convenio que se firmó me dieron esas potestades; potestades sin las cuales no podríamos haber actuado con tal libertad. A otras administraciones y oficinas de planeación les recomiendo desacartonar su burocracia para que este tipo de intervenciones de emergencia sean más fluidas, puedan ocurrir y no se queden en promesas, o que todo se pierda en corrupción o se diluya en el tiempo. A los arquitectos tuguriales, como yo, mi recomendación va en la otra vía. Tratemos de tener un pie en campo y el otro en esa oficina más burocrática para que así se logre un equilibrio entre esos dos pulsos: el elongado del Estado y el fugaz de la vida humana, que termina en un parpadeo, casi que sin darnos cuenta.

Bien, retomo la disección de esta oficina compleja, articulada entre el equipo técnico y los habitantes del barrio. El principal canal de comunicación entre el organismo externo o satelital, es decir,

Mapa topográfico de Moravia con el trazado de futuras vías y asentamientos informales anteriores. Plano del Servicio Aerofotogramétrico de Colombia y Secretaría de Desarrollo Comunitario. Unidad de Documentación, Escuela del Hábitat CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 1983.

SECTOR 3
SECTOR 5
SECTOR 3
SECTOR 5
SECTOR 5
SECTOR 3
SECTOR 3
SECTOR 5
CALLE 82 A
CALLE 82
CALLE 81 NN
CALLE 81 QQ
CALLE 81 Q
CALLE 81 FF
CALLE 81 E
CALLE 81 B
CALLE 81 C
CALLE 80
CALLE 79 B
CALLE 79
CALLE 78
CALLE 77
CARRERA 52
CARRERA 52 A
CARRERA 52 B
CARRERA 52 C
CARRERA 52 D
CARRERA 52 E
CARRERA 52 F
CARRERA 52 G
CARRERA 52 H
CARRERA 52 I
CARRERA 52 J
CARRERA 52 K
CARRERA 52 L
CARRERA 52 M
CARRERA 52 N
CARRERA 52 O
CARRERA 52 P
CARRERA 52 Q
CARRERA 52 R
CARRERA 52 S
CARRERA 52 T
CARRERA 52 U
CARRERA 52 V
CARRERA 52 W
CARRERA 52 X
CARRERA 52 Y
CARRERA 52 Z
CARRERA 52 AA
CARRERA 52 BB
CARRERA 52 CC
CARRERA 52 DD
CARRERA 52 EE
CARRERA 52 FF
CARRERA 52 GG
CARRERA 52 HH
CARRERA 52 II
CARRERA 52 JJ
CARRERA 52 KK
CARRERA 52 LL
CARRERA 52 MM
CARRERA 52 NN
CARRERA 52 OO
CARRERA 52 PP
CARRERA 52 QQ
CARRERA 52 RR
CARRERA 52 SS
CARRERA 52 TT
CARRERA 52 UU
CARRERA 52 VV
CARRERA 52 WW
CARRERA 52 XX
CARRERA 52 YY
CARRERA 52 ZZ
CARRERA 52 AAA
CARRERA 52 BBB
CARRERA 52 CCC
CARRERA 52 DDD
CARRERA 52 EEE
CARRERA 52 FFF
CARRERA 52 GGG
CARRERA 52 HHH
CARRERA 52 III
CARRERA 52 JJJ
CARRERA 52 KKK
CARRERA 52 LLL
CARRERA 52 MMM
CARRERA 52 NNN
CARRERA 52 OOO
CARRERA 52 PPP
CARRERA 52 QQQ
CARRERA 52 RRR
CARRERA 52 SSS
CARRERA 52 TTT
CARRERA 52 UUU
CARRERA 52 VVV
CARRERA 52 WWW
CARRERA 52 XXX
CARRERA 52 YYY
CARRERA 52 ZZZ
CARRERA 52 AAAA
CARRERA 52 BBBB
CARRERA 52 CCCC
CARRERA 52 DDDD
CARRERA 52 EEEE
CARRERA 52 FFFF
CARRERA 52 GGGG
CARRERA 52 HHHH
CARRERA 52 IIII
CARRERA 52 JJJJ
CARRERA 52 KKKK
CARRERA 52 LLLL
CARRERA 52 MMMM
CARRERA 52 NNNN
CARRERA 52 OOOO
CARRERA 52 PPPP
CARRERA 52 QQQQ
CARRERA 52 RRRR
CARRERA 52 SSSS
CARRERA 52 TTTT
CARRERA 52 UUUU
CARRERA 52 VVVV
CARRERA 52 WWWW
CARRERA 52 XXXX
CARRERA 52 YYYY
CARRERA 52 ZZZZ
CARRERA 52 AAAAA
CARRERA 52 BBBBB
CARRERA 52 CCCCC
CARRERA 52 DDDDD
CARRERA 52 EEEEE
CARRERA 52 FFFFF
CARRERA 52 GGGGG
CARRERA 52 HHHHH
CARRERA 52 IIIII
CARRERA 52 JJJJJ
CARRERA 52 KKKKK
CARRERA 52 LLLLL
CARRERA 52 MMMMM
CARRERA 52 NNNNN
CARRERA 52 OOOOO
CARRERA 52 PPPPP
CARRERA 52 QQQQQ
CARRERA 52 RRRRR
CARRERA 52 SSSSS
CARRERA 52 TTTTT
CARRERA 52 UUUUU
CARRERA 52 VVVVV
CARRERA 52 WWWWW
CARRERA 52 XXXXX
CARRERA 52 YYYYY
CARRERA 52 ZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAA
CARRERA 52 BBBBBB
CARRERA 52 CCCCCC
CARRERA 52 DDDDDD
CARRERA 52 EEEEEE
CARRERA 52 FFFFFF
CARRERA 52 GGGGGG
CARRERA 52 HHHHHH
CARRERA 52 IIIIII
CARRERA 52 JJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKK
CARRERA 52 LLLLLL
CARRERA 52 MMMMMM
CARRERA 52 NNNNNN
CARRERA 52 OOOOOO
CARRERA 52 PPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRR
CARRERA 52 SSSSSS
CARRERA 52 TTTTTT
CARRERA 52 UUUUUU
CARRERA 52 VVVVVV
CARRERA 52 WWWWWW
CARRERA 52 XXXXXX
CARRERA 52 YYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM
CARRERA 52 NNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNNN
CARRERA 52 OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
CARRERA 52 PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP
CARRERA 52 QQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQQ
CARRERA 52 RRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRR
CARRERA 52 SSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSSS
CARRERA 52 TTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT
CARRERA 52 UUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU
CARRERA 52 VVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVVV
CARRERA 52 WWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWWW
CARRERA 52 XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
CARRERA 52 YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
CARRERA 52 ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ
CARRERA 52 AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
CARRERA 52 BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB
CARRERA 52 CCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCCC
CARRERA 52 DDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDDD
CARRERA 52 EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
CARRERA 52 FFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF
CARRERA 52 GGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGGG
CARRERA 52 HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
CARRERA 52 IIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII
CARRERA 52 JJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJJ
CARRERA 52 KKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKKK
CARRERA 52 LLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLLL
CARRERA 52 MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM

moravia

Plano de la organización vial definitiva de Moravia. Plano de la Dirección General de Programas. Unidad de Documentación, Escuela del Hábitat CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 1985.

CUADRO DE ARES

AREA DEL TERRENO	349.054 m²	34.9 Ha
AREAS LIBRES		
RETIROS: (a Ceder) - a Quebradas:	7.584.00 m²	2.17 %
al Rio	14.040.00 m²	4.02 %
SERVICIOS COMUNALES	10.553.00 m²	3.02 %
AREAS VERDES: (a Ceder) -	65.624.33 m²	18.80 %
AREAS DE VIAS		
VEHICULARES (a Ceder)	50.235.00 m²	14.39 %
PEATONALES (a Ceder)	63.435.17 m²	18.17 %
LOTES	137.582.00 m²	39.43 %
DENSIDAD 60.1 Viviendas/HA		

direccion general de programas

SEPT

nuestras oficinas en el centro y el interior del barrio, siempre fue don Emilio Montoya, a quien también le decían el Mono. Don Emilio fue un líder comunitario y coordinador de los comités populares del barrio El Bosque. Vivía en compañía de una hermana en uno de los callejones de acceso desde la carrera Carabobo, en una vivienda construida con materiales provisionales, paredes de madera, techo de zinc y piso de tierra con algunos parches de concreto. De tez muy blanca y rastros de pelo claro en su calvicie, de baja estatura y cuerpo delgado, caminaba enérgicamente en alpargatas de montañero, con machete al cinto, con un sombrero blanco sencillo y ropas de trabajo muy usadas y polvorientas. Era un hombre de conversación directa, frentero y de una energía sin igual.

Él fue sin duda mi gran compañero de trabajo, artífice en la ubicación de predios adecuados y disponibles para su cesión voluntaria y para ser destinados al reasentamiento habitacional debido a la ampliación de senderos en el proceso de reordenamiento urbanístico de El Bosque. Era mi interlocutor permanente, indagando por la planificación de la apertura de los senderos y el traslado de las viviendas. Ambos teníamos muy claro que esta actividad desataría la instalación del alcantarillado sanitario con lo que facilitaría el acceso a los distintos vecindarios y permitiría la puesta en marcha del programa de escrituración individual de las viviendas, objetivo final de todos los pobladores. Exigente como pocos, sin dar tregua a las actividades en ejecución, fue un acicate de disciplina, tenacidad y constancia en nuestras actividades conjuntas al proponer retos bajo mi responsabilidad institucional encaminados a la materialización de un programa inédito que a cada paso debía contar con el apoyo comunitario.

Todos mis compañeros decían que don Emilio olía mal, pero a mí nunca me pareció que fuera así. Don Emilio olía a sudor, sí, pero para mí esto siempre fue sinónimo de trabajo, movimiento y compromiso con lo que estábamos haciendo. Don Emilio caminaba constantemente hasta nuestra oficina en el centro porque no tenía teléfono, pero además porque sentía que todo era mejor hablarlo en persona; aunque eso no evitaba que se quejara constantemente de dolor en los pies, pues esas caminatas constantes gastaron varias de sus alpargatas. Él era el hombre de los peros y quien siempre nos cuestionaba: ¿por qué había que mover una casa? o ¿por qué

había que ensanchar estas vías y no aquellas? Si bien un arquitecto tugurial primerizo puede creer que una persona como don Emilio es un inconveniente, diré que es justo lo contrario. Alguien como él es indispensable en este tipo de intervenciones, pues se transforma en una especie de interventor comunitario.

Para él lo único importante eran los intereses de sus vecinos, sus amigos, su familia. Don Emilio era alguien que estaba en constante contacto con las personas del barrio, alguien en quien confiaban y era capaz de defender los intereses de Moravia, incluso en contra de las buenas intenciones del equipo técnico que buscaba intervenir el barrio. Siento que es bueno tener un aliado que al mismo tiempo sea un contradictor para no caer en el error de dar por sentado lo que uno cree que es lo mejor. En resumidas cuentas, don Emilio sabía muy bien lo que deseaban los habitantes de Moravia y en sus visitas constantes a nuestra oficina en el centro nos lo hacía saber. Él, además de hacer interventoría, fungía como arquitecto de campo empírico, pues era el que detectaba los lotes que podían servir para reubicar a los habitantes cuyas viviendas eran intervenidas.

Con don Emilio surgió una relación de camaradería muy profunda. A este tipo de líderes es bueno recompensarlos siempre que se pueda, pues si bien sus intereses suelen ser el barrio y sus labores las hacen en condición de voluntariado, la recompensa es un buen mecanismo para mostrarles a estas personas medulares el afecto y la consideración que se le tiene a las tareas que desarrollan en los procesos. Tengo otra anécdota al respecto. En paralelo a este proyecto empecé a trabajar con otra oficina de arquitectura, una más comercial. En una casa que remodelamos cambiamos una cocina de acero de esas muy finas por otra de un material sintético que estaba de moda. No dudé un segundo en ofrecerle la cocina de acero a don Emilio, quien la recibió con mucha emoción y agradecimiento. Esa cocina, y la casa de material que le reconstruimos cuando ametrallaron la suya, que era de madera, fue una de las pocas muestras de afecto y agradecimiento que pude hacerle mientras estaba en vida.

Pues bien, hasta ahora he mostrado cómo operaba el equipo técnico y de qué manera el barrio se comunicaba con estas oficinas exógenas. Ahora abordaremos uno de los temas más complicados relacionado con el funcionamiento de este organismo polifacético.

¿Cómo almacenábamos y gestionábamos los materiales de construcción sin que estos se perdieran? En ese momento, la Alcaldía de Medellín tenía dos bodegas en donde recibía todos los materiales para las obras de la ciudad, una quedaba cerca de la Universidad de Antioquia, en lo que hoy actualmente es Ruta N, y la otra quedaba en el barrio San Germán. Al interior del barrio teníamos las bodegas específicas para las obras. Una bodega quedaba en Fidel Castro, tenía espacios amplios, perfectos para el ingreso de volquetas, además de salida al río Medellín, lo que la hacía estratégica en cuanto a comunicación con el resto de la ciudad. Allí llegaban la mayoría de los materiales, muchas veces rescatados de las demoliciones de viviendas para la construcción del metro. Esta práctica de reciclar materiales se ha perdido un poco y yo recomendaría retomarla, pues esto implica que la ciudad, en vez de desperdiciar su propia materia, se reutilice. Otra de las características estratégicas de esta bodega al pie del río era que de allí se sacaban muchos de los agregados triturados que luego se usarían en la construcción.

La otra bodega al interior del barrio quedaba en El Bosque y estaba destinada únicamente a almacenar el cemento. Este lugar le salvó la vida a don Emilio. Ya dije que su casa fue ametrallada, las razones, aunque nunca esclarecidas, apuntan a intereses oscuros al interior de la Junta de Acción Comunal. La razón por la que don Emilio se salvó fue porque una noche se recostó en unos bultos de cemento para descansar un poco de un día de arduas labores y allí se quedó dormido. La suerte lo acompañó en esa ocasión, pues se quedó dormido en la bodega y no fue a dormir a su casa.

La metodología con la que funcionaban las bodegas de materiales era la siguiente. Gamaliel era quien coordinaba las entregas de material a las familias. Allí en la bodega de materiales normalmente había muchas mujeres, pues los hombres estaban en las obras o trabajando para conseguir el sustento. Gamaliel leía en voz alta las órdenes de entrega de materiales. Por ejemplo, algo como orden número tal y tal, por la que se le entregan tantos bultos de cemento a doña Pepita para la construcción de su vivienda de reasentamiento. Las otras mujeres solían decir: es verdad, a doña Pepita ya la movieron de la cuadra. Y así, en esas lecturas en voz alta de las órdenes se les hacía interventoría comunitaria. Es uno de los mejores mecanismos para validar con la comunidad que la

entrega de material es correcta, para que nada se pierda, para que no aparezcan los pillos que buscan aprovecharse del infortunio de otros. Sin embargo, es imposible mantener al margen las acciones corruptas todo el tiempo. No hay suficientes ojos para evitarlo.

Quisiera contar una anécdota al respecto. El Día del Amor y la Amistad, en 1988, se salieron varias de las quebradas de sus cauces y muchas familias perdieron su vivienda. Un diluvio como pocas veces se ven. Recuerdo que la quebrada La Iguaná pasaba por encima del puente de la carrera 65; una imagen bastante impresionante. Pues bien, tuvimos que hacer un campamento de emergencia en un lugar que ahora es el barrio Oasis Tropical. El sector privado donó una gran cantidad de madera estructural y con eso levantamos estos ranchos que servirían de vivienda temporal a las personas damnificadas. Sin embargo, no teníamos tejas, así que, mientras tanto, tuvimos que meter a varias familias en una escuela. Hicimos mucha fuerza, tocamos muchas puertas, hablamos con muchas personas. Por eso a los días llegaron las tejas a la bodega de San Germán, específicamente de noche. Le dije a René, uno de mis asistentes, que apenas abriera el depósito fuera por las tejas. No quería que nada les pasara, pues eran de vital importancia para todas estas personas que habían perdido sus hogares por la inclemencia de la lluvia. Yo había firmado esa orden de tejas, por eso me sentía especialmente comprometido.

Al día siguiente, cuando René fue por estas, ya no estaban. Fue un golpe muy duro a la credibilidad de la administración. Lo cierto es que años después estas tejas fueron encontradas en la finca de un funcionario muy conocido por ese entonces. Si así ocurre con unas tejas, imaginen toda la corrupción que existe en cada declaratoria de urgencia manifiesta, y cuántos políticos han construido sus mansiones o fincas con materiales reservados para ayudar a las personas. Me da mucha tranquilidad saber que este funcionario pagó con su carrera y su honra este acto de deslealtad hacia los más necesitados. Las libertades de flujo de caja que permiten la declaratoria de urgencia manifiesta si bien tienen un fin agilizador, también generan patrones de corrupción, ya que es difícil hacerle seguimiento al dinero. Durante los últimos años hemos visto en Colombia gran variedad de casos de corrupción en torno a las emergencias ambientales y desde la institución que

tendría que velar por las personas damnificadas, que se quedan sin hogar durante estas emergencias, como es la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres.

En nuestras bodegas comunitarias, como dije, Gamaliel siempre hacía los chequeos en voz alta. El material llegaba desde las bodegas grandes y todo quedaba consignado en órdenes firmadas por algún integrante del grupo técnico, que luego eran supervisadas por el comité popular y por las familias cuyas viviendas estaban siendo intervenidas. Mi recomendación para todo arquitecto tugurial es que se apoye en la comunidad para ejercer el rol de interventoría, que construya una red de ojos y oídos con los habitantes para que los materiales nunca desvíen su trayecto, para que estos nunca terminen convirtiéndose en la casa de algún político mañoso. El dinero para conseguir los materiales, la Alcaldía lo sacaba de un porcentaje que se le cobraba a EPM, que era la compañía de teléfonos de ese entonces. Este modelo de seguimiento y financiación para los materiales serviría como modelo para desarrollar los subsidios nacionales de construcción, en el año 1991, pero eso es materia de otro libro.

Llevo ya varias páginas describiendo las partes de esta oficina descoyunturada y nómada y, como siempre ocurre, he dejado de lado la parte más visible, quizá porque ya hablé un poco de esta en el capítulo anterior: se trata de la recepción. Esta función la cumplía la tienda de Rafael Moná. Mientras que don Emilio Montoya era el hacedor, el de las manos inmensas y callosas, Rafael era un líder nato, buen orador y maestro de la retórica popular. En la tienda de don Rafael nos juntábamos el equipo técnico antes de cada intervención a tomar café, a cambiarnos, a discutir los pormenores de la operación. Allí también nos buscaban los habitantes del barrio si querían preguntarnos algo o discutir alguna intervención. Yo apenas pude conversar a fondo con él unas tres veces antes de que lo asesinaran, pero su esposa continuó su legado y mantuvo aquella tienda como un estandarte que ondeaba en el barrio, mantuvo la función de ese espacio como un lugar de encuentro y de disertación. La tienda quedaba en la calle principal de El Bosque, la única de carácter vehicular. En esa tienda nos reunimos de día y de noche, y fue para nosotros un gran soporte logístico, emocional y humano.

Habrán notado que en el párrafo anterior dije que nos reuníamos

Líderes comunitarios coordinando un convite en el barrio El Llano. Emilio Montoya (izq.) y Rafael Moná (der.). Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. 1986.

de «día y de noche». Esto se debe a que nuestra oficina funcionaba en horarios irregulares, que son los horarios de la emergencia. Además de que el barrio era de por sí peligroso, o lo aparentaba para los que venían de afuera, las intervenciones nocturnas aumentaban la sensación de inseguridad en una zona que era atravesada por diversas problemáticas sociales, en plena época del narcotráfico en la ciudad. Cada intervención, incluso cuando estas ocurrían de día, representaba peligro.

Así pues, esta oficina nómada que acabo de describirles es la que me transformó en quien soy: un arquitecto que se embarra las botas, un arquitecto que concibe el territorio como un espacio de relaciones sociales, un arquitecto que cree en la potencia de la vivienda para crear tejido social, comunidad, urdimbre.

*3142003971

Medellín ABRIL 4 de 1985

El Señor (a) GABRIELA MONTOYA. con cédula de ciudadanía Nro 21.907.066 de ___

está autorizado (a) para construir en material definitivo el PRIMER

___ piso de su casa situada en el Lote Nro, 4-11-10.

___ Sector EL BOSQUE.

La forma como ha de llevarse a cabo la construcción, así como la supervisión técnica de la misma son responsabilidad de la persona que solicita dicha autorización.

Observaciones: SE RECOMIENDA A LA SEÑORA MONTOYA DEJAR UN AREA PARA SER UTILIZADA COMO PATIO.

Atentamente,

REHABILITACION URBANA BASURERO
JOSE MARIA MEDINA BASURERO
Ing. Programa Rehabilitación

REHABILITACION URBANA BASURERO
JAIME LOPEZ ROJAS
Delin. - Programa Rehabilitación

Permiso de construcción de los beneficiarios del programa de rehabilitación de Moravia. Documento de María Liyi Muñoz. 1985.

RETOS ALREDEDOR DEL ORGANISMO COMUNITARIO

Quiero contar cómo resolvimos algunos de los conflictos que surgieron durante el proyecto de rehabilitación de Moravia, los cuales implicaban algunas veces el desplazamiento de algunas familias fuera del barrio y otras veces algunas disputas por las posesiones de la tierra. No fue sencillo, pero siendo flexibles lo logramos. Aunque en realidad el crédito se le debe dar a las familias que iban a ser afectadas, quienes autogestionaron los mecanismos necesarios para quedarse al interior del barrio evitando el desplazamiento de lo que consideraban su hogar.

Yo iba al morro de basura casi a diario. Para ir a ese lugar tenía que pasar por el barrio Fidel Castro, el cual, como mencioné, fue fundado por el padre Vicente Mejía. Uno de esos días, rumbo a Cuatro Bocas para agarrar un taxi, me interceptó don Augusto Ramírez, que era uno de los líderes comunitarios, que en paz descanse. Él era muy allegado al programa de rehabilitación, no tanto como don Emilio, pero sí más que el grueso de los demás habitantes. En Fidel Castro nosotros solo titulábamos porque se trataba de un barrio en su mayoría formal. Por eso nuestros tratos no fueron tan cercanos como con don Emilio.

Ese día don Augusto me preguntó que qué hacía por allí, a lo que le respondí que estaba resolviendo algunos asuntos en el morro. El líder me invitó a entrar a la reunión de la Junta de Acción Comunal, pero yo me negué, pues según instrucciones del equipo de sociólogos no era recomendable que nos inmiscuyéramos directamente con la política. Además como el programa les había quitado algunos de sus poderes, como los de titulación y manejo de recursos públicos, había una inquina ahí que si bien no se manifestaba de frente, estaba allí de forma tácita. Intenté negarme, inventé algunas excusas, pero don Augusto fue insistente y terminó por convencerme.

Subí por las escaleras al segundo piso y cuando llegué, me vi en medio de un salón grande, rodeado por diferentes habitantes del barrio Fidel Castro. Me di cuenta de inmediato de que me habían tendido una trampa y había caído en una especie de encerrona. Don Augusto me tranquilizó y me dijo que estas personas me iban a hacer un planteamiento, algo breve. Lo pensé unos segundos y, como ya estaba allí, decidí sentarme a escucharlos. Eran unas treinta y dos personas que se estaban viendo afectadas por una vía que estábamos construyendo paralela al río y que barría una manzana y media de casas. La solución que habían planteado los arquitectos contratados por la administración era que se fueran para Vallejuelos, una urbanización que se había construido para reasentar a algunas personas del barrio que no iban a poder continuar viviendo allí.

–Somos los veteranos del barrio –dijo un hombre negro y alto, de quien luego supe que se llamaba Baudilio Murillo. Él era un hombre chocoano que vivía con su familia extensa en una casa grande. Eran unas diez personas quienes compartían su hogar–. Vea, doctor Montoya, la cosa es muy sencilla. Nosotros de aquí no nos vamos a ir. Dígale al alcalde que ni muertos nos vamos.

–Esa vía la Alcaldía la va a hacer, es un hecho –les dije.

–Esta no es una reunión para pelear –contestaron.

–Pero, entonces, ¿qué alternativa hay?, ¿dónde voy a encontrar yo treinta y dos predios para reubicarlos en Moravia? –pregunté.

Uno de ellos dijo que había un lote al lado de la cancha, una tira larga de terreno cuyo otro linde era la quebrada La Bermejala. Les expliqué que por gestión de riesgos no me permitían hacer viviendas cerca de La Bermejala, aunque tuviera un muro de contención de metro y medio y con aletas seguía siendo una zona inundable. La

Junta de Acción Comunal me dijo que repartiéramos el trabajo. Ellos se comprometieron a conseguir el visto bueno de planeación mientras yo conseguiría los materiales para la construcción y haría los diseños. Les dije que tenía que hablar con Gilberto Arango, mi jefe. Ellos me dijeron que él estaría de acuerdo y así fue, al parecer lo habían ablandado durante las semanas anteriores. El caso de esas treinta y dos viviendas fue muy particular, pues como eran casas las que teníamos que derrumbar para hacer la carretera, fueron casas también las que entregamos, con losas y materiales resistentes. Así logramos hacer un trasplante de tejido social, clonando de la forma más idéntica las casas que habíamos tenido que tumbar. Algunas casas perdieron área, pero ellos decían que quedarse en el barrio era un logro. En tres meses se terminaron las obras.

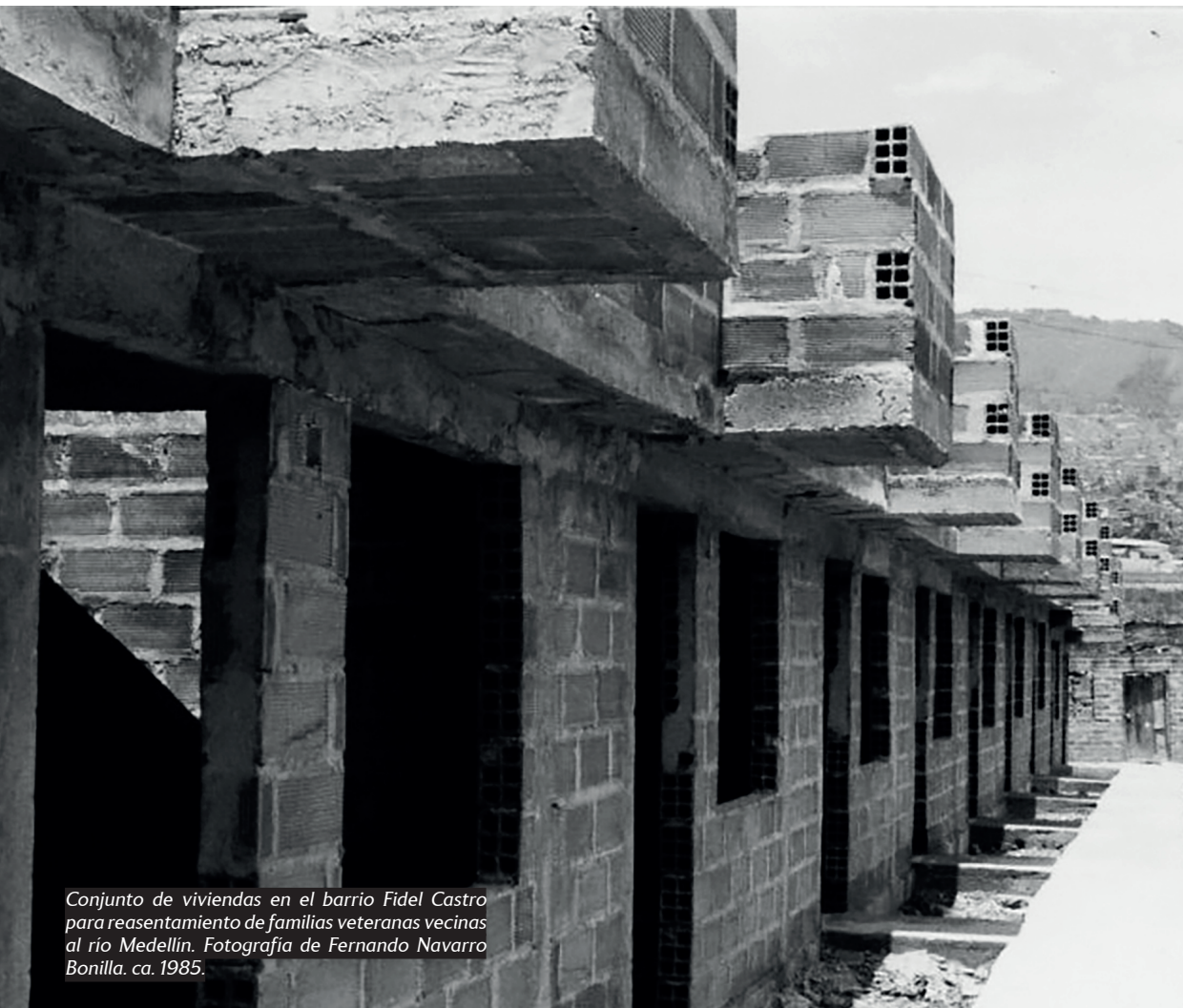
Un mes después, sin embargo, volvieron a hacerme una encerrona. Fui de noche y don Augusto me pidió que volviera a entrar a la Junta de Acción Comunal. «Otra vez lo mismo, qué problema habrá», pensé. Pero don Augusto me insistió, así que subí a la junta; una ronda de personas. Esta vez eran puras mujeres también veteranas.

«¿De dónde van a sacar el lote para la reubicación?», les pregunté.

Ellas ya lo tenían fríamente calculado. Dijeron que querían estar alrededor de la cancha y, aunque yo me negué al principio, por razones arquitectónicas y de buen vivir, mis propios compañeros me convencieron de que la gente debe tener cierta libertad de elegir dónde se quieren asentar. En esta ocasión fueron treinta viviendas, también hechas con losas finas. Estos dos reasentamientos fueron muy gratos pues no surgieron del conflicto y del enfrentamiento, sino de la autorganización. Para regresar a las metáforas médicas, cuando un barrio tiene una comunidad y una agremiación tan fuerte, podríamos decir que tienen un sistema autoinmune. Cuando nos cortamos, las plaquetas de inmediato empiezan el proceso de cicatrización. Cuando nos enfermamos, los glóbulos blancos entran en acción. Así mismo, cuando una comunidad es sana y necesita curar sus heridas, se ponen en marcha los procesos autorganizativos. La permanencia es vital en la salud de un barrio, eso lo aprendí en aquella ocasión. El papel del funcionario público es mediar, concertar, buscar soluciones. Primero se hacen las casas, luego se demuelen las otras. Este es el deber ser de la intervención.

Ahora, para hablar de cómo consolidamos un dispositivo que

legitimara nuestras acciones ante actores sociales potencialmente violentos, les contaré otra anécdota. Don Emilio, quien como ya dije era un arquitecto de campo empírico, les echó ojo a unos lotes en el barrio Milán, por los lados del puente del Mico y cerca del Parque Norte, en el que cabían, aproximadamente, unas nueve viviendas. El lote estaba dividido en dos y la Alcaldía lo había adquirido recientemente. Sin embargo, una alambrada que partía el predio a la mitad nos hizo pensar que alguien podría estar en proceso de reclamación de dicho terreno. Por esa razón acudí a Carlos Arturo Franco, parte del equipo jurídico de nuestra oficina. El departamento



Conjunto de viviendas en el barrio Fidel Castro para reasentamiento de familias veteranas vecinas al río Medellín. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1985.

jurídico era uno que nunca se ensuciaba los zapatos en el terreno. Él me dijo que podíamos intervenir, pues efectivamente el predio pertenecía a la Alcaldía, pero que él no participaría de la toma de posesión. La idea era reasentar a cuatro familias en ese lote, para empezar, así que comenzamos el protocolo.

Activamos uno de los frentes de trabajo comunitario, fuimos a la bodega y sacamos los materiales que necesitaríamos y, en medio de una procesión festiva, caminamos con estos en carretillas, en un estilo de convite que recordaba, claramente, a la minga. Queríamos que ese mismo día las familias reasentadas tuvieran acceso al

Conjunto de viviendas del barrio Fidel Castro en la actualidad. Fotografía de Laura Sofía Montoya Gómez. 2025.

Reasentamiento de viviendas alrededor de la cancha en la actualidad. Fotografía de Laura Sofía Montoya Gómez. 2025.

alcantarillado. Ese día llegamos muy temprano en la mañana. Éramos como unas quince personas, casi todas parte del comité popular, y nos asentamos allí sin pedirle explicación a nadie. La legitimidad eran los cuerpos de la comunidad allí en el territorio. Ese era un acto de posesión que recordaba, de alguna manera, las lógicas de invasión de un predio. Aunque en esta ocasión teníamos todos los permisos, yo nunca dejé de sentir que éramos como piratas. Digo esto también porque no se exigían documentos, todo era de palabra, y a las familias les dábamos tan solo promesas de escrituración. Era un procedimiento que se escapaba de las normas y los estándares. Como la policía no era muy bien recibida en el barrio, usábamos el poder de la masa, la fuerza del bulto. A eso de las nueve de la mañana, mientras yo estaba en cuclillas con don Emilio mirando el plano del levantamiento, apareció uno de los vecinos contiguos del lote que estábamos interviniendo. El hombre venía armado con una escopeta.

«¿Qué hacen aquí?», nos preguntó de forma tosca y agresiva. Yo levanté la cabeza para encararlo; todavía no había visto que llevaba un arma. Cuando vi la escopeta obviamente me sobresalté, más que nada por lo que ya había ocurrido con don Antonio José Granda. Noté que algunas de las personas que estaban clavando estacas también se pusieron en guardia, pero con un gesto les dije que se quedaran quietos. Con el cerco de por medio discutimos. Le dije que estábamos haciendo un trabajo que contaba con todas las garantías y el papeleo administrativo. Pero él insistía en saber qué es lo que ocurría.

–Yo no tengo lío desde que usted me asegure que en el segundo lote no van a hacer nada –me dijo.

–Yo lo único que puedo asegurarle es que hoy solo vamos a intervenir esta parte –le respondí. A la distancia, de la casa de donde había salido el hombre armado, noté a una mujer que lloraba. Cuando el hombre se fue, don Emilio me interpeló de inmediato.

–¿Cómo así que no vamos a hacer nada?

–Yo solo dije que hoy no vamos a hacer nada. ¿O quiere que me haga pegar un tiro?

Don Emilio pareció tranquilizarse y me dijo que solo quería saber si sí íbamos a continuar, porque si yo me iba a asustar por un arma entonces no íbamos a avanzar nunca. Ese día regresé a

nuestra oficina muerto del susto, no voy a ocultarlo. Le conté lo sucedido al abogado Carlos Arturo Franco, quien me propuso que detuviera la intervención por unas semanas. Yo me molesté porque él me había dicho que teníamos la seguridad jurídica para actuar, a lo que él me respondió que así era, pero que quería investigar a profundidad el asunto.

Durante esas dos semanas de espera tuve que soportar la impaciencia de don Emilio que me pedía insistentemente que continuáramos. El abogado, después de esta primera espera, me confirmó que el predio era de la Alcaldía, así que estábamos actuando con la ley de nuestra parte. Esa vez me molesté con el abogado, pues bastante acostumbrado a participar desde la distancia no entendía las implicaciones del asunto.

«¿Cómo podemos seguir adelante con una escopeta de por medio?», le pregunté.

El hombre no supo qué responder, lo único que pudo ofrecerme fue la participación del Departamento de Orden Ciudadano, un aparato parapolicial que luego se comprobaría que tenía fuertes nexos con Pablo Escobar. Yo me negué de forma rotunda, pues involucrarlos sería perder todo lo que habíamos ganado hasta entonces, y esto era la confianza de la comunidad.

«La otra opción –me respondió– es que le demos a usted un chaleco antibalas», no obstante, eso tampoco me pareció apropiado, tenía que haber otra manera.

Pasaron otros veinte días y yo no sabía cómo podríamos enfrentar al hombre de la escopeta. Yo no le decía nada a mi esposa para no preocuparla, pero justamente no poder comunicarlo me carcomía por dentro. Fue cuando acudió a mí una imagen arquetípica de las películas de vaqueros que tanto había visto en mi juventud. En este tipo de películas suele haber siempre una imagen en la que los indígenas, desde una posición aventajada, miran en fila a los vaqueros atravesar la garganta de una montaña. Una especie de emboscada. Le conté mi idea a don Emilio y, al principio, cuando le mencioné a los indígenas y a los vaqueros, no supo si estaba hablando en serio o tomándole el pelo. Por lo que procedí a explicarle. Le dije que desde el comité popular eligieran a dos familias del morro de basura para reubicarlos en la segunda parte del predio, la que no habíamos podido reclamar, y que me explicara bien por qué

esas dos familias. De forma adicional, necesitaba que consiguiera unas cuarenta personas, armadas con palos, nada de machetes ni pistolas. «Quiero que se ubiquen todas en el filo de la montaña contigua al predio para que nos den posibilidad de acción, para que nos podamos relajar mientras hacemos nuestro trabajo», le dije.

Don Emilio, ni corto ni perezoso, y muy animado por continuar la labor, se despidió y me prometió que conseguiría a la recua protectora.

Un par de semanas después, cuando don Emilio había conseguido ensamblar el dispositivo de seguridad, volvimos a encontrarnos en la bodega del barrio Fidel Castro. Arrancamos en romería con los materiales y la comunidad nos animaba. Algunos, incluso, se sumaban a la procesión. Cuando llegamos al predio percibí emocionado aquella imagen épica que había acudido a mi mente: en el filo de la montaña se recortaban las siluetas de unas cuarenta personas armadas con palos contra el cielo azul de la mañana. Las personas del convite descargaron la madera de segunda, los estacones, los canes o tablones gruesos, los largueros, los clavos, el martillo, el serrucho, pero los descargaron fuera del predio. Entonces me impacienté y les dije que no era ahí, que tenía que ser en el otro, en el que reclamaba el hombre de la escopeta, pero todos se quedaron congelados. No querían ser los primeros en molestar a este hombre. Entre don Emilio y yo derrumbamos la cerca y, con timidez, la comunidad empezó a pasar los materiales y las herramientas al otro predio. Ese día levantamos estacas y dejamos trazado el frente y ni rastro del hombre. Sin embargo, sabía que me había ganado un nuevo enemigo en el barrio, un enemigo con escopeta. Durante un buen tiempo sentí temor, pero luego descubrí que aquel hombre, consciente de que no era un lote de su propiedad, en ese primer momento solo había querido amedrentarnos para ver si era posible sacar ventaja.

Pero las intervenciones no siempre salen tan bien. La anécdota que les voy a contar, incluso hoy día, sigue atormentándome por momentos. Durante una de mis expediciones al morro de basura noté que había aparecido un nuevo rancho, así, de forma espontánea. Lo que me molestó en el momento fue que se habían instalado en una vía que recién habíamos abierto, cerrándola nuevamente. Mi molestia consistía en que estas personas habían puesto su interés personal por encima del de la comunidad, y yo no podía dejar que

Demolición de vivienda junto al río Medellín por traslado hacia urbanización Vallejuelos. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1987.

eso pasara, pues sería un mal ejemplo. Me acerqué a la familia y descubrí que tenían censo. El esposo se dedicaba a vender huevos y así subsistía la familia. Ante el anuncio de que tendría que desalojarlos no rechistaron mucho, pues, como muchas veces ocurre con estas acciones oportunistas, las personas están a la espera de ver qué pasa, de ver si logran cumplir su cometido individual.

En la oficina, sin embargo, nadie quería acompañarme al desalojo. Hay que tener la piel muy dura para este tipo de acciones. El abogado Ramiro Tejada, quien también era un reconocido dramaturgo de la ciudad, me dijo una noche, entre guaros, que estaba decepcionado de mí. Yo intenté explicarle que mi labor principal era abrir vías en Moravia, y que no podía permitir que me las cerraran. El día del desalojo, de la administración solo estaba el inspector, el conductor de la volqueta y yo. Era muy temprano en la mañana y llovía copiosamente. Yo estaba guarecido bajo uno de los aleros de la casa y miraba de forma introspectiva todos los corotos de la familia, puestos en mitad de la vía y mojándose con la lluvia. La mamá y sus hijos esperaban ante la fachada. Cuando alguna persona del barrio pasaba frente a la casa y observaba la escena, me decía «Eavemaría, dotor», recriminando la crueldad aparente de esto que tenía que hacer. A veces un arquitecto tugurial debe tomar decisiones dolorosas y poco populares. Esta fue una. Recuerdo que me quedé mirando, medio pasmado, los enseres de la familia que eran valiosísimos para ellos, que eran lo único que tenían, allí en mitad de la vía, empantanados. La familia se hizo a un lado cuando la volqueta se acercó al rancho y, estoicos, vieron cómo el vehículo desbarataba su nido recién construido.

En esa época daba clases en la universidad, así que pasaron los meses y mi mente se desprendió de aquella imagen dolorosa. La oficina del programa de rehabilitación se había mudado del edificio La Cascada a una casona vieja detrás de la Basílica Metropolitana. Una tarde en que llegué a la oficina, la secretaria me dijo con cara de preocupación: «Hay una señora que lo está esperando, dice que usted es responsable de los hijos de ella».

Yo me quedé lívido y sin entender lo que estaba pasando, se me pasaron muchas posibilidades por la cabeza, entre esas que estaba siendo víctima de algún tipo de estafa. Mis compañeros de oficina, en cambio, estaban muertos de la risa pendientes de cómo iba a

resolver el problema en el que me había metido. Fue Blanca Nohelia quien por fin me dijo de qué se trataba. Al parecer, la esposa del huevero había venido a buscar ayuda, pues a su esposo lo habían asesinado meses después de que los desalojáramos y ella sentía que yo personalmente tenía responsabilidad por ella y sus pequeños. Durante esta conversación y con la mediación de mi compañera Blanca Nohelia, decidimos regresar a esta familia al morro de basura y restituirle el carnet. En ese momento nuestra misión principal era vaciar el morro, pero en estos procesos, como vengo diciendo, algunas veces hay que subvertir las reglas, ajustarlas a la talla humana de quienes participan de estas narraciones. Al final de esa conversación en la oficina le dije a la mujer que hay que saber invadir, pues en la vía no solo se echa encima a la administración, sino también a la comunidad. Espero que con el tiempo esta mujer y sus hijos hayan sido reubicados del morro de basura a la unidad Vallejuelos, en donde terminaron gran parte de las familias que habitaban allí. En el año en el que escribo esto, 2025, el morro de basura ha sido reinvadido por unas seiscientas casas. Cambian las épocas y los problemas, ahora las personas que han invadido este lugar insalubre son migrantes venezolanos. Una administración sucede a otra, pero algunas problemáticas tienen su propia organicidad y van mutando en el tiempo.

El primer reasentamiento del morro de basura lo hizo Pablo Escobar, de una forma poco burocrática, casi que de un día para otro. El programa de rehabilitación llevó a otras familias a Vallejuelos o los reubicó al interior del barrio. Sin embargo, con el paso del tiempo, el morro se ha vuelto a poblar y a despoblar; podríamos hablar de una enfermedad crónica. En vez de curar los síntomas de este tipo de dolencias cíclicas, nosotros los arquitectos tuguriales tenemos que meditar profundamente desde diferentes disciplinas y establecer las causas de esta enfermedad de vieja data. ¿Cuáles son las condiciones de inequidad en nuestra ciudad y en nuestro país que llevan, una y otra vez, a que innumerables familias elijan vivir sobre un basural?

El programa rehabilitó todo el sector, dotando de acueducto y alcantarillado a todos los barrios que no los tenían. Canalizó las dos quebradas que lo atraviesan solucionando así el problema de inundaciones recurrentes que los afectaba. Consolidó todo el barrio

El Bosque, abriendo vías y permitiendo su conexión vehicular y peatonal con la ciudad. Se implementaron todos los servicios sociales de educación y salud construyendo colegios, centros de salud y un centro de capacitación del Sena. Se incentivó la creación de varias cooperativas de trabajo como Coofema, Recuperar, entre otras. En total, se escrituraron alrededor de quinientas viviendas, un cincuenta por ciento de la meta total del programa. Esta fue la insatisfacción más grande, no haber logrado otorgar el total de escrituras o un porcentaje más elevado. Otra de las grandes insatisfacciones fue la pérdida de la vida de varios líderes sociales y la incapacidad institucional para protegerlos.

Lo crucial es que Moravia dejó de ser un barrio estigmatizado y aislado y por el contrario potenció su proceso de cualificación de líderes y organizaciones sociales para convertirse en un referente para la ciudad. En retrospectiva, y con la experiencia laboral reunida en proyectos posteriores, considero que para enfrentar el problema habitacional el programa debió ofrecer soluciones en altura para oxigenar mucho más el barrio y para no depender de reasentamientos fuera del sector. Sin embargo, lo que se logró, dadas las condiciones históricas y materiales, es algo para celebrar.

Actualidad del ordenamiento al interior de las manzanas del barrio El Bosque. Fotografía de Laura Sofía Montoya Gómez. 2025.

Actualidad de las calles habilitadas hacia Carabobo en el barrio El Bosque. Fotografías de Laura Sofía Montoya Gómez. 2025.

LAS VIVIENDAS SON LAS CÉLULAS MADRE DEL TERRITORIO

Durante todos estos años ejerciendo como arquitecto tugurial todavía sigo configurando mis ideas de batalla, es decir, las imágenes poderosas y los conceptos infalibles con los que pueda demostrarles a la administración y a mis colegas que la vivienda es un bien de interés público y no privado. En las discusiones que sostengo con ellos solemos llegar a un mismo callejón sin salida. Ellos plantean que lo ético es invertir el dinero público en infraestructura como colegios, hospitales, parques, canchas. Pero yo les pregunto: «¿Y es que las viviendas aparecerán de la nada alrededor de esas construcciones?». Se trata de una discusión bizantina, casi tan compleja como la del huevo y la gallina. Este capítulo se centra en este conflicto aparente al interior de la identidad de la vivienda. Para mí, lo adelanto desde ya, la vivienda debe ser considerada dentro de los presupuestos de inversión pública, pues es vital para la integración de la ciudad y la creación de comunidad.

La ciudad no surge desde sus edificios administrativos, la ciudad no brota desde sus complejos industriales, la ciudad no aparece espontáneamente desde los centros comerciales, la ciudad no crece desde los hospitales. La trama urbana, en realidad, surge desde los

caseríos. Y como se ve a simple vista la palabra *caserío* comparte raíz etimológica con la palabra *casa*. Esto quiere decir que la ciudad brota de la vivienda y esta es su unidad mínima; las viviendas son los ladrillos que la edifican, mejor dicho. En nuestra ciudad, que tiene una geografía y unas condiciones hídricas que la hacen complicada para habitar, se ha creído que es el espacio público el que sana el tejido social y el que transforma las geografías. De allí que se haya invertido en crear una red de bibliotecas, parques lineales, líneas de metro o de tranvía y estructuras de contención. Pero ninguna de esas obras, por sí solas, han traído bienestar a ninguno de los barrios de las laderas. Esto es porque en el cuerpo social de una ciudad las células madre siempre han sido las viviendas y siempre lo serán.

A veces me pregunto ¿para qué patria sin vivienda?, ¿cómo hablar de un país sin propietarios? Aquí, claramente, volvemos al problema histórico de Colombia: la tenencia de la tierra. Nuestro país es inmenso y los propietarios son cada vez menos. Yo pienso que en un barrio, sea de invasión u oficial, sus habitantes no cuidarán el espacio público y no invertirán energía en la construcción de comunidad si no son propietarios de una vivienda. Cuando lo son, aparece el sentido de pertenencia, las ganas de mejorar las vías o la necesidad de tener una escuela o una biblioteca o una cancha. No al revés. Es aquí donde encontré una de estas ideas de batalla de las que hablé al principio, una metáfora poderosa con la que puedo vender mi idea de que la vivienda es un bien de interés público y no privado: las viviendas son como las células madre en el cuerpo de un territorio, solo con la oferta habitacional se puede reparar el tejido social.

En medicina muchas enfermedades son tratadas con células madre, que, con lo poco que sé sobre el tema, son células que pueden adoptar diversas formas, según se las ubique en el cuerpo. Pueden convertirse en células musculares, nerviosas, sanguíneas, etcétera. Cuando un territorio ha pasado por eventos traumáticos que afectan su salud, bien sea por causas naturales como derrumbes o inundaciones o por causas violentas como las múltiples guerras, la mejor forma de atacar el problema es con la oferta habitacional. De hecho, en los tratados de paz en Colombia este tópico ha sido medular al momento de reintegrar a los excombatientes y de sanear

los territorios que han visto la guerra. Además, en el contexto del calentamiento global y la crisis ecológica, no hay mejor forma de educar a la ciudadanía en el cuidado del medioambiente que con la tenencia de vivienda. Si tengo escriturada una casa cerca de una quebrada, cuidaré la quebrada porque la siento mía.

Pero Medellín no solo se fractura y se lastima, también envejece. Esto les pasa a todas las ciudades, pero el caso de esta es muy particular. Al tiempo que algunos de sus barrios decaen, otros nacen casi espontáneamente en un proceso de crecimiento que ni siquiera las laderas pueden contener. Para ambas problemáticas, la del envejecimiento y la de las nuevas infancias –esto es si pensamos en los barrios como si fueran hijos de la Alcaldía–, la vivienda siempre será la solución.

Pensemos primero en el problema del envejecimiento. La tesis de que las ciudades necesitan programas de renovación urbana fue planteada de forma concreta por el economista norteamericano Miles Calean en la década de los cincuenta, como estrategia de reactivación económica tras la Gran Depresión, como detalla Horacio Capel en su libro *Capitalismo y morfología urbana en España*. El argumento principal es que la economía dependía de la oferta habitacional, pues era justamente este tipo de uso del suelo el que revitalizaba el comercio y ponía a marchar los mecanismos sociales y de consumo. La idea de la renovación es que la ciudad se repliegue sobre sí misma, sobre los sectores que han sido abandonados, bien sea porque se han ido los habitantes o porque ciertos tipos de comercio o de industria pesada los han hecho marcharse, en vez de seguir creciendo y ampliando sus fronteras periurbanas. Para rejuvenecer este tipo de tejidos agotados se tiene que inyectar una dosis alta de oferta habitacional. En Medellín tenemos como ejemplo de envejecimiento urbano algunos barrios del centro de los que, paulatinamente, se han marchado los habitantes. El resultado es que la sensación de inseguridad ha aumentado y han aparecido el consumo y la venta de drogas que hacen que el fenómeno se vuelva cada vez más irreversible. Para detener la tendencia y luego revertirla la intervención debe ser potente, pues, como dicen, una golondrina no hace verano. Diferente a lo que se cree, la seguridad no es producto de la presencia policial, en cambio tiene que ver con una cantidad ingente de cuerpos que habitan el territorio, que lo

llenan con su presencia y con sus miradas, que lo conocen, que se preocupan por este.

La renovación urbana también puede traer problemas que si los seguimos tratando bajo las metáforas médicas podríamos llamar tumorales. Actualmente Medellín, así como muchas otras ciudades del mundo, es víctima de una de estas enfermedades en las que el rejuvenecimiento se transforma en cáncer. Este flagelo es el de la gentrificación. Esto parecería contradecir mi idea de batalla, pues es un fenómeno en el que lo habitacional desplaza y termina con la permanencia de las comunidades en los barrios que las han constituido. Muchas personas y oficinas de arquitectura están invirtiendo actualmente en edificios para rentas cortas, en modelos similares a Airbnb, aportando así a la desintegración del tejido social en barrios tradicionales de la ciudad. Y siento, honestamente, que esto no sería perjudicial si, a la par, estos constructores y la administración misma invirtieran en aumentar la oferta de viviendas de interés público en los barrios donde es más fuerte este fenómeno. De hecho, creo que es momento para que Medellín considere seriamente tener una gran cantidad de viviendas públicas que alquile a precios que no compitan con los precios en dólares que manejan estos nuevos complejos habitacionales. Solo así se podría hacerle frente a un proceso degenerativo tan fuerte como lo es la gentrificación.

Segundo, pensemos ahora que el problema de los barrios en su primera infancia es un poco más crítico, quizá, debido a la gestión de riesgo producto de los accidentes geográficos y las particularidades hidrológicas del territorio. Medellín está ubicada en el Valle de Aburrá, lo que significa que muchas de sus fronteras están marcadas por las montañas, que la encierran y al mismo tiempo la protegen. Durante los años sesenta, y en adelante, estas laderas se han visto pobladas de forma continua, producto del desplazamiento interno que produce la violencia en los territorios. Uno de los descubrimientos que he hecho durante mi recorrido profesional es que, además de la adecuada gestión del riesgo y la oferta habitacional, en estos barrios nacientes es necesario el ordenamiento y la legalización de la tenencia, resolviendo tempranamente problemas que más adelante serán más complejos y asegurando un mejor futuro para estos asentamientos.

Moravia fue el piloto de todo lo que vendría después en cuanto a la atención del riesgo y el tratamiento de estas nuevas infancias barriales, que requerían, además, procesos concertados con la comunidad sobre el reordenamiento territorial y la titulación. Allí construimos las bases técnicas y logísticas para empezar a pensar en la naturaleza de los barrios de las laderas y en toda la infraestructura pública que la administración llevó a estas complicadas geografías. Estos barrios, como dije, necesitaban de la oferta habitacional para desarrollarse sanamente. Lo curioso es que Moravia, aun siendo un barrio infante, era bastante diferente a los demás con los que compartía esta característica, y esto principalmente porque no queda en las laderas, sino en los terrenos llanos cerca del río que atraviesa el valle por la mitad. Lo que nos llevó a intervenirlo fue un asunto de sanidad. La *gestión de riesgo*, como concepto, apenas estaba apareciendo en el léxico de la administración.

Como conté, Moravia creció alrededor de un inmenso morro de basura, así que la salud era un tema central en todo lo que tuvo que ver con el programa de rehabilitación. Recuerdo una anécdota en especial que puede ilustrar la relación de la vivienda, como bien público, con la gestión de riesgos en materia de salubridad. Se trata de la reubicación de la señora Ferraro durante la intervención que hicimos en Moravia. Ella era una mujer alta y de piel muy oscura, proveniente del Chocó. Tenía unos cincuenta años y la energía de varias personas, que utilizaba, más que nada, en el servicio a los otros. Era enfermera y siempre iba vestida de forma pulcrísima con prendas de color blanco que reforzaban este compromiso que tenía con la salud de los habitantes del barrio. Siempre se la veía participando de las brigadas de salud, que eran parte central de la estructura organizacional de los comités populares. Además, trabajaba en el único centro de salud que había allí.

La labor de las brigadas de salud era importantísima, pues muchos de los habitantes se dedicaban a trabajar con la basura. Recuerdo que la primera vez que supe sobre las frasquerías, negocios al interior de algunas casas en donde limpiaban frascos usados para revenderlos, me sorprendí bastante. Así mismo me impresionó saber que en el barrio había cincuenta ratas por habitante y que de exterminarlas a todas de golpe se causaría una crisis de salubridad aún peor. Pues bien, estas eran las condiciones en las que trabajaba

la señora Ferraro, en un barrio que, por su propia constitución, era foco de enfermedades.

En ese entonces, Blanca Nohelia, mi dupla de trabajo, me insistía mucho en que fuéramos a visitar la casa de la señora Ferraro. Para ella, reubicarla debía ser una de nuestras prioridades, pero yo no quería saltarme los protocolos. Un día acepté visitar la casa de la enfermera y comprendí el afán de mi compañera. Sobre zancos, la casa de la señora Ferraro estaba ubicada encima de un caño abierto donde caían todas las excretas del barrio, que luego desembocaban en la quebrada La Bermejala. Me era difícil asociar la pulcritud del uniforme de la señora Ferraro, que parecía siempre nuevo, con la atmósfera enrarecida en la que vivía, justo encima de una fuente de enfermedades como ese caño a cielo abierto. Recuerdo vívidamente la imagen que mi mente registró, casi como una fotografía, cuando estuve parado sobre los tablones del piso de su casa. Entre las rendijas se alcanzaba a ver el agua oscura y espesa burbujeando por el metano producto de los procesos de descomposición de los desechos de cientos de cuerpos.

La solución a este problema fue, para mí, un claro ejemplo de cómo lo público y lo privado muchas veces se unen en las soluciones habitacionales. Encontramos un lote de ciento cincuenta metros cuadrados junto al centro de salud, el cual partimos en dos. Decidimos que la señora Ferraro viviría en una de estas particiones. El fin era sacarla del lugar insalubre en el que estaba, puesto que esto la afectaba a ella y a su familia, pero también para que estuviera al lado de su lugar de trabajo, el centro de salud, en donde podría atender mejor a la comunidad e integrarse con más eficacia a las brigadas. Con un solo reasentamiento se mejoró la salubridad de muchas personas del barrio. Para mis colegas la recomendación es que tratemos con especial cuidado a los líderes comunitarios y a todas las personas con vocación de servicio en la comunidad, pues son estas personas quienes servirán como multiplicadores y reproductores de las acciones provenientes de los equipos técnicos.

Muchos años después, durante el proyecto en la quebrada Juan Bobo, en el que ahondaré en otro libro, sucedió algo bastante potente que reafirma la pertinencia de estas metáforas que emparentan a la vivienda con la salud. Después de todo, la *vivienda* como concepto brota de la palabra *vida* y son, si se piensa bien, indisociables. Las

viviendas, insisto, sanan. El caso en cuestión es el de la señora Ana Arboleda, a quien visité años después de su reasentamiento junto con un arquitecto que quería entrevistar a algunos de los habitantes del barrio. Lo que nos contó la señora Ana nos dejó impresionados por su calidad de milagro, de impensable, de poco probable. Yo a ella no la recordaba, debo admitirlo, pero ella sí tenía grabado mi rostro en su memoria. Mientras mi compañero arquitecto sacaba algunas imágenes de referencia, yo noté que la señora Arboleda no dejaba de mirarme.

«Usted no se acuerda de mí, ¿cierto?», me preguntó. Yo la miré un poco confundido y traté de explicarle que durante estos proyectos veía tantos rostros y me decían tantos nombres que finalmente todos terminaban por borronearse. «Pues yo sí me acuerdo de usted, doctor», agregó.

Al principio me sentí un poco intimidado por lo que tenía la señora Arboleda para contarnos, pero me tranquilicé luego de que comenzó. Resulta que cuando estábamos terminando el edificio de apartamentos al que la familia de Ana se mudaría, varias veces nos tocó posponer la entrega por problemas típicos en este tipo de obras. Ella, por su parte, sufría de un cáncer en expansión y se aferraba con fuerza a la vida para poder ver a sus hijos y su marido en un apartamento que fuera suyo. «Cada vez que ustedes posponían la entrega, me aumentaba la expectativa de vida», dijo.

Lo que la señora Arboleda nos quería decir es que la expectativa de una vivienda tuvo un impacto significativo sobre su salud y con esto una vez más vemos cómo estas dos disciplinas, la arquitectura y la medicina, comparten una vecindad metafórica que me resulta muy esclarecedora. Cuando por fin le entregamos el apartamento, ella pensó que podía dejar de luchar contra el cáncer, que su misión en este mundo ya estaba completa. Sin embargo, el apartamento estaba en obra negra y ella, no complacida con esto, decidió seguir resistiendo contra la enfermedad.

«Ese piso en el que usted está parado lo hice yo», nos dijo, ante la mirada brillante de mi colega, quien estaba buscando, justamente, este tipo de historias inspiradoras. Resulta que, como parte del proyecto de rehabilitación, se contempló que algunos de los habitantes de Juan Bobo hicieran un curso en el Sena para aprender a poner baldosas y hacer terminados de obra blanca. La

señora Arboleda, dispuesta a entregarle el apartamento a sus hijos en el mejor estado posible, aguantó un poco más y se graduó de este programa.

Unos meses después, por fin, pudo cumplir su sueño. Con la ayuda de su marido, quien puso el dinero para comprar las baldosas y los materiales, logró enlosar el apartamento que les habíamos entregado. Lo milagroso de esta historia es que en su siguiente visita al hospital, el oncólogo le dijo que en las tomografías no aparecía rastro alguno del cáncer. Era inexplicable y, sin embargo, los resultados de los análisis no mentían. La señora Arboleda, completamente curada, le ayudaba a otras familias de Juan Bobo a poner las baldosas en sus apartamentos. Esta es quizá la prueba reina de cómo el espíritu comunitario es infeccioso y que, claramente, el vector de contagio es la vivienda. Una casa le da sentido a la existencia, se convierte en un asidero en medio de los profundos abismos sociales en los que viven las personas en un país como Colombia y se convierten en una razón para luchar, para salir adelante, para no dejarse caer.

Es claro ahora que la oferta habitacional va mucho más allá de un dilema entre lo privado y lo público, es un factor de salud pública e incluso afecta a otros factores sociales como el de la educación. Recuerdo que en alguna ocasión le dije a un exalcalde, cuyo motor de campaña fue precisamente la educación, que no hay mejor pedagogía, que no hay mejor motor de la participación ciudadana, que la oferta habitacional. Para aprender a cuidar hay que tener, primero. Nadie cuida lo que no siente suyo. Un ejemplo claro de que la vivienda puede ser parte de las políticas educativas y de participación lo tomo de una señora, también de Juan Bobo, de quien no recuerdo el nombre. A ella y a su familia las reubicamos en un edificio que construimos en un barrio aledaño. Palabras más, palabras menos, ella me dijo que moverse a aquel edificio la había sacado del hueco en el que se sentía y que por fin pudo ver el sol. «Ahora podemos respirar», recuerdo, claramente, que me dijo después. La señora me contó cómo aquel apartamento la hizo terminar sus estudios, pues no se sentía a la altura de su nueva vivienda. Ahora que vivía en un apartamento elevado, ella misma sintió que necesitaba cambiar, convertirse en otra persona, experimentar una metamorfosis. «Gracias a este apartamento pude terminar mi bachillerato», me dijo a modo de conclusión. Así pues la

vivienda es un factor importante en la dignificación de las personas, pues nuestras casas las llevamos por dentro, nos constituyen, son parte de nuestro ser.

Sin embargo, no todos los procesos son tan sencillos como implantar células madre, como inyectar a los barrios con oferta habitacional. Muchas veces los arquitectos tuguriales nos vemos en la obligación de hacer procesos quirúrgicos que pueden causar muchos traumatismos si no son tratados con tacto y pulso.

Quisiera hablar ahora de los contraejemplos, o esas veces en las que desde la administración se han vulnerado los derechos de los ciudadanos en nombre de lo público. Un caso icónico es el del tranvía de Ayacucho, una obra necesaria para la ciudad, claro que sí, pero que se gestionó de una manera incorrecta, sin ofrecerles a las personas afectadas una oferta habitacional que supliera las pérdidas. Las secuelas de esta intervención urbana se siguen viviendo hoy día, pues un grupo de familias en el barrio San Luis quedaron sin hogar o fueron retribuidas de forma parcial sin

Construcción de vivienda en el barrio El Bosque. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1985.

considerar su permanencia en el sector que está definido como de renovación urbana. El Metro de Medellín, así como la administración de la ciudad, sigue cometiendo errores similares.

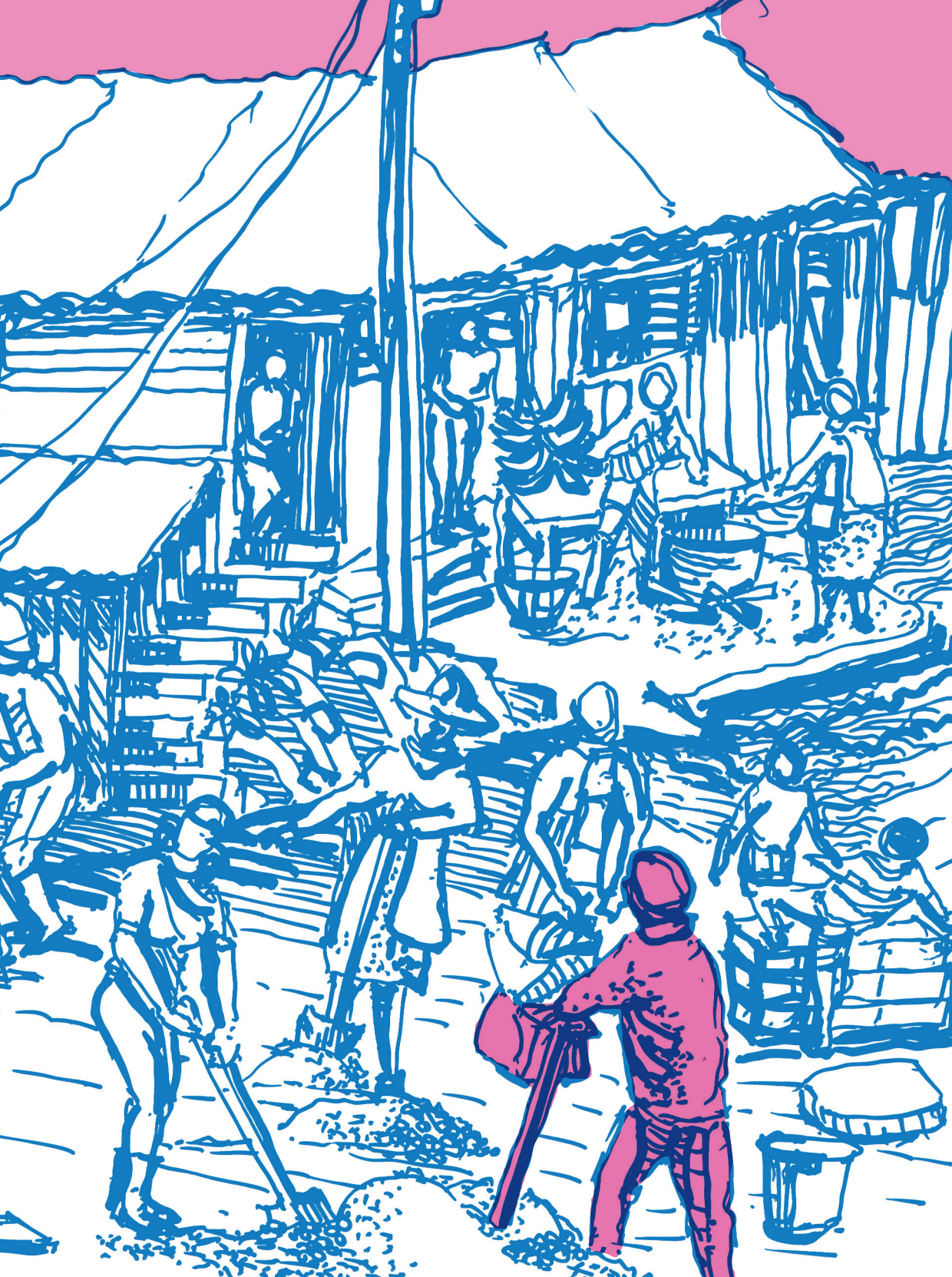
Actualmente, existe un proyecto de tranvía por la avenida 80, en una zona que ha sido tradicionalmente de clase media. Según el trazado que se hizo, centenares de viviendas serán afectadas y este es el momento en el que la administración no ha diseñado un plan de reubicación dentro del mismo barrio, de modo que haya permanencia, lo que provocaría que los barrios por donde atravesará el tranvía envejezcan prematuramente al perder una cantidad tan alta de habitantes. Como el capital relacional de los habitantes de estos barrios es mucho mayor que el de las personas que fueron afectadas por la primera línea del tranvía, es posible que no se lleve a cabo este plan. Esto es un poco indignante porque demuestra, una vez más, que en nuestro país hay diferentes tipos de ciudadanos: unos que tienen más derechos que otros. Sin embargo, este no es el quid del asunto.

Otro de los contraejemplos icónicos es el de la construcción del Museo Casa de la Memoria en el barrio La Toma. Este memorial buscaba hacer un recorrido por el conflicto armado colombiano, poniendo el foco en las víctimas civiles del mismo. Lo paradójico es que para construirlo se tuvo que desplazar a un grupo de viviendas reproduciendo la violencia que el museo mismo quiere evitar que se repita. En vez de generar una dinámica alrededor del memorial, proponiendo oferta habitacional, generaron una edificación de baja calidad arquitectónica. Así hay decenas de ejemplos más, en una ciudad que está todo el tiempo armándose y desarmándose, ya que esa es parte de nuestra identidad.

Frente a este conflicto y muchos otros similares, la admnistración municipal y el consejo iniciaron el proceso de reglamentar la política pública de protección a moradores, actividades económicas y productivas (PPPMAEP) la cual fue creada por el acuerdo 145 del 2019 y reglamentada por el decreto 0818 del 2021. Su objetivo es reducir las afectaciones residenciales generando estrategias de reconocimiento y diferentes compensaciones económicas para las personas damnificadas. Celebro la existencia de esta política, pero lastimosamente su objetivo no es la permanencia de los vecindarios sino establecer compensaciones ante el desplazamiento forzado.

Los proyectos públicos deben generar ofertas habitacionales de reasentamiento en el sitio con el fin de lograr su viabilidad social. Para lograr efectos reales de integralidad en los proyectos urbanos es indispensable vincular la vivienda como factor de cohesión social. Los proyectos que solamente desarrollan espacio público o equipamientos no son suficientes, sobre todo en una ciudad como Medellín sin suelo de expansión. Medellín debe desarrollar una noción de intervención urbana integral donde la generación de ofertas habitacionales sea el centro y no el complemento de los nuevos desarrollos. Inclusive los proyectos del sector privado deberían integrar componentes residenciales de compensación, de manera que, por ejemplo, la construcción de un centro comercial o de proyectos inmobiliarios incluyan siempre la relocalización de las viviendas afectadas.

A DON EMILIO Y
A LOS QUE YA NO
ESTÁN



Don Emilio Montoya, este capítulo es una carta para usted:

Quiero decirle todo eso que quedó en el tintero, todo eso que no tuve oportunidad de manifestarle por la forma repentina en la que usted se fue. Pero este capítulo también es un tributo a los líderes sociales que desde el anonimato sientan las bases del futuro hasta que un día se hacen famosos, momentáneamente, en los titulares de los periódicos de crónica roja. La matanza de líderes sociales se nos ha vuelto paisaje, Emilio, y no podemos dejar que siga siendo así.

Todavía me acuerdo muy bien del momento en el que me enteré de que lo habían matado. Yo regresaba de la Universidad Nacional a la oficina del programa de rehabilitación, que ya en ese momento era la sede de la Secretaría de Desarrollo Comunitario de la Alcaldía. La oficina todavía quedaba en esa casona inmensa detrás de la Basílica Metropolitana, a donde usted solía ir tan seguido a pie desde Moravia. En la entrada, Blanca Nohelia me esperaba de forma impaciente y apenas me vio venir por la acera de enfrente empezó a gritar: «Lo mataron, Carlos. ¡Mataron a Emilio!». Corrí hacia ella para tratar de consolarla, pero ni siquiera yo mismo sabía cómo sentirme.

Era como si un caudal de emociones contradictorias quisiera pasar al mismo tiempo por mi cuerpo y en ese apeñusque no podía sentir ninguna de ellas en realidad. Estaba anestesiado por completo.

La primera reacción que tuve, para salir del aturdimiento, fue convocar a una reunión urgente con el equipo del programa. Fui honesto con mis compañeros y les conté que el día anterior usted me había buscado, Emilio, que se veía un poco ofuscado y que me dijo que lo iban a matar. Yo no le creí y lo tildé de paranoico. Lo confesé como si estuviera ante un tribunal.

Habíamos pasado tantas veces por situaciones tensas que no fui capaz de percibir el peligro. Como esa vez en la que jugamos a los vaqueros y los indios, cuando nos enfrentamos a la escopeta de ese señor que quería acaparar un lote. O esa otra vez en la que reubicamos al Llantero, un hombre que con un puñal se había convertido en un problema para sus vecinas, de quienes abusaba. Usted fue el que encontró el lugar perfecto para reubicar a ese antisocial. Se trataba del lote que otro tipo muy violento, el Cucaracho, estaba cuidando para alguien más. Ese también tenía un cuchillo y estaba todo el tiempo con ganas de hundirlo en la carne de alguien. Si no fuera por el temple suyo, Emilio, por esa presencia imponente que usted tenía, todo habría sido más difícil. Ambos sabemos que esa reubicación terminó bien por cosas del destino, porque a los meses al Cucaracho lo mataron por cuentas pendientes con alguien más y con esto dejó de amenazarme por haberle dañado el negocio que tenía en esos predios que estaba «cuidando». Estoy seguro de que yo no me habría atrevido a todo lo que hice en esa situación y en otras tantas de alto riesgo si no hubiera tenido su respaldo incondicional.

Para mí, usted, Emilio, era alguien intocable, por eso, insisto, no fui capaz de entender el peligro en el que se encontraba. Las personas en el barrio lo respetaban, aunque era difícil quererlo por su tosquedad, por esas maneras bruscas de alguien que siempre fue muy casa sola, muy rancho aparte. Por esas mismas razones a mí me parecía que nadie se atrevería a hacerle daño, porque usted estaba revestido de esa aura que portan los protagonistas de las películas gringas, y a los protagonistas nadie les hace daño, o eso es lo que aprendimos. Sin embargo, viéndolo en retrospectiva, lo mismo le pasó a Rafael Moná, y a él sí que lo querían en el barrio. A usted, además, ya lo habían intentado matar y se salvó de pura

chiripa. No fui capaz de ver que estaba en verdadero peligro, así como pasé por alto muchas veces en las que yo también lo estuve.

Durante esa reunión que sostuvimos en la oficina del programa, uno de mis compañeros, Diego Villegas, me preguntó por qué no le dije nada de las amenazas a las demás personas del equipo. Según él, podríamos haber hablado con la Alcaldía para garantizar su protección, escondiéndolo en un convento, quizá, como se usaba en ese entonces. Esto solo hizo crecer mi sensación de culpa, pero luego me dije «¿Y por qué don Emilio no buscó a alguien más del programa?». Y es porque usted confiaba en mí, porque yo era el único que le hablaba como a un par, el único que no le hacía el feo, por decirlo de alguna manera. En ese instante comprendí que le había fallado y por eso quisiera pedirle perdón, así sea tantos años después, de esta manera tan torpe, en esta carta que ya usted no podrá leer.

Al día siguiente de que me enterara de que lo habían matado, su hermana fue a visitarme a la oficina. Yo no tenía cara para hablar con ella, pero enfrenté la situación de todos modos. Ella, en vez de recriminarme por lo sucedido, intentó tranquilizarme. Me contó que usted ya sabía que tenía la muerte cantada. Según me dijo su hermana, usted había ido a la oficina el día anterior a dejarle por escrito la tenencia de su casa, porque era la única familia que tenía en la vida. Iba a intentar huir esa misma noche, me dijo ella, pero los fusiles llegaron antes. Me acordé de que la Alcaldía le había ofrecido un revólver tiempo atrás y que usted lo había rechazado. A mí me pareció lo más inteligente y en realidad no sé si hubiera cambiado algo. Un revólver contra un fusil no hace mayor diferencia. Lo que me parece más raro es que la Alcaldía le hubiera sugerido que su seguridad quedaba en sus manos. Algo incomprensible viéndolo en este momento. Pero claro, vivíamos en una ciudad distinta, mucho más parecida al viejo Oeste que a la segunda ciudad más importante de un país.

Esas primeras semanas después de su asesinato creí que no iba a poder seguir con el trabajo en el programa. Sin usted, me sentía a medias. Me di cuenta de que entre los dos hacíamos un arquitecto tugurial completo y que desde esa complementariedad teníamos la energía y el conocimiento suficientes para aportar en la rehabilitación de Moravia. Siempre fue algo claro, pero solo pude

verlo cuando ya no estuvo. Lo de siempre, la vida misma. Y es que la conciencia de las cosas siempre va un paso atrás, siempre llega en diferido.

La muerte, sin embargo, nunca es capaz de detener a la vida por completo. El programa de rehabilitación terminó y quienes participamos en este continuamos nuestro ascenso profesional. Fue Diego Villegas, el mismo que me preguntó por qué no les había dicho nada de las amenazas en su contra, Emilio, quien logró que el personal que estuvo en Moravia pasara a ser parte de la Consejería Presidencial para Medellín. En ese entonces la ciudad estaba catalogada como la más peligrosa del mundo. Quien estaba a cargo de esta entidad era María Emma Mejía, una persona convencida de que la vivienda era un factor imprescindible al momento de generar seguridad y convivencia en los barrios de las laderas y en Medellín en general.

Todo esto que le cuento ocurrió más o menos en 1990. Fue ese año en el que mi carrera como arquitecto tugurial despegó en realidad, pues el programa de rehabilitación de Moravia había sido un éxito rotundo y me trajo muchos réditos profesionales. Para empezar, como ya dije antes, me requirieron desde la Consejería Presidencial, pero a María Emma tuve que decirle que me esperara, pues también me estaban convocando en Quito para un encuentro de veintidós días en el que sería, por primera vez, un ponente. Este encuentro lo organizó el Ministerio de Vivienda de Ecuador y la GTZ, una organización de cooperación alemana. La Universidad Nacional nos financió los pasajes y aunque tuvimos que ir por tierra hasta Cali, de allí hasta Ipiales en una avioneta que parecía a punto de estrellarse a cada momento y desde Ipiales a Quito en bus, yo me sentía como una superestrella. En ese viaje me topé con la socióloga Gladys Aristizábal, a cuyas conferencias había atendido en numerosas ocasiones, y cuando le conté que iba a trabajar para la Consejería Presidencial me dijo, sin pelos en la lengua, que me iban a matar. Ahí fue cuando lo recordé con más dolor, Emilio. La herida todavía estaba muy fresca. Además, todo lo que ocurrió en Moravia tiene su firma puesta, no habría sido posible sin el esfuerzo de sus manos, sin el temple que lo caracterizaba. La culpa regresó con fuerzas redobladas porque sentí que era injusto que las personas del equipo técnico estuviéramos gozando las mieles

del esfuerzo conjunto con líderes, como usted y Rafael Moná, que yacían bajo tierra, que pronto serían olvidados para siempre, que ya no tenían un futuro para habitar. Pero como dicen, el espectáculo debe continuar.

Durante el primer día de trabajo en Quito nació mi segundo hijo, y aunque Gilberto me regañó por no estar presente, yo no podía sentirme más feliz. Todas las bendiciones estaban llegando al mismo tiempo. Me dolió estar lejos en ese momento crucial, es cierto, pero lo que estaba ocurriendo en Quito, lo intuía con claridad, marcaría para siempre mi carrera profesional. Yo creo que a usted esos arquitectos, más que nada intelectuales de escritorio, no le habrían agradado, porque usted siempre fue una persona de acciones tomar y no le gustaba el culebrerismo burocrático. Sin embargo, durante esos veintidós días, junto con esos académicos de diferentes países del sur global, redactamos un mamotreto, una especie de guía para el mejoramiento de barrios en Latinoamérica, que sentaría las bases de lo que luego sería el Programa Integral de Mejoramiento de Barrios Subnormales en Medellín, más conocido como Primed, el cual se trató de una experiencia muy significativa en materia de planeamiento y gestión territorial integrada. Toda la felicidad de esos días solo podía ser empañada por el hecho de que usted se quedó congelado para siempre en ese instante en el que tronaron los fusiles. Eso que sentía es lo que llaman el síndrome del superviviente. La culpa que se siente por haber sobrevivido a una situación de guerra o violencia extrema, mientras que otros no lo lograron.

Cuando regresé a Medellín, lo primero que hice fue reunirme con la consejera María Emma, quien me dijo que yo era el indicado para operar un proyecto de intervención arquitectónica en la ciudad. Me explicó que era posible que consiguiera un dinero de cooperación internacional, alrededor de un millón de dólares, para combatir los cultivos ilegales. Ante mi sorpresa, pues yo no sabía nada de la lucha contra las drogas, la consejera me explicó su tesis, que me pareció inteligentísima. Me dijo que así como en el campo el problema de los cultivos ilícitos se centraba en la coca, en las ciudades también se producía otro cultivo ilícito que era espejo de este. Se trataba del cultivo de los muchachos en las comunas que, cuando estaban listos, eran cosechados para vertebrar las

estructuras sicariales con las que ejercían su poder territorial los narcos. María Emma insistía que desde la arquitectura era posible sanar la convivencia y la seguridad públicas, mejorando la vida de miles de jóvenes en situación vulnerable. Mire cómo es la vida, Emilio: a usted lo mataron unos sicarios, unos pelaítos que seguramente no tuvieron otra opción que empuñar las armas, y ahora a mí me proponían enfrentarme a ese flagelo desde la arquitectura. Obviamente acepté esta misión, un poco más peligrosa que la que había asumido en Moravia años atrás, porque quería seguir dando esa lucha que habíamos comenzado usted y yo. Además, no era el mismo Carlos de esos primeros meses en Moravia; ya no tenía miedo o al menos no tanto como entonces.

Yo creo que María Emma sí le habría caído bien a usted, Emilio. Recuerdo sobre todo una vez que subimos a la zona nororiental, a los Populares. El carro oficial de la Consejería se desplazaba por esos callejones laberínticos que se parecían a los de Moravia, pero que estaban todos en pendiente. De repente llegamos a un callejón en donde habían parados en la esquina varios muchachos de unos catorce años. Yo noté que uno de ellos estaba enfierrado. En vez de devolvernos, la consejera se bajó del carro a hablar con ellos, así como si nada. Les preguntó que qué hacían allí y le respondieron que si subían unas cuadras, les daban bala, que si bajaban otras, también. Le expresaron que les gustaría tener un lugar en donde pudieran reunirse, en donde pudieran sentirse seguros. Eran soldados en una guerra que no habían elegido luchar.

De la cabeza visionaria de María Emma y gracias a las fuerzas vivas de la ciudad, que componían el consejo académico de la Consejería, surgió la idea de crear casas juveniles, espacios que pudieran ser habitados de forma comunitaria para reconstituir el tejido social. En esa ocasión no me dediqué a lo que considero es central en mi práctica profesional, que es la oferta habitacional. Más bien fui un arquitecto de campo, como usted durante el programa, y recorrí todos esos barrios ubicando casas en donde pudiéramos materializar espacios de encuentro para las juventudes. Lo importante no era que los espacios fueran ricos arquitectónicamente o que pudieran ser premiados, lo importante en realidad era el contenido, lo que ocurriría dentro de ellos. Sin embargo, eran tiempos difíciles, Emilio, y apenas estas casas

comenzaban a funcionar o eran ametralladas por las bandas criminales, que veían en esos lugares una amenaza para su cultivo sicarial, o eran allanadas por el ejército que, en su guerra ciega contra la juventud, temía que los jóvenes se asociaran.

En esa época sí que reafirmé eso que he repetido tantas veces en este libro: todo proyecto de intervención urbana debe estar acompañado de oferta habitacional. Por eso después participé de la creación del Primed, en donde pude volcar todo lo que aprendimos en Moravia y refinar lo recogido en ese mamotreto que compilamos en Quito. Todas estas intervenciones fueron mucho más organizadas y tuvieron metodologías más rígidas, por decirlo de alguna manera. Allí pude poner en práctica lo aprendido y siento que logramos grandes avances en la reinvención de Medellín como ciudad.

Le escribo esta carta, Emilio, desde el 2025. Han pasado ya más de treinta años desde su muerte. Por un lado, las noticias no son tan buenas. El morro de basura otra vez está lleno de ranchos y eso significa, más allá del problema sanitario, que la cosa está tan brava que después de más de tres décadas todavía hay familias que consideran vivir entre la basura como una opción. En su mayoría son migrantes venezolanos. Pero eso no es algo solo de las administraciones recientes. Estos procesos son muy frágiles, Emilio. Sin embargo, por otro lado, no todo son malas noticias. Yo creo que usted no reconocería El Bosque como es hoy. Puede que el morro esté otra vez lleno y que muchas injusticias e inequidades sigan repitiéndose en bucle en ese barrio que usted vio crecer, pero también muchas otras cosas han cambiado. Ahora Moravia cuenta con un centro cultural desarrollado por dos Alcaldías entre 2004 y 2011 que le han dado una nueva vida al barrio, en donde se desarrollan procesos artísticos que le dan perspectivas a las infancias y las juventudes. Además, el barrio ya no es peligroso. Es tanto así que se ha convertido en un referente turístico de la ciudad, visitado por miles de extranjeros cada mes.

Así que, Emilio, quiero cerrar esta carta diciéndole que nada está perdido. Su labor todavía vive en Moravia y estoy seguro de que su espíritu seguirá multiplicándose en los nuevos liderazgos que buscan hacer de este barrio un mejor lugar para las generaciones que vienen.

Emilio Montoya (izq.) líder del comité popular junto a otro habitante (der.) no identificado, durante un traslado de vivienda en el barrio El Bosque. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1985.

Aerofotografía de la zona norte de la ciudad. Proveedor: FAL. Centro de Documentación (ARAL-73-FAJA1). Departamento Administrativo de Planeación, Subdirección de Prospectiva e Información y Evaluación Estratégica. 1983.

Aerofotografía de la zona norte de la ciudad. Proveedor: FAL. Centro de Documentación (FAL373-FAJA9-FOLIO68). Departamento Administrativo de Planeación, Subdirección de Prospectiva e Información y Evaluación Estratégica. 1996.

Ortofoto de la zona norte de la ciudad en la actualidad. Proveedor: Aeroestudios S.A. Secretaría de Gestión y Control Territorial. Alcaldía de Medellín. 2021.

Comentario

Durante las décadas de los cincuenta y sesenta las fuerzas populares demandantes de vivienda encontraron eco en organizaciones de izquierda como la Central Nacional Provivienda y, de forma especial, en la Iglesia católica que, impulsada por la teoría de la liberación, se mostró muy activa, apoyando a las comunidades en la formación de barrios populares. Algunos casos emblemáticos fueron liderados por los padres Vicente Mejía y Federico Carrasquilla. Por esa misma época, cobijados bajo una idea de caridad, el municipio de Medellín conformó Casitas de la Providencia, como entidad responsable de los proyectos de viviendas económicas, desarrollando barrios como Villa del Socorro, Villa Niza y Aures.

En la década del setenta, Casitas de la Providencia se transformó en la Corporación de Vivienda, Desarrollo y Educación (Corvide), entidad que actuó en la ciudad durante casi cincuenta años brindando soluciones en diferentes modalidades a cerca de diez mil familias. Entre sus proyectos destacan la gestión, en conjunto con el Estado, del barrio El Limonar y la adquisición de barrios ocupados en la zona nororiental para su posterior legalización. La Iglesia católica gestionó también el programa de Barrios de

Jesús y se conformaron las oenegés Codevi y Servivienda, que ofrecían viviendas prefabricadas en un programa auspiciado por la Fundación Social. Paralelamente, y desde el Estado, el Instituto de Crédito Territorial actuó con programas de vivienda para trabajadores que permitieron la urbanización casi completa de la zona noroccidental de la ciudad, siendo el más emblemático por su tamaño el barrio Doce de Octubre.

Es en este marco de intervención interinstitucional que surge en la década de los ochenta el programa de rehabilitación de Moravia. Se trató de una respuesta a la formación de barrios populares ocupados mediante invasiones que empezó a incrementarse como resultado de la intervención jurídica a las denominadas urbanizaciones piratas, las cuales aumentaron en la ciudad fruto del desplazamiento forzado desde las regiones antioqueñas y de otros departamentos vecinos.

El programa de rehabilitación fue posible además por el apoyo interinstitucional desde el despacho del alcalde Pablo Peláez González y por la participación de la Oficina de Asentamientos de Planeación Municipal de las Empresas Públicas de Medellín por medio del Programa de Habilitación de Viviendas y del Fondo Financiero de Desarrollo Urbano, los cuales aportaron los recursos de financiación para las obras civiles y de infraestructura.

Agradecimientos

Durante la escritura de *El poder de la vivienda,* mi primer libro, me he visto inundado por recuerdos y sensaciones que parecen pertenecer a alguien más, que provienen de una época que se siente distante en el recuerdo. La suma de lo que he consignado en estas páginas tiene que ver con las reflexiones en torno a mi oficio durante todos estos años, pero también están cargadas de recuerdos y sensaciones difusas. En su mayoría se trata de rostros, así como de manos poderosas que toman palas y martillos, espaldas que cargan material, miradas esperanzadas, sonrisas de agradecimiento. Por esto, siento la necesidad de agradecerles a todas esas personas que estuvieron presentes durante esos años.

Recientemente regresé a este sector después de tantísimos años, recorrí los barrios que lo conforman y me sentí de repente desdoblado por esos senderos estrechos que ya eran otros y al mismo tiempo los mismos de entonces. Los rostros también habían cambiado, las sonrisas eran más potentes, el ambiente en las tiendas era decididamente festivo y las calles, resonantes de música y de conversación, se sentían mucho más vivas que antes. Sentí mucha satisfacción de que nuestra labor se hubiera transformado en parte

de ese hermoso cosmos que tenía ante mis ojos. Así como cuando una película termina y aparecen los créditos, sentí la necesidad de hablar de todas las personas que estuvieron involucradas en la rehabilitación de esa herida urbana que ahora florece. No quiero crear una jerarquía mediante los agradecimientos, estos son, en cambio, una forma de repartir, una forma de corresponder.

Empezaré por el grupo interdisciplinario, una especie de equipo de ensueño en lo tocante a la ejecución de un proyecto inédito e incomparable. Ellos me acogieron generosamente e hicieron que mi primera experiencia profesional de gestión pública fuera una vivencia paradigmática, de esas que le dan un vuelco completo a uno. La sinergia que viví al interior de este equipo fue increíble. Estas personas me enseñaron todo lo que sé sobre trabajo en equipo en un entorno de cambio constante y de alta recursividad. Además, muchos de los vínculos afectivos que forjé al interior de este grupo perviven hasta el día de hoy.

Mi relación con los sociólogos y las trabajadoras sociales fue mucho más cercana, pues nos hicimos compañía en este complejo y retador aprendizaje. A Blanca Nohelia López Ramírez, asignada como mi dupla de intervención técnica y social en el barrio El Bosque, la recuerdo como un modelo de humanismo y de afecto hacia los más necesitados. A ella le agradezco la paciencia cariñosa que me tuvo durante mis primeros días en Moravia y de allí en más.

Entre los arquitectos, destaco a Jaime López Rojas, quien le hacía seguimiento a las ejecuciones de campo que yo concertaba. Saber que sus ojos me cubrían las espaldas, que él estaba pendiente de cada uno de mis pasos, me traía mucha tranquilidad. Gracias, Jaime. Tanto él como Blanca Nohelia no se encuentran en el mundo de los vivos y por eso reitero estos agradecimientos póstumos. Con quienes ya se han ido tenemos una deuda especial, una deuda para la que las palabras se quedan cortas tantas veces.

El grupo interdisciplinario estaba conformado por la abogada Ana Isabel Zea, quien se destacó por su profundo conocimiento de las leyes y políticas que le dieron consistencia legal al programa, así mismo por los abogados Carlos Arturo Franco y Ramiro Tejada, quienes impulsaban el componente de legalización y escrituración individual. Este era uno de los objetivos principales del programa y lo que más movía emotivamente a las familias ocupantes. Mi

agradecimiento especial por haber cumplido el sueño de tantas familias de ser propietarios de una vivienda digna. Los ingenieros Fernando Valbuena Madero y José Medina, encargados de la gestión de las obras de infraestructura, al lado de los arquitectos Gustavo Rendón y Pedro Pablo Peláez Bedoya, también participaron en la materialización del sueño de estas personas y por eso se merecen un aplauso de pie. Concretar y hacer material lo que antes es un convenio y luego un plano arquitectónico no es cualquier cosa.

Al sociólogo Luis Fernando Londoño de La Cuesta le agradezco su capacidad inmensa para crear controversia constructiva al interior del programa. El conflicto es necesario, la contradicción nutre y mejora los procesos. Él, además, fue el responsable de los bonos de ayuda mutua. Este mecanismo fue un hito de innovación que no pudo provenir de una mente cualquiera, sino de una tan creativa y recursiva como la suya.

A Beatriz Elena Araque Tobón le doy unas gracias inmensas por su ánimo contagioso y por su don de personas, tan necesario para dirigir las actividades grupales de intervención. Le agradezco su motivación incansable por generar empleos y por llevar a cabo el reasentamiento habitacional del sector hacia el barrio Vallejuelos. Sin su energía avasalladora habría sido imposible.

Quiero dar unas gracias especiales al director del programa de rehabilitación, Gilberto Arango Escobar, arquitecto y profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, sede Medellín. Él, antes que nada, confió en mí y me eligió para participar de esta bella experiencia. Con él compartí muchas jornadas académicas como alumno en el pregrado, luego en los estudios de profundización del Programa de Estudios de Vivienda en América Latina (Peval) y en el Centro de Estudios del Hábitat Popular (Cehap). Él fue, sin duda, quien motivó e impulsó el enfoque particular que adopté en mi vida profesional. Siento una profunda admiración por Gilberto, por su desempeño ejemplar, tenacidad y convicción. Le agradezco mucho por todas las orientaciones académicas y profesionales que me compartió. Mi gratitud eterna para usted, maestro Gilberto.

El sociólogo Diego Villegas Navarro también se ganó mi aprecio absoluto. Con él, en múltiples conversaciones durante los almuerzos grupales, durante las sobremesas y en la extensión misma de la jornada laboral, amoldamos la orientación de la arquitectura

tugurial con sentido social que el programa de rehabilitación y otros proyectos tanto requieren en nuestro país. Él es una persona muy diestra con la palabra y con una capacidad inmensa para transformar las ideas y los enfoques en palabras inteligibles. Diego, contribuiste a la proyección institucional de mi desarrollo profesional y por eso te agradezco, hermano.

En esta larga pantalla de créditos finales no puede quedarse por fuera el sociólogo Juan Camilo Ruiz Pérez. Él se encargó de la administración municipal antes de que yo ingresara al programa de rehabilitación a dirigir la concertación comunitaria que culminó con la suscripción de los veinte puntos del acuerdo. Este convenio es un manual de reforma urbana aplicada a un sector específico y constituyó el antecedente de participación comunitaria más sólido llevado a cabo en la ciudad y que facilitó la consolidación urbanística de Moravia. Sin esa base, sin ese piso en el qué pararnos, nuestra labor habría sido muchísimo más compleja.

Al sociólogo Fernando Navarro Bonilla le agradezco por varias razones. Primero, por acompañarme en las actividades de gestión en el barrio Fidel Castro. Segundo, por permitirnos usar su archivo personal de fotografías para mostrar, de forma mucho más viva, fragmentos del proceso del programa de rehabilitación. En la misma línea de gratitud, decir que sin el material fotográfico que nos permitió usar el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia y la Biblioteca Pública Piloto este libro no sería tan visual ni tan ameno de ojear.

Para el final, dejé a quienes más debo. Los líderes y las lideresas sociales, las personas que asistieron a los convites, todas esas familias que confiaron en nosotros, que nos permitieron entrar a sus casas, que creyeron en el programa. Los comités populares se pusieron, como dicen, la diez en este proceso. Entregaron su tiempo, esa valiosa sustancia que se mide en sudor, en lágrimas y en dolores de espalda. A cualquier hora, los siete días de la semana y en toda circunstancia estuvieron siempre dispuestos a asumir las responsabilidades de participación que el programa demandaba.

Emilio Montoya, el líder de los comités populares en el barrio El Bosque, sobresalió por su aguda inteligencia, su incansable voluntad de trabajo, su andar rápido y demandante acción. Él no solo fue acicate a la gestión del grupo interdisciplinario, sino

que se convirtió en mi verdadero coequipero. Con su rol como arquitecto de campo autodidacta complementó en el territorio las soluciones planteadas en el escritorio, anteriormente acordadas en la comunidad, su esfuerzo tuvo un impacto especial en la estrategia de reordenamiento urbanístico. Otros líderes también fueron centrales en todo lo acontecido en Moravia: Rafael Moná, Augusto Ramírez, Janeth, Rosmira, Rosana, la señora Ferraro, Alfonso Durango. Agradezco infinitamente a María Liyi Muñoz, hija de una de las beneficiarias del programa de rehabilitación de Moravia, a quien por azares de la vida encontré en un conversatorio sobre el barrio y descubrí que aún conservaba todos los documentos que la acreditaban como beneficiaria. Yo no contaba con ninguno de estos documentos y encontrarlos casi al final del proceso del libro por medio de ella fue algo de no creer. Es gracias a ella que podemos ver en este libro el permiso de construcción, el bono de ayuda mutua, el carné de beneficiario y lo más importante: el acuerdo. Por esto, se merecen un fuerte aplauso las familias residentes de los sectores de intervención habitacional, especialmente las del barrio El Bosque. Sin su cooperación, el rescate de los interiores de las manzanas en el barrio Fidel Castro habría sido imposible. Las familias que habitaban los bordes de los inmundos caños de aguas negras en El Bosque, El Llano y La Playa y en los bordes del morro de basura, barrios donde siempre me sentí respaldado por la comunidad, por donde podía caminar con tranquilidad y conversar con los habitantes. Muchas gracias por su esfuerzo y dedicación, por habernos permitido ingresar en sus hogares y sus vidas, por haber puesto su confianza y trabajo al lado de los nuestros y, en general, por la buena disposición. Fuerte abrazo, moravitas.

Ya en la confección de este libro que sostiene en sus manos, agradezco de forma especial a la Corporación Proyecto NN, quienes le dieron estructura administrativa y de contenido al proceso de elaboración del texto en todas sus etapas, enfocándolo como una investigación editorial y realizando el seguimiento de las actividades específicas que permitieron dar a luz a esta crónica urbana singular.

Dentro de este grupo destaco el apoyo de mi hija, la arquitecta Laura Sofía Montoya Gómez, docente de la Universidad Pontificia Bolivariana, quien coordinó la producción editorial y con su energía

mantuvo el interés por la integralidad de la elaboración de la investigación. A Gabriel Esteban Duque Quintero, quien acompañó las actividades de gestación y apoyó la elaboración de parte del material gráfico y, en forma muy especial, a Camilo De Fex Laserna, quien me apoyó en la redacción de *El poder de la vivienda*, con descripciones fluidas y la creación de metáforas adecuadas. Por último, agradezco a Alejandra Montes, quien realizó las revisiones finales al texto y contribuyó en la edición definitiva.

Gracias a todos y a todas.

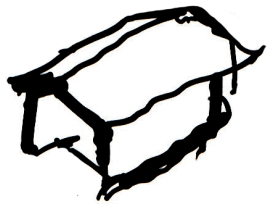
Parte del grupo interdisciplinario de izq. a der. Carlos Montoya, Blanca Noelia López, Carlos Arturo Franco, Beatriz Araque, Jaime López, Magda de López, Aracely Echavarría, Sergio Restrepo y Gilberto Arango. Fotografía de Fernando Navarro Bonilla. ca. 1987.

Carlos Alberto Montoya Correa

Nació en Bello, Antioquia, el 22 de abril de 1956. Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. En su trayectoria profesional sobresale su gestión en programas de vivienda y desarrollo urbano en Medellín, en especial en el sector de Moravia y como gerente de Vivienda y Hábitat de la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU). Lideró la creación y ejecución del Programa Integral de Mejoramiento de Barrios Subnormales (Primed), pionero en Colombia, y la estructuración técnica y financiera de la Ciudadela Nuevo Occidente, con dos décadas de experiencia entre ambos procesos. Es autor de la patente «Casas de estructura metálica para la prevención de deslizamientos en terrenos de alta pendiente». Sus proyectos Núcleos de Vida Ciudadana y Juan Bobo fueron galardonados con el Premio Internacional de Dubái a Buenas Prácticas y distinguidos en bienales y universidades de prestigio internacional. Fue gerente general de la Empresa de Renovación Urbana de Bogotá (ERU), donde impulsó proyectos como City U y la nueva Cinemateca Distrital. Actualmente se desempeña como consultor en proyectos de vivienda y desarrollo urbano para los sectores público y privado.

Proyecto NN

Surgió en el 2015 como una entidad sin ánimo de lucro que se fundamenta en la arquitectura y su intersección con el diseño, la pedagogía, la gestión cultural y las prácticas comunitarias para abordar problemáticas urbanas y territoriales. Acompañamos iniciativas públicas, privadas y comunitarias con metodologías participativas que fortalecen la apropiación y transformación del conocimiento en relación con el hábitat, el tejido social y el derecho a la ciudad, cocreando soluciones tanto urbanísticas, espaciales y mobiliarias como educativas y de investigación participativa. Entre nuestros proyectos editoriales destacamos *La baraja solar* (2021), una publicación lúdica compuesta por veintisiete historias sobre la energía para abordar temas como la crisis climática; *Campana de agua* (2023) y *Aguas de ladera* (2024), ambas resultado de un proceso de cocreación con mujeres del barrio La Honda en Medellín. La primera, un juego de roles sobre los ciclos del agua en los barrios populares del borde urbano rural. La segunda, un inventario participativo de soluciones basadas en la naturaleza para estabilizar y mejorar las condiciones de los barrios populares ante el riesgo hídrico.



Este libro se imprimió en un momento crítico para el derecho a la vivienda digna en Medellín y en otras grandes ciudades del mundo. Se hizo con la técnica risográfica que emplea tintas ecológicas a base de soya y arroz y seis veces menos energía que la usada por otro tipo de técnicas de impresión.

La arquitectura busca, en su deber ser, un modo de exaltación y de felicidad, para que las personas estén en contacto no solo con el afuera, sino, en particular, con el adentro. Que en uno y otro espacio puedan entender el mundo en sus complejidades, al despertar, con criterio humanístico, sentimientos transparentes y pensamientos de solidaridad y comunicación. Hemos idealizado la arquitectura, o, en otro sentido, le hemos otorgado un prestigio que camufla sus relaciones con la dignidad y la equidad. Quizá por eso, cuando a uno le hablan de «arquitectura tugurial», como si hubiera una contradicción en los términos, flaquea, se tambalea y, de pronto, como una revelación insospechada, se introduce en una dimensión desconocida.

Este libro del arquitecto Carlos Alberto Montoya Correa trasciende cualquier definición arquitectónica. Es una propuesta original y necesaria que nos introduce en el universo de la solidaridad, el convite, la unión en la miseria para salir de ella, o, por lo menos, levantarse contra las adversidades, y sentir que se es digno y que se es ciudadano. *El poder de la vivienda* es un libro ineludible. Nos abre las entendederas sobre la ciudad, y, más que sobre ella, acerca de los desahuciados por la fortuna y que son consecuencia de la explotación y de inequidades inverosímiles, pero verdaderas.

La historia de un barrio excepcional como Moravia, que está rodeado, quién lo creyera, de la mejor infraestructura de la ciudad, pero que ha sido, a su vez, el paradigma de violencias, exclusiones, experimentos sociales, cobra en la visión crítica y sensibilidad analítica del autor una magnitud humana insospechada. Nos ayuda a descubrir la ciudad invisible y saber más sobre ella. Una crónica reveladora e imprescindible.

Reinaldo Spitaletta

CONSEJO PROFESIONAL
NACIONAL DE ARQUITECTURA
Y SUS PROFESIONES AUXILIARES